

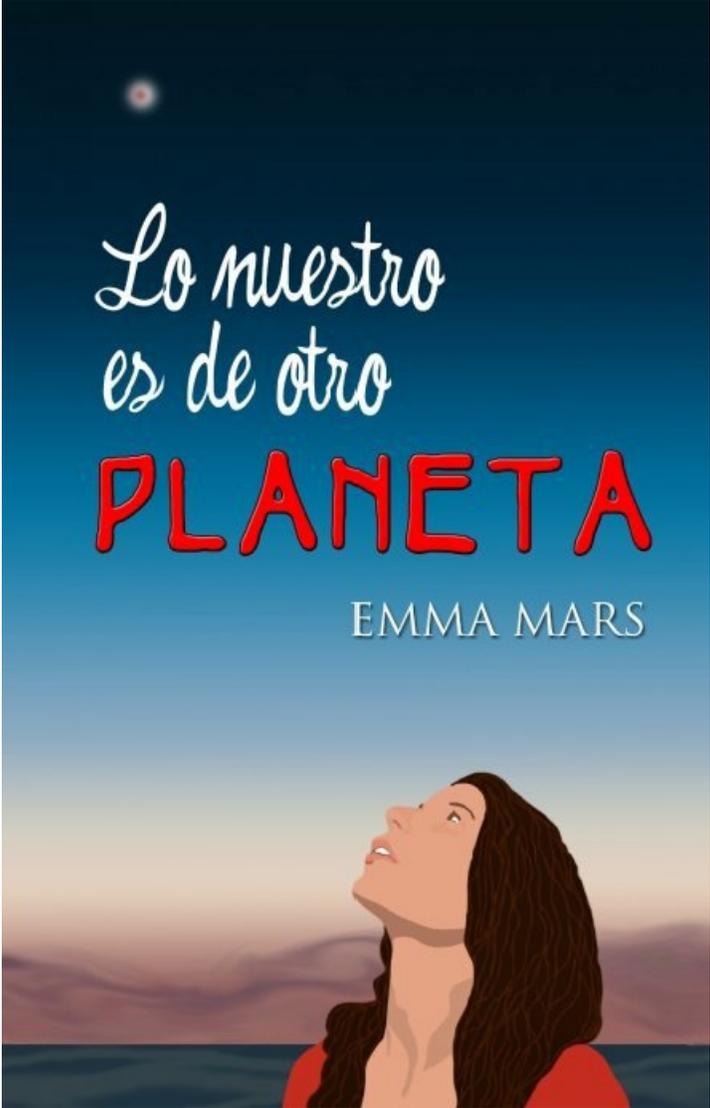


Lo nuestro
es de otro

PLANETA

EMMA MARS





Lo nuestro
es de otro

PLANETA

EMMA MARS

LO NUESTRO ES DE OTRO PLANETA

EMMA MARS

Lo nuestro es de otro planeta

© Emma Mars, 2016

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-1539761099

ISBN-10: 1539761096

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Tiki tiki tiki tiki...

AGRADECIMIENTOS

Clara, Miriam, Sara, Verónica y Julieta,
por prestarme sus ojos para llevar esta historia hasta vosotr@s.
A Mila y María José, por abrírmelos en aquella preciosa cala.
A Susy, mi nueva *mamma*. Me debes una paella.
Gracias a todas por ser mi faro cuando el barco
estaba perdido y a la deriva.

1 | INCH BIN GUD

Un viaje puede cambiarlo todo.

Un viaje de trabajo, de ocio o del corazón puede convertirse en el comienzo del resto de tu existencia.

Cuando Diana llegó a Madrid era jueves por la mañana. Parecía un día normal, aburrido y rutinario, de esos en los que suena el despertador, te despiertas de mal humor, resignada, y te diriges a una gris estación (todas lo son) para tomar el primer tren del día.

El AVE desde Sevilla que debía coger con destino a Madrid partía a las siete en punto de la mañana, ni un minuto antes ni uno después. Hacía frío, el amanecer quedaba lejos y algunos viajeros se soplaban las manos para entrar en calor. Cargada con una ligera mochila al hombro, Diana se dirigió a la cinta mecánica reprimiendo un bostezo. Sostenía en una mano el programa del congreso al que asistiría los próximos días. En la otra, un billete de tren que le tendió a un revisor igual de adormecido que el resto de los presentes.

Todo parecía aburridamente rutinario. La superficie blanca del convoy resplandecía bajo los brillantes halógenos de la estación y los últimos pasajeros apuraban sus cigarrillos en el andén ante la mirada reprobatoria de algunos viajeros.

Nada aventuraba lo que sucedería pocas horas después.

Diana entró distraída en el vagón que le había sido asignado. Tomó asiento, recostó la cabeza contra la ventanilla y a los pocos minutos cerró los ojos presa de un agradable balanceo. Siempre le habían gustado los trenes, su transcurrir lento y cadencioso, los diferentes paisajes deslizándose por la ventanilla como el convoy lo hacía por sus raíles.

Recordó antes de quedarse dormida que el hombre del tiempo había anunciado fuertes tormentas en Madrid para los próximos días. Pero al cabo de un rato el sol andaluz empezó a asomarse con fuerza, transmitiéndole una sensación de paz que solo se quebró cuando el tren llegó a su destino.

Negras. Nubes negras preñaban todo el cielo madrileño y Diana no pudo evitar bufar con desesperación cuando pisó la calle y los transeúntes corrían para guarecerse de la lluvia.

De eso hacía ahora un día, pero el humor de Diana seguía igual de agitado que el pronóstico meteorológico. ¿La razón? Saber a ciencia cierta los motivos por los que su jefe la había elegido *a ella* para acudir a ese congreso.

«Es solo un viaje de ida y vuelta, nada importante». Javier la llevó a un aparte para hablarle del tema, pero Diana estaba desconcentrada. Solo podía pensar en lo mucho que le repugnaba su aspecto. Su jefe era un hombre bajito y desaliñado. Sus hombros solían estar nevados de caspa y odiaba que le hablara tan cerca y su aliento oliera a cebolla y ella pudiera atisbar con claridad los pelillos negros y duros como cuerdas que brotaban de su nariz y orejas.

«¿A qué viene esa cara? ¿Acaso no te alegras?». Javier la observó fijamente, a la espera de su respuesta. La miraba confuso, como si acabara de comunicarle que era la empleada del mes o que había ganado una inmensa cesta de Navidad y esperara una reacción de júbilo por su parte.

Todo lo contrario. Diana no deseaba asistir al congreso y evitó gesticular siquiera. El silencio era su gran aliado en estas ocasiones.

«Bueno», carraspeó Javier. Y se rascó la nuca profundamente incómodo con su silencio. «Es fundamental que vaya alguien del equipo, ¿comprendes, Vérez? Fundamental».

Fundamental.

Esta palabra formaba ya parte de su idiosincrasia laboral tanto como lo hacían los ordenadores

o los lenguajes de programación. Javier era muy dado a utilizarla y Diana a veces no podía evitar repetirla mentalmente. *Fundamental esto, fundamental aquello*. Él la usaba sobre todo cuando pretendía ocultar sus verdaderas intenciones.

Diana no le culpaba por ello. Sabía que era poco inteligente decirle a una empleada: «Te pido a ti que vayas porque es un congreso de poca monta que organiza uno de mis amigos y me he comprometido a enviar a alguien. Sé que tú no pondrás pegos. Nunca las pones. Tus otros compañeros se estarían quejando durante semanas y no me apetece enfrentarme a eso. Es más fácil usarte a ti».

Y por eso estaba en Madrid. Resignada. Malhumorada. Asqueada con una mala suerte que parecía haberle tomado cariño. Con el descontento añadido de que este era uno de los congresos más aburridos e interminables de cuantos había asistido. Todos ellos solían ser eventos soporíferos protagonizados por ponentes pretenciosos y encantados de haberse conocido. Pero este era, si cabe, todavía peor. Estaba lleno de gurús de medio pelo a los que se sentía incapaz de prestar atención.

«Es necesario aprender de aprender», escuchó que decía en ese momento el ponente de turno. «Y no solo eso: aprender de materias transversales no únicamente relacionadas con la informática». Diana reprimió un bostezo y se esforzó por mantener los ojos abiertos, aunque estaba deseando que el día concluyera para poder regresar cuanto antes al confort de su hotel. Ocho horas de soporíferas ponencias le parecían suficiente tortura.

Diez minutos después se escucharon por fin los aplausos de los allí congregados y Diana sonrió con alivio: el congreso había terminado y no lo dudó ni un instante. Tomó su mochila, se la puso al hombro y alcanzó la salida antes de que los aplausos hubieran dejado de escucharse.

El manto de la noche había cubierto Madrid cuando abrió la puerta del recinto y puso el primer pie en la calle. El aire parecía cargado de una ansiedad eléctrica, densa y fastidiosa. La Castellana era un avispero de coches cuyos conductores, enfurecidos, utilizaban el claxon como vía de escape a su propio nerviosismo. Cada vez que uno de ellos se despistaba unos segundos, los otros le recordaban a bocinazos que había tardado más de la cuenta en arrancar su vehículo.

Diana se contagió muy rápido del mal humor reinante. Cruzó la larga avenida tratando de esquivar los coches que se habían detenido con prisas sobre el paso de peatones; inquieta y enfurruñada, respiró hondo cuando por fin consiguió llegar al otro lado.

Las grandes ciudades solían tener este efecto en ella. La multitud de coches, peatones y luces parpadeantes le hacían sentir chiquitita, enjaulada, y estaba tan deseosa de poner tierra de por medio que incluso el agujero del metro, atestado de gente, le pareció un buen escondrijo en el que guarecerse de la jungla de asfalto madrileña.

Se subió al vagón y en la barandilla una fila de manos: peludas, suaves, de manicura cuidada, dedos largos y finos, de uñas comidas, pintadas o sucias. Cuerpos que se mantenían de pie por inercia, la presión de unos contra otros. Conectó su reproductor de música e hizo un recuento rápido del número de estaciones que le quedaban para llegar a su destino.

Había más de cincuenta hoteles cerca del Palacio de Congresos de Madrid. Cincuenta. Y sin embargo, el suyo se encontraba a las afueras, a varias paradas de metro. Eso significaba que al día siguiente tendría que levantarse bien temprano para atravesar la ciudad de punta a punta hasta llegar a la Estación de Atocha. Una auténtica pérdida de tiempo.

¿Cuántos años llevaba trabajando para Javier? Toda su carrera profesional. ¿Y qué es lo que había logrado? Prácticamente nada. Su sueldo seguía siendo el mismo y había veces en las que su jefe la trataba como a la niña de los recados. Diana había visto ascender a muchos de sus compañeros en la mitad de tiempo que ella llevaba trabajando para la empresa. Pero, claro, ellos

sí se quejaban y, además, ¿para qué negarlo? Eran hombres. A ojos de Javier eso siempre suponía una ventaja.

La megafonía del metro anunció por fin que la siguiente era su parada. Las puertas se abrieron y la marea humana salió a la vida. Diana se encontraba tan cansada que no le importó ser arrastrada por un ovillo de cuerpos ansiosos por salir de las fauces del metro. Con dedos ateridos por el frío, se colocó la capucha, hundió las manos en los bolsillos de su abrigo y apresuró el paso mientras se adentraba en la oscuridad de la noche.

La tormenta había provocado un fallo eléctrico que fundió varios tramos del alumbrado público. Los semáforos tampoco funcionaban y Diana se encogió de frío y miedo, tratando de no detenerse demasiado en el hecho de que las calles estaban desiertas y concentrarse en los placeres que aguardaban por ella en la habitación del hotel.

Ciertamente, no era un alojamiento de cinco estrellas —la alcoba olía a cerrado, la decoración y los muebles parecían escasos—, pero se conformaba con poco. Le bastaba con una ducha de agua bien caliente y un momento de paz. Llamaría al servicio de habitaciones, pediría algo ligero pero sabroso y vería cualquier programa de televisión hasta quedarse aturdida en la comodidad de su cama. En ese momento cualquier cosa le pareció más apetecible que caminar bajo la lluvia, expuesta a los vientos racheados de la tormenta.

Transcurrieron unos minutos hasta que pudo distinguir a lo lejos la entrada del hotel. Esto le hizo sonreír. Los hoteles tenían algo especial, una esencia diferente, invitadora, no sabría explicarlo. Le sugerían historias descabelladas, romances prohibidos, encuentros entre personas con la peor de las intenciones. En los hoteles se alojaba gente tan variopinta que, incluso con su imaginación desbordada, le resultaba difícil conjeturar todo lo que podía acontecer entre sus paredes. Asesinatos. Traiciones. Conspiraciones. El cielo de lo incorrecto era el límite. Por desgracia, ella era solo una humilde programadora cuya estancia allí no tenía nada singular.

Al menos, hasta ese momento.

Su destino pareció cambiar cuando advirtió por el rabillo del ojo un bulto tendido sobre la acera. Era tan voluminoso que resultaba imposible no reparar en él, enseguida llamó su atención.

Lo miró con recelo al principio, pero siguió caminando, sin saber de qué se trataba. La miopía de Diana le impedía ver con nitidez a cierta distancia y sus gafas estaban en el interior de la mochila. Entornó los ojos para intentar averiguar qué era. Tal vez una bolsa de basura. O los despojos de alguna construcción cercana. Había un solar vacío justo al lado, bien podía tratarse de algún desecho procedente de allí, se dijo a sí misma, intentando restarle importancia. Entonces algo la obligó a detener su marcha. Se paró en seco al ver que el bulto se estaba moviendo. ¿A lo mejor había sido el viento?

Diana entornó todavía más los ojos hasta convertirlos en dos rayas paralelas a ambos lados de su nariz. Le costó esfuerzo, pero acabó confirmando que no se trataba del viento: algo muy vivo se retorció en ese solar vacío, a merced de la tormenta.

Miró a ambos lados de la calle, confundida, sin saber qué hacer. A veces se asustaba por nada pero trató de controlar sus nervios. Necesitaba pensar con claridad, así que respiró hondo y se acercó con cautela al bulto. ¿Un perro? ¿Algún animal? ¿La atacaría si se acercaba demasiado? Dio un paso, dos, mientras el bulto iba tomando forma, mostrándose menos borroso. Cuando lo vio con total claridad, no pudo evitar reprimir un grito ahogado. Aquello no era un animal ni basura ni nada similar. Muy al contrario: había una mujer tendida en el suelo y parecía desmayada.

La sorpresa de su descubrimiento la hizo sentir aturdida, no sabía qué hacer. Tenía que haber alguien en los alrededores que pudiera ayudarla, ¿no? Aquella mujer no podía estar sola,

abandonada en un solar como la colilla de un cigarrillo.

Diana se giró en redondo aunque no tenía muy claro qué estaba buscando; tal vez solo alguien que pudiera asistirle, pero no había nadie en los alrededores. La única señal de vida humana era el destartado letrero de una cafetería cercana; sus luces chasqueaban como pidiendo auxilio. Esperanzada, advirtió que el dueño echaba en ese momento la reja para dar la jornada por concluida.

—¡Eh! ¡Espere! ¡No se vaya, necesito ayuda!

Le gritó con todas sus fuerzas, pero el viento ululaba con ímpetu y la lluvia se estampaba furiosa contra el asfalto, por lo que el hombre no fue capaz de escucharla. Diana intentó acercarse, pero él se metió enseguida en el coche y arrancó el motor para quedar engullido por la negrura nocturna como todo lo demás.

Estaba sola, completamente sola, y había una persona tendida en la acera que necesitaba asistencia. ¿Qué debía hacer en un caso así?

Diana no recordaba haber estado jamás en una situación semejante. Por esos caprichos que tiene la memoria, recordó una noticia que había leído unas semanas atrás en el periódico: «Un hombre joven aparece muerto en una calle del centro». Tenía veintiséis años, nadie sabía qué le había ocurrido, los médicos no consiguieron explicar la causa exacta de su fallecimiento. Ningún familiar reclamó su cuerpo. Apareció de la nada y se fue del mismo modo. Al leer la noticia había sentido unos escalofríos similares a los que experimentaba ahora. ¿Sería este un caso similar? ¿Y ella la desafortunada que se había topado con él?

Mientras luchaba por mantener a raya su ansiedad, intentó ver la cara de la mujer, pero desde su posición solo consiguió advertir parte de su melena. Podía tratarse de cualquiera: una sin techo a la que la tormenta hubiera tomado por sorpresa; una adolescente fugada de su casa tras pelearse con sus padres; la enferma que se escapó de un manicomio (esta opción no le gustaba demasiado) o el cadáver que un asesino había dejado allí tendido porque no se le ocurrió mejor lugar donde esconderlo (improbable, pero posible, ¿por qué no?).

La mente de Diana se hacía preguntas sin respuestas, pero la sospecha de haber encontrado un cadáver hizo que palidiera súbitamente. Antes le había dado la impresión de que se movía, aunque podía haberlo imaginado. Necesitaba acercarse para comprobarlo.

Así lo hizo, muy despacio, hasta que quedó arrodillada al lado de la desfallecida y pudo reparar en su aspecto. Tenía el rostro liso y pálido, una frente tersa y la piel casi perfecta, sin una sola mancha a excepción de un extravagante maquillaje. Calculó que rondaría la treintena y le tranquilizó ver su plácido gesto de inocencia. El sereno rostro de la mujer no encajaba con la escena, tenía la cara de alguien que debería estar en su casa viendo el telediario y disfrutando de una cena caliente en compañía de algún ser querido. Y sin embargo, allí estaba, tirada en un solar, abandonada a su suerte.

Diana comprobó de inmediato que su pecho subía y bajaba al compás de su respiración y le alivió saber que no saldría en las noticias explicando cómo se había encontrado un frío cadáver bajo una fuerte tormenta. Finalmente, colocó una mano sobre el hombro de la desconocida y la meneó con suavidad para intentar despertarla. Hacía frío, pero su cuerpo estaba caliente.

—Oiga, ¿puede escucharme? ¿Se encuentra bien?

No obtuvo respuesta.

Parecía profundamente dormida o desmayada. Lo intentó de nuevo, ahora elevando el volumen de su voz:

—¿Puede oírme? ¿Se encuentra bien?

Nada.

La lluvia seguía cayendo sin piedad, tiritaba de frío y a Diana se le agotaban los recursos. Haría bien en delegar el caso a la policía y dejar que ellos se ocuparan. Pero cuando estaba a punto de marcar el 092 unas luces de intenso color azul quebraron la noche. Todavía arrodillada en el suelo, miró por encima de su hombro para ver que se trataba de un coche de policía:

—¿Se encuentra bien, señorita? —Le preguntó un agente, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Yo sí, pero me temo que ella no. ¡Acabo de encontrármela así!

El policía estiró el cuello. Desde donde estaba no parecía capaz de ver a la mujer desmayada. Tomó una gorra del salpicadero del coche, se la caló hasta las orejas y se acercó con cara circunspecta.

—Estaba a punto de llamarles.

—¿Es familiar suya?

—¿Qué? No, no. Yo solo estaba de camino a mi hotel. Acabo de encontrármela.

El agente se arrodilló junto a la mujer y presionó sus dedos contra la muñeca. Esperó unos segundos en los que la ansiedad reinante pareció detener el tiempo.

—No tiene pulso.

Diana abrió los ojos de puro terror. ¿No estaría él pensando que...?

—Agente, le juro por lo que más quiera que yo no la he matado. Yo solo pasaba por aquí, yo solo quería...

—Tranquílcese, por favor —le ordenó el policía en tono imperativo—. No estoy diciendo que la haya matado. ¿Ve? Está respirando.

Diana se fijó en que efectivamente respiraba, tal y como ella misma había comprobado minutos antes. Necesitaba tranquilizarse. Nadie la estaba culpando. No era una sospechosa, solo un testigo. *Es que no has hecho nada, idiota*, se recordó con enfado.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quiere decir?

—Que no soy capaz de encontrarle el pulso. ¿Tiene idea de qué ha podido ocurrirle?

Negó con la cabeza.

—Ya estaba así cuando yo llegué.

—¿Y sabe si tiene documentación?

Diana volvió a negar con la cabeza. Por supuesto que no lo sabía. ¿Acaso él creía que se atrevería a meter la mano en el bolso de una extraña? La simple idea conseguía ofenderla. Estuvo a punto de hacérselo saber, que todavía existía gente decente y con modales, pero ya no le prestaba atención. El policía se mesó la barbilla con gesto preocupado, quizá arrepentido de haber detenido el coche para asistirle.

Tiene cara de González y de ser un bonachón, pensó. Seguro que su esposa le recomienda siempre que haga la vista gorda como hacen otros de sus compañeros. «Paco, cariño, no te metas en tantos fregaos...». Pero González no es así. A él le gusta ser diligente en su trabajo, es un caballero y si ve a una damisela en apuros es incapaz de no pararse a echar un vistazo.

Agente González, no le conozco, pero sepa usted que ya me cae bien.

—Quédese aquí, ahora vuelvo.

González se incorporó entonces y fue hasta el coche para hablar por radio con la centralita. Ella no era capaz de escuchar lo que decía, pero empezaba a sospechar que la noche se alargaría porque no podría irse hasta que el agente se lo permitiera. Esto le hizo resoplar con desesperación. No solo tenía que aguantar horas y horas de un congreso horrible y alojarse en un hotel ubicado en el otro extremo de la ciudad, sino que ahora se veía obligada a esperar bajo la lluvia. Sin cena, sin ducha, calada y tiritando de frío hasta que González lo considerara oportuno.

Agente González: no le conozco, pero sepa usted que ya no me cae tan bien.

Fastidiada, se arrebujó en su abrigo para no sentir el frío que estaba empezando a calar sus huesos. Anheló tener algo con lo que entretenerse mientras esperaba, pero sintió miedo de sacar el móvil por si el policía la llamaba al orden. Fue en ese momento cuando la mujer empezó a parpadear.

—¡González! —gritó Diana con todas sus fuerzas. El policía la miró confundido y entonces se dio cuenta de que no estaba segura de que se llamara así—. ¡Agente! ¡Venga! ¡Se ha despertado!

González soltó enseguida el aparato de radio y acudió presto a su encuentro. Se arrodilló junto a la mujer:

—¿Puede oírme? ¿Se encuentra bien?

Cuando volvió en sí, la desmayada parpadeó durante unos segundos con desconcierto, parecía aturdida. Los observaba como si no recordara cómo había acabado allí o por qué. Tenía el mismo gesto aletargado de quien despierta de un largo y profundo sueño.

—¿Se encuentra bien? —repitió él.

Transcurrieron unos segundos hasta que la mujer dijo por fin sus primeras palabras:

—Ich bin gut, danke.

Diana miró al policía para ver si la había entendido. Los idiomas nunca habían sido su fuerte. Sabía un poco de inglés, sobre todo palabras relacionadas con el lenguaje de la programación, y en el colegio había aprendido algo de francés. Pero estaba casi segura de que la lengua que había empleado para comunicarse con ellos no era ninguna de las dos.

—Creo que habla alemán.

González frunció el ceño como si este nuevo contratiempo le fastidiara, pero no por ello cejó en su interrogatorio:

—Señorita, ¿habla nuestro idioma? ¿Entiende lo que le digo?

La mujer pestañeó entonces muy rápido. Al principio Diana pensó que no había entendido la pregunta. *Normal, es alemana, lo máximo que sabrá decir es “cerveza”, “Mallorca” o “salchicha”*. Para ella eso explicaba su pintoresco aspecto. Porque su nerviosismo previo le había impedido reparar en las manifiestas rarezas de la alemana. Al observarla ahora con detenimiento advirtió que tenía media cara pintada con una especie de motivo tribal, los ojos perfilados con lápiz de color negro y el pelo en dos tonalidades: el lado izquierdo era naranja, el derecho azul.

—No puede entendernos. Es alemana —razonó Diana.

Entonces descubrió hasta qué punto estaba equivocada:

—Oh, lo siento. ¡Idioma incorrecto! —dijo la mujer, esta vez en perfecto español—. No soy alemana, pero me encuentro perfectamente, gracias, muy amable. ¿Mejor así? ¿Me entiende bien ahora?

González la miró sin saber qué decir. Observó a Diana en busca de respuestas, pero ella tampoco las tenía.

—¿Recuerda algo de lo ocurrido? ¿La han agredido?

—¿Agredido? —Se sorprendió la mujer—. Oh, no, solo me caí cuando la nave perdió fuerza. —Señaló un lugar impreciso en la negrura del cielo.

Tanto González como Diana elevaron la vista como si esperaran ver un avión sobrevolando en ese mismo instante sus cabezas. Por supuesto, lo único que encontraron fue un cielo negro como la noche y miles de gotas estampándose con fuerza contra su frente.

—¿Ha dicho usted una... nave?

Asintió con vigor.

—¿Qué tipo de nave?

—Oh, pues no sé, la reglamentaria, supongo. No soy piloto, los detalles técnicos se escapan de mi área de conocimiento.

Diana arqueó las cejas.

González asintió ceñudo, como si realmente comprendiera: —¿Y qué fue lo que pasó?

—Estábamos volando demasiado bajo y la tormenta nos tomó por sorpresa. Creo que la trampa de emergencia se activó por error y me caí.

Ante la extrañeza de la respuesta, Diana no supo qué pensar, pero si esa era la única explicación que ella podía ofrecer acerca de lo sucedido, le parecía ya seguro afirmar que no estaba en sus cabales.

Intentó buscar la complicidad del agente González, pero él estaba demasiado enfrascado en sus propias tribulaciones para prestarle atención. Diana no deseaba interrumpirle y sin embargo le pareció conveniente hacerle partícipe de sus sospechas:

—Agente, no me gusta meterme donde no me llaman, pero me parece que no se encuentra... ya sabe... demasiado cuerda —le susurró girando el dedo índice contra la sien.

González la miró preocupado. A continuación respiró hondo y siguió con el interrogatorio:

—¿Podría decirme cómo se llama? ¿Lleva alguna documentación encima?

—Claro que sí. Aquí tiene.

La mujer echó mano de una cajita metálica que llevaba cruzada sobre el pecho y extrajo su documento de identidad. González lo tomó ansioso, esperando encontrar en él una respuesta a sus problemas.

No fue así.

—¿ADA587435C3PO? ¿Ese es su nombre?

Asintió de nuevo, con igual vigor que había empleado antes. Después le dedicó una amplia sonrisa de satisfacción al oficial.

—Así es.

—¿Cuál es el nombre y cuál el apellido?

—Todo es un nombre. Pero puede elegir el que guste.

—Bien, señorita 587435C... —González hizo una pausa, un poco sobrepasado—. En fin, si dice que se encuentra bien y que no le ha ocurrido nada de gravedad, entonces creo que mi trabajo aquí ha terminado.

—No se preocupe, señor agente, estoy segura de que mis hermanos vendrán a buscarme en cualquier momento —afirmó, de nuevo mirando el cielo.

—¿Está segura de que se encuentra bien? ¿Le duele algo? ¿Necesita asistencia médica?

—Me encuentro perfectamente, muchas gracias.

—Estupendo, entonces todo resuelto. —En ese momento González se puso en pie para dirigirse a su coche.

Diana observó la escena con tanta intensidad como desconcierto, sin entender cómo habían llegado a este punto. Aquella persona que decía llamarse ADAnoséqué más seguía sentada en el suelo, presa de graves delirios y él planeaba desentenderse por completo.

Agente González, no le conozco, pero definitivamente me cae usted fatal.

Se incorporó y fue corriendo tras él. Le agarró por la manga y le obligó a detenerse:

—Oiga... ¿no estará pensando irse y dejarla en este estado, verdad?

Ahora la mujer miraba el cielo como si esperara encontrar en él algo diferente a nubes cargadas de agua.

González se encogió de hombros.

—No veo qué más puedo hacer. Se encuentra bien de salud y tiene la documentación en regla.

—¡Pero está claro que no está bien de la cabeza!

—Señorita, eso es solo una sospecha, no podemos estar seguros. Podría tratarse de una excéntrica.

—Dice que se ha caído de una nave espacial...

—Bien, pero en cualquier caso, no parece una loca peligrosa.

—Pero...

—Señorita, la policía no se ocupa de estos casos. Aunque, si lo desea, puede llamar al 061.

Diana se giró para observar de nuevo a la extraña y se mordió el labio con nerviosismo al ver que había empezado a bailar en círculos bajo la lluvia.

—Cree que si llamo al 061, ¿ellos se ocuparán?

—Lo dudo mucho. Solo atienden emergencias y una mujer bailando bajo la lluvia no me parece que lo sea.

—¿Y qué sugiere que haga? —preguntó con desesperación—. ¿Pretende que la deje aquí tirada?

—Escuche, señorita, no tengo ni idea de cuáles son sus planes, pero si yo fuera usted seguiría mi camino y dejaría que sus familiares se encargaran. Si ella dice que sus hermanos van a volver, supongo que así será. Es todo lo que le puedo decir, lo siento. —González le hizo entonces un gesto de despedida y se metió en el coche.

Le observó arrancar el motor, todavía sin dar crédito. Se había quedado sola bajo la lluvia con una loca que decía haberse caído de una nave.

Genial.

En ese momento sintió tentaciones de seguir el consejo del policía, dar media vuelta y reanudar su camino al hotel como si nada hubiera sucedido. Su ropa estaba tan empapada que necesitaría muchos minutos bajo el chorro de la ducha para volver a entrar en calor. Conociendo su suerte, al día siguiente estaría resfriada, y Diana odiaba estar enferma. Pero al mirar de nuevo a la mujer se sintió incapaz de moverse.

ADANosé qué más había dejado de bailar. Ahora estaba quieta como una señal de tráfico, de pie bajo la lluvia, empaparse no parecía importarle. Tenía un gesto de incompreensión y su mirada seguía fija en el cielo, pero ya no sonreía como lo hacía antes, un pensamiento aciago parecía haber borrado su sonrisa de golpe. Diana observó que había algo diferente en ella, una nueva fragilidad e inocencia que no consiguió pasar por alto.

Meneó la cabeza con desaliento, mientras hundía las manos en los bolsillos de su abrigo y recorría con paso cansado los metros que las separaban:

—Oiga, está segura de que sus hermanos van a venir a recogerla, ¿verdad?

La extraña separó en ese momento la vista del cielo y miró a Diana. Sus ojos azules parecían cargados de tristeza.

—No, ya no vendrán. Se han ido.

—¿Se han ido? ¿Cómo que se han ido? ¿Adónde?

—Sí. Puedo sentirlo. Estamos conectados.

—Por supuesto que lo están... Qué pregunta más tonta la mía. En fin... —Diana se rascó la nuca con incomodidad. *Como unas maracas, está como un cencerro*—. Escuche, ¿tiene algún lugar al que ir? ¿Una casa o un hotel? ¿Conoce a alguien más aquí?

La mujer negó con la cabeza.

Ay, pensó Diana, comprendiendo el atolladero en el que se estaba metiendo ella sola. *Vete de aquí, no seas tonta. No es tu problema. Puede que esté loca, pero es una adulta, puede apañárselas sola.*

—¿Quiere que la lleve a un hotel?

—¿A un hotel?

—Bueno, o donde me diga. No conozco mucho el barrio, pero si está perdida, puedo acompañarla.

—O puedo ir contigo —le propuso entonces súbitamente—. Hasta que mis hermanos me contacten de nuevo. ¿Sí?

Diana sonrió con cinismo.

Por supuesto que resultaba reconfortante ser una buena samaritana y no dejar a alguien desamparado, solo, en medio de un temporal y en un barrio mal iluminado, pero cada vez le parecía más evidente que estaba tratando con una persona mentalmente enferma y eso no le generaba demasiada confianza.

La miró de arriba abajo como si así pudiera medir su estado de lucidez. ADAnosé qué más era una mujer extravagante, saltaba a la vista por su extraño maquillaje y su cabello bicolor, pero también guapa. Tenía unos ojos azules que invitaban a mirarla con franqueza y su expresión resultaba apacible. Diana pensó que podría perderse en aquellos ojos y en su preciosa sonrisa. El maquillaje resultaba un poco extraño y la elección del tinte de pelo le recordaba a un estridente programa de televisión de los 80, pero no eran indicativos de peligro. ¿Pertenece a una secta? Quizá. Su ropa parecía sacada del rodaje de una película de ciencia ficción, aunque no estaba en disposición de juzgarla por su vestimenta. Ella también era un desastre para conjuntar colores y prendas.

Le pareció que ADA muchos números no encerraba ningún peligro en sí misma, pero no debía dejarse engañar por las apariencias y tampoco olvidar que al día siguiente tenía que coger un tren de regreso a Sevilla. Cargar con una desconocida no era la mejor de las ideas.

—Yo... ehm... —Diana titubeó; no sabía cómo negarse sin resultar demasiado brusca—. No creo que sea una buena idea.

—¡Claro que es una buena idea!

—No, para nada, no lo es, créame.

—¡Tonterías! —insistió la mujer mientras la agarraba del brazo como si fueran amigas o viejas conocidas—. Pareces una buena *humana* para pasar el rato mientras mis hermanos me contactan.

¿Humana? ¿Había dicho humana?

—Además, estoy segura de que podrás enseñarme muchas cosas sobre este lugar —añadió, mirando con entusiasmo el barrio en el que se encontraban. Estaba sucio y oscuro, pero ella lo observaba con auténtica fascinación—. Así que... ¿adónde vamos? Ah, y tutéame, por favor. ¡Solo tengo doscientos cuatro años!

Le guiñó un ojo y echó a andar sin reparar en la cara de auténtico terror de Diana.

2 | BUENAS AMIGAS

Diana sintió que entraba en una especie de trance inesperado. Estaba tan anonadada con el comportamiento de su súbita compañía que no se percató de que habían empezado a caminar juntas, tomadas del brazo como dos buenas amigas, hasta que ya habían cruzado buena parte de la avenida principal.

Entonces se detuvo un segundo, y como si intentara desprenderse del *shock* miró a su acompañante con extrañeza, las cejas muy juntas, haciendo fuerza. ¿Aquello estaba ocurriendo de veras? Carraspeó para aclararse la garganta:

—Vamos a ver, Ada... Perdona, ¿cómo es tu nombre? Ahora no lo recuerdo.

—ADA587435C3PO.

—Bien. ADA587... —y su voz fue bajando enteros como si perdiera combustible o estuviera demasiado agotada para repetir tantas cifras. Suspiró con cansancio—. ¿Te importa si lo dejamos en Ada? Creo que será más sencillo llamarte así.

—Ada está bien. Me gusta. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cuál es tu nombre?

—Ah, Diana. Me llamo Diana.

—Es bonito —afirmó la mujer con una sonrisa—. ¡Diana, diosa virgen de la caza, protectora de la naturaleza y la Luna!

—Bien, pues Ada, como te iba diciendo, no creo que sea buena idea que me acompañes al hotel.

—¿Por qué no?

Porque estás loca.

—Porque no nos conocemos.

—Ah, pero eso tiene fácil arreglo. Hazme preguntas.

Diana se detuvo un segundo, pestañeó sin comprender.

—¿Preguntas? ¿Qué quieres decir?

—Dices que no consideras conveniente que te acompañe al hotel porque somos dos extrañas.

—Eso es.

—Pero si llegaras a conocerme, no seríamos dos extrañas, ¿verdad? —razonó Ada—. Así que hazme preguntas. Conozcámonos. Según mis cálculos, tenemos exactamente dos minutos coma tres segundos para llegar a ser amigas.

—¿Dos minutos coma tres segundos?

Ada asintió vigorosamente.

—El tiempo que tardaremos en llegar al hotel. Dos minutos coma tres segundos. No, espera. Si te detienes será más —puntualizó, tirando de su manga para obligarla a caminar.

A estas alturas Diana estaba demasiado aturdida para pensar con claridad. Recordó de nuevo aquel titular del joven muerto y una parte de ella deseó que ese hubiera sido el caso: encontrarse con un cadáver, mudo y frío, porque un cadáver sería incapaz de hablar o de contarle historias sobre naves. Un cadáver era siempre un caso cerrado. Y sin embargo, se había topado con una parlanchina mujer que decía tener más de doscientos años y cuyo razonamiento le parecía descabellado.

Qué suerte la suya.

Ada insistía en hacerla caminar y tenía tanto frío que acabó dejándose llevar mientras pensaba cómo deshacerse de ella sin perder los nervios o ser demasiado brusca. Sabía que no era recomendable mostrarse huraña u hostil con personas claramente desequilibradas. La agresividad no formaba parte de su ADN, pero se animó a mantener la calma y respirar hondo aunque tuviera prisa por darse una ducha. Miró hacia arriba, hacia el cielo, no para rezar, aunque en ese momento de desesperación sintió tentaciones de hacerlo. La lluvia era ahora menos intensa, pero el viento seguía arreciando con fuerza.

—Vamos, ¿no tienes ninguna pregunta?

Diana pensó qué información necesitaba saber de Ada. Lo verdaderamente útil sería descubrir de dónde era. O mejor aún, adónde podía mandarla para continuar su noche en paz.

—Dijiste que tenías unos hermanos...

—Eso ya lo hemos hablado. Sí, vendrán a recogerme, pero no sé cuándo —le explicó Ada—. ¿Algo más que Diana quiera saber? Si seguimos caminando a este paso, nos queda solo un minuto y cuarenta y ocho segundos para ser amigas. Dudo que sea tiempo suficiente.

—¿Eso crees?

—¿Tú no?

—Qué va, para nada, un minuto nos sobra para hacernos inseparables —ironizó Diana.

—¿De veras? —preguntó Ada y sus ojos brillaron con esperanza.

—No, no lo creo.

—Entonces, ¿por qué lo has dicho?

—Puro sarcasmo.

—Bueno, podemos ser «puro sarcasmo» si Diana así lo quiere, aunque a mí me interesaría más que fuéramos amigas —afirmó Ada—. ¿A ti no?

En algún punto de esa frase Diana perdió la poca paciencia que le restaba. Quería controlarse, pero tenía frío, hambre y se sentía frustrada de haberse ganado una compañía que en ningún caso había pedido.

—No, Ada, por supuesto que no podemos ser amigas —afirmó, elevando los brazos al cielo como si buscara amparo en la lluvia o esperara que algún dios la asistiera en ese momento.

Ada frunció el ceño, sin comprender.

—Escucha, intenta ser razonable. Tal vez no lo entiendas, pero te aseguro que no podemos ser amigas en un minuto y cuarenta y ocho segundos.

—Cincuenta y siete segundos ahora —puntualizó Ada.

—¿Qué más da? No podemos ser amigas en cuestión de minutos. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no?

Diana la observó, fascinada. Realmente era como si no lo comprendiese. Ada mantenía la misma actitud que una niña sedienta de respuestas. *¿Por qué el mar es azul? ¿Por qué la Tierra gira sobre su eje? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?* Suspiró hondo y se armó de paciencia para intentarlo de nuevo:

—Porque para eso se requiere tiempo, no sé, tomar un café, dar un paseo, que intercambiamos números de teléfono, que me cuentes cosas sobre ti y yo sobre mí. Y un minuto no es tiempo suficiente, ¿comprendes?

Ada asintió con la cabeza. Bajó la mirada decepcionada, pero entonces sonrió como si acabara de tener una brillante idea:

—Sí, comprendo. Pero te contradices, porque ya te lo he dicho: tengo todo el tiempo del mundo. Y me gusta tu compañía, humana.

—Diana, me llamo Diana —se exasperó la programadora, contenta de estar ya muy cerca de

la entrada de su hotel, aunque preocupada de que Ada insistiera en referirse a ella como “humana”.

Tocaba deshacerse de su compañía definitivamente, ¿pero cómo? ¿Se atrevería a dejarla allí sola, a la intemperie?

—Escucha, mi hotel es este de aquí, ¿ves? Si quieres, no sé, puedo preguntar si tienen habitaciones. Quizá te sientas mejor si duermes allí esta noche.

—¿Tú vas a estar en él?

—Sí.

—Entonces me quedo.

—¿Tienes dinero? Sé que suena extraño preguntarlo, pero...

No consiguió terminar la frase. Antes de que pudiera completarla, Ada había abierto su cajita metálica y sacó de ella un fajo de billetes. Eran morados, una pequeña montaña de billetes morados, cada uno de ellos por valor de quinientos euros.

—Vale —dijo Diana, visiblemente nerviosa—, será mejor que guardes eso de nuevo en tu bolsito. —La tomó de la mano y miró con ansiedad hacia ambos extremos de la calle. Lo último que necesitaba para rematar el día era un atraco—. Cuando estemos en el hotel puedes sacar uno y pagar con él, ¿de acuerdo? Pero *solo uno*. No saques más. ¿Me has comprendido?

Ada asintió y Diana abrió la puerta del establecimiento intentando no pensar en todos los billetes que guardaba su acompañante en su cajita metálica. ¿Cuánto dinero tenía encima? ¿Y si lo había robado? ¿Qué clase de persona se paseaba con decenas de billetes de quinientos euros metidos en una especie de bolso?

Recordaba haber visto solo uno de esos en su vida. Se lo dio Javier para hacer el pago de unos materiales para la oficina y le quemaba en las manos, la cartera, la mochila. Diana se sintió tan incómoda llevándolo encima que supo que no podría tenerlo mucho tiempo consigo. Era demasiada responsabilidad. El miedo a perderlo o a que la atracaran hizo que lo ingresara en la cuenta bancaria de la empresa antes de lo planeado. Ada, sin embargo, los agitaba con desparpajo, como si fueran calderilla.

¿Quién era aquella extraña mujer?

Meneó la cabeza intentando centrarse en lo verdaderamente importante. Su identidad no debía preocuparle. En pocos minutos se habría deshecho de Ada y estaría camino de su habitación y de la ducha. Oh... cómo le obsesionaba una ducha de agua caliente.

El mostrador del vestíbulo lo atendía una mujer de unos cuarenta años que las recibió con una radiante sonrisa. Diana no se fiaba, así que habló en nombre de su acompañante:

—Buenas noches, me alojo en este hotel, en la habitación... —Se detuvo un instante y recapacitó acerca de la información que deseaba dar. Por si acaso, prefería no desvelar el número de su habitación. La inocencia de Ada parecía genuina, pero sus rarezas conseguían ponerla en guardia. A Diana no le inspiraba demasiada confianza alguien que se refería a ella como “humana” y aseguraba haberse caído de una nave—. Olvide lo del número. En realidad da igual. Lo que quería decir es que esta mujer necesita una habitación para esta noche y me preguntaba si tendrían alguna libre.

—Por supuesto, si me da unos segundos se lo compruebo. ¿Desea algún tipo de habitación en particular? ¿Doble? ¿Individual?

—La que tengan, da un poco igual.

—Tenemos una doble muy bonita, muy espaciosa.

—¿En qué planta?

—Está en el quinto piso.

El mismo en el que se alojaba Diana.

—¿No les queda nada en el segundo? O, mejor aún, ¿el primero?

—Espere, se lo compruebo. —Los dedos de la empleada volaron sobre el teclado de la recepción—. Tengo otra en el segundo piso pero no es tan amplia.

—Esa nos vale. Perfecta, es perfecta.

Ada asistía a toda la escena sin mediar palabra, observando el intercambio de las dos mujeres con una sonrisa entusiasmada. Diana sintió alivio de que no le hiciera incómodas preguntas sobre el detalle de las plantas separadas.

—Bien, pues necesitare el DNI para ir tramitando la reserva —les informó la recepcionista.

—¿Tienes el DNI?

—¿DNI?

—Sí, ya sabes, el documento de identidad que le enseñaste antes al policía.

—¡Ah, sí! —Ada volvió a introducir su mano en la cajita plateada y extrajo el documento nacional de identidad en el que figuraba su extraño nombre.

Se lo tendió a la recepcionista, la cual se comportó con una profesionalidad exquisita durante todo el proceso. Si en algún momento se planteó lo extraño de la situación o del nombre que figuraba en el documento, no permitió que la sorpresa se dibujara en su rostro. Parecía entrenada para lidiar con situaciones rocambolescas.

Mientras la empleada completaba una ficha con los datos, Diana pensó que había cometido un fallo al no pedirle a Ada que le enseñara las señas que figuraban en su documento de identidad. Tenía que haber una dirección en él, algo que indicara de dónde procedía o en qué ciudad residía. De todos modos, ahora ya no importaba. Tan pronto la recepcionista le diera la llave de su habitación, ella dejaría de ser su responsabilidad, si es que en algún momento lo había sido.

—Pues aquí tiene. Su llave y su documento. Si me echa una firmita aquí, habremos terminado. Ada miró a Diana como si no comprendiera lo que le estaban diciendo.

—Coge el bolígrafo y pon tu nombre donde te dice —le susurró, avergonzada.

—Ah, sí, claro. Lo firmo enseguida —dijo Ada, antes de hacer una suerte de garabato extraño sobre el papel que se parecía a cualquier cosa menos a una firma. Si hubiese puesto una carita sonriente habría resultado menos bochornoso—. ¡Listo! ¡Firmado! ¿Ahora qué?

—Ahora necesitaría que me abonase el importe de la habitación. ¿En efectivo o con tarjeta?

—¿Tienen cambio de quinientos euros? —preguntó Diana confiando en que lo abultado de la cantidad no supusiera un problema. Si así fuera, estaba dispuesta a pagar la habitación de su propio bolsillo. Su ducha de agua caliente ya se estaba retrasando.

—Sin problemas.

La recepcionista procedió a hacer la transacción y a continuación les indicó el camino hacia el ascensor, el cual recorrieron en silencio, sin intercambiar miradas, hasta que Diana pulsó el botón y las puertas se abrieron:

—Bien, pues ya tienes habitación —le dijo nada más entrar—. No es que sea gran cosa, pero creo que estarás a gusto aquí, hasta que tus hermanos vuelvan por ti.

Ada no contestó. Estaba demasiado ocupada examinando el panel de botones del ascensor. Parecía fascinada por las luces y las formas circulares incrustadas en la placa metálica. Cuando llegaron al segundo piso, Diana se hizo a un lado para dejarla salir.

—Es aquí. Aquí te quedas tú, Ada.

—¿Y tú dónde vas?

—Yo sigo. Pero ve tranquila, aquí estarás bien. Nadie puede hacerte daño, ¿vale? Y si ves que tu familia tarda en volver, siempre puedes quedarte más días en el hotel. Solo tienes que bajar y

hablar con la persona que esté en la recepción para pedirle que te extienda la reserva. ¿Comprendes?

La observó con detenimiento para asegurarse de que Ada había entendido todas y cada una de sus palabras.

—De acuerdo.

—Bien, entonces te deseo que pases una feliz estancia —dijo Diana, aliviada de haberse quitado un peso de encima.

Pulsó con ansiedad el botón de la quinta planta y sonrió cuando el elevador empezó a deslizarse por sus raíles. Todavía le inquietaba la idea de haber conducido a una loca a su mismo hotel, pero empezaba a pensar que Ada no era peligrosa. Su ingenuidad borraba cualquier sospecha de estar tratando con alguien potencialmente dañino. Además, había hecho lo correcto, y eso era lo importante, que no había tomado la salida fácil, que no había dejado a una mujer sola y desorientada tirada en la calle en una noche tormentosa.

Orgullosa de sí misma, caminó por el pasillo con una amplia sonrisa que se ensanchó al abrir la puerta de su habitación.

Por fin podría darse una ducha y olvidar todo lo ocurrido.

3 | ¡HAMBURGUESA!

A diferencia de la habitación, el cuarto de baño del hotel era bastante decente. Para tranquilidad y disfrute de Diana, la ducha disponía de un potente chorro de agua y salía caliente, como a ella le gustaba, de manera que perdió muy pronto la noción del tiempo. Era mala cantante, pero solía tararear en la ducha cuando se sentía feliz, como en aquel momento. En breve llegaría el servicio de habitaciones con su cena. Nada exquisito, tan solo un sándwich y una ensalada. Diana no deseaba gastar una fortuna de su bolsillo en aquel viaje y tampoco acostumbraba hacer cenas copiosas, si bien era cierto que aquella noche sentía hambre; se le había hecho tarde y ansiaba poder comer cuanto antes.

Salió de la ducha canturreando, con la cabeza envuelta en una toalla. El poder relajante del agua le había hecho olvidar los avatares de su viaje y se encontraba tranquila por primera vez, relajada, disfrutando del confort de la habitación, especialmente ahora que la lluvia golpeaba con fuerza las ventanas.

La perspectiva de regresar a casa al día siguiente conseguía despertar su buen humor. Era fin de semana. Con un poco de suerte brillaría el sol; podría salir en bicicleta, dar un paseo o tal vez convencer a alguien para que la acompañara al cine. Todas estas actividades le resultaban igual de apetecibles, no podía esperar. Un trueno retumbó al otro lado de la ventana, pero Diana se sintió tan animada que incluso los inquietantes sonidos de la tormenta le resultaron agradables en aquel momento.

Se dejó caer en la cama y alcanzó su teléfono móvil para revisar los mensajes. Tenía una llamada perdida de su madre y otra de su amiga Victoria. Les devolvió la llamada a ambas. «Sí, mamá, tranquila, he vuelto bien al hotel», le aseguró a su progenitora cuando se mostró preocupada por lo que había escuchado en el telediario: «¡Dicen que hay vientos de hasta ciento cincuenta kilómetros hora! Estaba preocupada». A lo que Diana contestó que ya sabía cómo eran los informativos, especialmente el del canal que ella solía ver, exagerado y amarillista. «Es solo una tormenta, mamá, no un tornado». Con todo, le llenó de ternura la genuina preocupación de su madre. Daba igual cuántos años pasaran: como hija única que era, siempre la seguiría tratando como a una niña.

—Me has llamado —le dijo a Victoria cuando su amiga contestó al teléfono.

—Sí, nada, para saber qué tal el viaje y preguntarte si te apetece acompañarme a una fiesta mañana.

—¿Una fiesta? ¿De quién?

—Una amiga mía celebra su cumpleaños. Rebeca, creo que os presenté un día.

Diana perdió la mirada en los cortinones de la ventana mientras hacía memoria. Poco a poco se fue perfilando en su mente la imagen de una chica menuda y bajita, con hoyuelos y cara risueña. Recordó que en su momento le había parecido bastante atractiva.

—Hum, no sé —replicó, dudosa.

Le generaba cierto rechazo la idea de asistir al cumpleaños de alguien a quien apenas conocía, pero uno de sus propósitos de ese año era socializar más. Pasaba demasiado tiempo en casa, trabajando o frente a un ordenador, y a veces se sentía sola. Un poco de vida social no le vendría nada mal.

—Venga, no seas muermo. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—La verdad es que no, pero ¿no será raro que me presente en el cumpleaños de alguien que no conozco?

—Se lo he comentado y me ha dicho que le parece bien. Además, así me haces compañía. Yo tampoco conozco a mucha gente.

—No sé, he tenido un viaje horrible y la verdad es que me apetecía descansar.

—¿Horrible en qué sentido?

En ese instante sonó la puerta. Alguien llamaba con los nudillos. Diana sonrió. El león que habitaba su estómago empezó a rugir en señal de protesta.

—En todos —le dijo a su amiga—. Creo que me tomarás por loca cuando te lo cuente, en serio. Ha sido absurdo, pero mejor en otro momento. Están llamando a la puerta. He pedido comida al servicio de habitaciones.

—Vale, pues no sé, llámame cuando vuelvas y me dices qué has decidido.

—Eso está hecho.

—Okey, que disfrutes de la cena. Yo también me voy a preparar algo.

Diana colgó el teléfono y se lanzó con energía hacia la entrada. Tenía una toalla enroscada alrededor de la cabeza, pero no le importaba que la vieran así; el hambre era apremiante. Abrió la puerta con una sonrisa, pero se le borró con rapidez tan pronto vio quién estaba al otro lado.

—¡Ada! ¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí?

—Pensé que te gustaría cenar algo —respondió ella agitando una bolsa en el aire—. He bajado a la hamburguesería de al lado.

—¿Cómo has encontrado mi habitación?

Ada no contestó. Para sorpresa de Diana, se escurrió entre su cuerpo y la puerta y caminó con desparramo hasta el centro de la habitación. Giró en redondo.

—Es bonita, aunque creo que la mía es mejor —comentó como si alguien le hubiera preguntado su parecer sobre la decoración o la disposición de los muebles—. Y me gusta eso que llevas en la cabeza. No figuraba en mi catálogo de moda cuando lo consulté. ¿Cómo se llama? ¿Turbante? Creía que habían pasado de moda.

Diana seguía pasmada, mirándola. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta ni tampoco estaba escuchando lo que le decía. Algo sobre un turbante, qué más daba. Estaba loca. ¡Loca! Y ahora sabía que era potencialmente peligrosa. Tal vez una acosadora o algo similar. Nadie en su sano juicio se presentaría así en la habitación de otra persona sin haber sido invitada.

Diana estaba furiosa. Tenía ganas de gritarle, zarandearla para hacerle entrar en razón, ordenarle que regresara a su habitación. Pero en el último momento se contuvo. Podía ser peligroso confrontar a una lunática. No deseaba exponerse a una reacción que no pudiera controlar, así que simplemente dijo:

—Ada, no puedes estar aquí.

—¿Por qué no? ¿No tienes hambre? Mi computadora dice que tus niveles de glucosa están muy bajos. Diana debería comer algo —le informó.

—Tu computadora está en lo cierto, pero ya he pedido comida al servicio de habitaciones. Llegará en cualquier momento y la verdad es que me gustaría cenar sola. He tenido un día muy largo, ¿comprendes?

Ada asintió como si lo hiciera, pero su comprensión no le impidió sacar la hamburguesa de la bolsa de papel y dejarla sobre la mesa.

—Mi computadora me indica que estás estresada, Diana. Deberías descansar. ¿Por qué no te sientas un rato?

Diana puso los ojos en blanco. Era totalmente desquiciante. Nunca en su vida se había enfrentado a una situación parecida, y por tanto no sabía cómo manejarla. ¿Debía llamar a la policía? ¿Denunciarla? ¿Contactar con la recepción para informarles de que uno de sus huéspedes la estaba incomodando? Miró de reojo el teléfono de la habitación, deseando poder alcanzarlo para comunicarse con el vestíbulo.

—Mi computadora me indica que quieres...

—Sí, ya, tu computadora te indica que quiero hacer una llamada. Tu computadora es una impertinente sabelotodo, ¿no?

—Supongo —reconoció Ada encogiéndose de hombros como si la cosa no fuera con ella. Algo acababa de llamar su atención y Diana la observó detenidamente. Ada tomó entonces la funda de la almohada y se la puso alrededor de la cabeza—. ¿Es así como se llevan? —preguntó, mirándose en el espejo que había sobre la cómoda con el improvisado turbante en torno a la cabeza. Le daba aspecto de momia—. Me gustaría no desentonar mientras esté aquí. Es como dice un dicho vuestro. ¿Cómo era? Allá donde fueres...

—Haz lo que vieres, sí.

—¡Eso es!

Diana suspiró con cansancio. Ahora que creía haberse librado de Ada, no sabía cómo interpretar este giro de acontecimientos. Sintió la rabia trepando por su vientre, estaba a punto de gritar de pura frustración. Tenía que haber alguien que pudiera ayudarla. Alguien, quien fuera. Pero al mirar a su alrededor se dio cuenta de que, una vez más, estaba sola con aquella intrusa que hablaba de sí misma como si fuera de otro planeta. Debía armarse de paciencia, pero le quedaba tan poca que no estaba segura de poder conseguirlo.

Fue hasta la cama y se sentó en el borde. De repente se sentía agotada.

—Bien, creo que llegadas a este punto, lo normal sería que hablásemos del tema. Dime, ¿qué te propones? —le preguntó mientras cruzaba las piernas e inclinaba el torso hacia delante con los ojos llenos de sospecha.

—Traerte la cena, claro.

—No. No me refiero a eso. ¿De dónde eres? ¿No tienes familia? ¿Un lugar al que ir? ¿Qué quieres de mí?

—Oh, esas son unas preguntas muy interesantes, Diana —replicó Ada con entusiasmo, tomando asiento a su lado. La habitación ya se había llenado de olor a hamburguesa y tenía tanta hambre que sintió ganas de abalanzarse sobre ella—. Pero creo que antes deberías comer algo. Los humanos no gestionáis bien la información cuando tenéis hambre —le dijo, poniéndole la hamburguesa casi en la cara.

Diana refunfuñó y la tomó entre sus manos. Estuvo a punto de darle un mordisco, pero en ese momento le asaltó una idea: ¿Y si estaba envenenada? ¿Cómo podía fiarse de que la hamburguesa que le ofrecía Ada fuera completamente sana? Prefirió dejarla a un lado, sobre la colcha, ya le daba igual si la grasa traspasaba el tejido y tenía que dormir sobre ella.

—No. Hablemos. *Ahora*. Puedo comer después.

—Bien, ya que insistes. —Ada se retiró el pelo de la cara y la miró con fijeza, sus preciosos ojos azules brillaron con intensidad—. Soy de un planeta muy lejano a la Tierra, ubicado en la constelación de Udf, aunque creo que vosotros los humanos la conocéis por el nombre de Fornax.

Diana asintió con la cabeza, por nada del mundo quería interrumpir los delirios de Ada. Prefería escucharla primero y valorar después la información que le diera, aunque a estas alturas ya tenía claro que solo un psiquiatra podría resolver sus problemas.

—Continúa —le pidió.

—Mi planeta se llama Lux 2. Que sepamos, vosotros todavía no tenéis constancia de él.

—¿Lux 2? ¿Eso significa que hay un Lux 1?

—No —replicó tajante Ada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Un chascarrillo sin importancia. No me prestes atención. Continúa, por favor.

—Mi planeta está aproximadamente a unos trece mil años luz de la Tierra. En Lux 2 no tenemos familia, al menos no como vosotros la concebís. Todos los dosluxianos formamos una comunidad compacta, así que para ti sería como tener unos seis mil millones de hermanos, más o menos.

—Te aseguro que si tuviera seis mil millones de hermanos, acabaría suicidándome.

—¿Suicidarte? ¡Oh, no! ¿Por qué Diana quiere suicidarse?

—Olvida lo que he dicho. —Diana hizo un gesto con la mano. No estaba de humor para explicarle el concepto de sarcasmo—. Me refería a que es un planeta grande.

—Mediano —la corrigió Ada—. Un poco inferior a la Tierra, pero pequeño en comparación con otros cercanos. Lux 3 tiene casi cuarenta mil millones.

—¿Hay un Lux 3 pero no un Lux 1?

—Así es. ¿Por qué Diana se sorprende tanto?

Diana puso los ojos en blanco. Aquello le parecía ridículo.

—Da igual, cosas mías. Entonces, por eso dices que tus hermanos van a venir a recogerte. Porque son tus hermanos, pero no de sangre.

—En efecto. Me alegra ver que Diana por fin lo entiende.

Aquello complicaba un poco las cosas. El hecho de que Ada se declarara una persona sin familia haría más difícil encontrar a alguien que pudiera responsabilizarse de ella. Pero no estaba dispuesta a dejarse amedrentar. Cierto era que nunca había tenido dotes de actriz, pero estaba participando en esta conversación como si fuera lo más interesante y cabal que le hubieran contado jamás.

—Comprendo. ¿Y cómo has acabado aquí? ¿Te has perdido?

—No exactamente. Ada forma parte de la Misión Tierra 8. Es una misión pequeña, tan solo cuatro de nosotros fuimos enviados aquí en esta ocasión.

—Así que ha habido otras...

—¡Claro! ¡Siete misiones previas!

—Pero no hay un Lux 1... Solo un Lux 3.

—Sí, eso ya lo he dicho. La verdad, Diana, no entiendo que insistas tanto en la numeración...

—Pues tienes toda la razón —dijo, un poco desquiciada. Suspiró y se acarició la mejilla para cerciorarse de que seguía despierta, de que aquello no era una alucinación—. Continúa, por favor. Me hablabas de unas misiones previas. ¿En qué consistieron, exactamente?

—En ellas aprendimos todo sobre vuestro planeta, pero el Consejo Territorial de Lux 2 está interesado por el estado en el que se encuentra la Tierra y necesitaba más información. Por eso nos mandó a nosotros, para que hiciéramos una nueva evaluación.

—¿Interesado? ¿En qué sentido?

—La Tierra está muy enferma —le explicó Ada con pesadumbre—. Los niveles de contaminación y deforestación están afectando a vuestro núcleo. Nuestro servicio de inteligencia cree que, de seguir así, los humanos acabaréis destruyendo el planeta en pocas décadas. La previsión no es demasiado halagüeña.

Ya veo, obsesionada con el planeta, pensó Diana en ese momento. Tal vez, Ada, después de todo, no era más que una activista de Greenpeace caída en desgracia. De repente sintió lástima

por ella.

—Y tú estás aquí para remediarlo —le dijo entonces, siguiéndole el juego.

—No, solo para constatarlo —puntualizó Ada—, nadie puede remediarlo. Los dosluxianos no intervenimos en el destino de otros planetas. Somos meros observadores de su estado. Pero es cierto que necesitamos su energía. Lux 2 no podría existir sin la energía de otros planetas en descomposición, así que, cuando un planeta muere, aprovechamos su energía remanente para abastecer a nuestra población.

—Sois como aves carroñeras del espacio, vaya —bromeó Diana, sonriendo ante su propia ocurrencia. No obstante, su compañía no pareció valorarlo de igual manera, por lo que Diana carraspeó y prefirió continuar la farsa—. Entonces, estabais de misión y la nave se cayó.

—No —le corrigió Ada—. La tormenta produjo un fallo en el sistema de propulsión de la nave. Uno de mis hermanos intentó corregirlo, pero creo que la trampa se activó por error y yo caí al vacío en el lugar donde me encontraste.

—Pero no te has roto nada... ¿Cómo es posible?

—Hay muchas clases de vida, ¿sabes? —replicó Ada con suavidad—. Los humanos siempre habéis dado por hecho que la vuestra es la única que importa.

Diana no supo qué replicar. ¿Qué podía decirle, si tenía razón? Allí estaba el ejemplo de la medusa rosa, el gusano de mar, una bacteria o el nudibranquio. Poco tenían que ver estas formas de vida con la humana y mamífera y, sin embargo, que existían era un hecho incontestable.

—¿Y tus... —titubeó un instante. Le resultaba extraño utilizar esa palabra en este contexto— ...hermanos piensan venir a recogerte?

—Confío en ello. Mi microchip intradérmico emite mis coordenadas, pueden saber dónde estoy en todo momento, pero para regresar por mí necesitan un permiso especial. Estábamos de regreso cuando el accidente ocurrió.

—Ya... es comprensible. Uno no va por ahí sobrevolando el cielo de otros planetas sin permisos aéreos. A mí, desde luego, no se me ocurriría. Siempre intento que mi bicicleta circule por el carril bici y si tuviera una nave haría lo mismo.

—Desde luego, es muy grave contravenir una orden o invadir un espacio aéreo de circulación.

—Sí, por supuesto. Lo entiendo perfectamente.

—Me alegra que Diana por fin entienda mis circunstancias.

—Sí, del todo. Es decir, ahora lo veo mucho más claro. —*Estás loca*—. Gracias por la explicación, Ada.

—Ha sido un placer. Me agrada Diana.

—¿Servicio de habitaciones?

Diana se giró y vio a un muchacho asomando la cabeza tímidamente. La puerta seguía abierta, así que el chico tenía las cejas alzadas, como si estuviera pidiendo permiso para entrar.

—Es aquí, pase —le invitó Diana, contenta de tener un testigo.

Si encontraban su cuerpo descuartizado por la mañana, al menos alguien le explicaría a su madre lo sucedido. «Había una chica con ella», diría el muchacho durante las pesquisas policiales. Con toda seguridad la policía lo interpretaría como que había tenido compañía en su habitación de hotel, pero sus amigos matizarían que este era un comportamiento impropio de ella. A Diana le desagradaban las aventuras de una noche, tal vez por eso tenía tan poca fortuna en el amor y al final siempre acababa sola. Seguro que informarían de este detalle a las fuerzas de seguridad, y entonces se pondrían a investigar quién era la mujer que...

—¿Quiere que ponga la bandeja aquí o...?

Diana se quedó mirando al camarero comprendiendo que su mente había viajado tan lejos de

allí que por un momento se había olvidado de su presencia. A veces podía abstraerse tanto de su entorno que le costaba retomar las conversaciones.

—Perdona, sí, puedes dejarla por aquí. —Le indicó el escritorio en cuyo extremo estaba la televisión.

El muchacho se giró entonces con intención de irse, pero Diana estaba tan desesperada por compañía mentalmente sana que le dijo:

—¿No te apetece quedarte? Si quieres, puedes cenar con nosotras. Estás invitado.

—Lo siento, señora, no se me permite cenar con los huéspedes en horas de trabajo —respondió el chico con cierto azoramiento.

—Ya, comprendo, es normal. ¿Pero estás seguro? No se lo diremos a nadie, ¿verdad que no? —afirmó, buscando la complicidad de Ada, que asintió con entusiasmo, como si le emocionara estar a punto de compartir ese momento no solo con un humano, ¡sino con dos!

—Es usted muy amable, pero de veras no puedo.

—De acuerdo. Perdona por haberte puesto en un aprieto —se disculpó.

—¿Desea que cierre la puerta al salir?

—¡No! —Diana fue presa del pánico al imaginarse encerrada allí con Ada—. Es decir, no, está bien así. Déjala abierta, si eres tan amable. —Entonces tuvo una idea—. ¡Qué tonta! No te he dado propina, espera un momento.

Fue hasta su mochila y extrajo corriendo el monedero. Se acercó al muchacho y le susurró al oído:

—Te doy veinte euros si llamas corriendo a la policía y les dices que una loca se ha colado en mi habitación.

—Pero, señora, yo...

—Vale, cincuenta. No tengo más en la cartera, pero puedo conseguirlo. Solo tienes que sacarme de aquí.

El muchacho miró por encima de su hombro y posó los ojos en Ada, que ahora parecía distraída comprobando la resistencia del cable de la televisión. Estaba tirando de él con todas sus fuerzas.

—¿Ves? Como unas maracas. Si me sacas de aquí, prometo recompensarte. ¿Cuánto quieres? ¿Cien? ¿Doscientos? ¿Cuánto te pagan aquí?

—Señora, creo que lo mejor será que llame a recepción. Estoy seguro de que ellos podrán ayudarla y yo...

—¡Tú no lo entiendes! —exclamó agarrándole por la pechera de su immaculada camisa blanca. El chico dio un paso atrás, visiblemente asustado—. Disculpa, es que estoy muy nerviosa. Pero, en serio, no lo entiendes. Ella dice que es de otro planeta, Lux 2 o algo así, que ha venido aquí de Misión 8 y que existe un Lux 3, pero no un Lux 1. ¿Tú comprendes esa lógica? No, ¿verdad? Lo cierto es que yo tampoco, pero eso no es lo importante, la cuestión es que es que se trata de una loca potencialmente peligrosa...

—Señora, no creo que yo pueda hacer nada. Solo soy el camarero, compréndalo, por favor...

Diana se miró las manos y se sorprendió al verlas aferradas a la camisa del muchacho. Le sujetaba con tanta fuerza que casi le estaba ahogando. Asustada por su propia reacción, dio un paso atrás y se ruborizó con vergüenza. El camarero estaba tan pálido que comprendió que debía de estar pensando que ella era la loca, y no Ada. Había arruinado por completo su oportunidad de que la ayudara.

—Tienes razón, lo lamento. Acepta mis disculpas. Hazme un favor y quédate con los veinte euros igualmente. Por las molestias.

—Como desee. ¿Puedo irme ya?

—Sí, pero no cierres la puerta. No quiero quedarme encerrada con... ya sabes... —dijo, señalando a Ada con la cabeza.

El chico asintió y se fue acelerando el paso por el pasillo enmoquetado, camino de los ascensores. Se giró en varias ocasiones con verdadero terror para comprobar que Diana no le seguía.

Había topado antes con clientes extraños, hombres que le pedían que pasara la noche con ellos, y mujeres que le abrían la puerta en atrevidos saltos de cama. A eso estaba acostumbrado. Pero nunca se había topado con una loca peligrosa como Diana. Su corazón latía descontrolado mientras esperaba el ascensor. Si hubiera tenido una bandeja en las manos, con toda seguridad se le habría caído armando un gran estruendo. El camarero solo suspiró tranquilo cuando las puertas del ascensor se cerraron y se sintió seguro, a salvo, encerrado entre sus cuatro paredes.

En el otro extremo del pasillo, Diana recostó la espalda contra el marco de la puerta, su expresión era derrumbada. El forcejeo con el camarero había provocado que la toalla se le cayera de la cabeza y ahora sentía su pelo húmedo sobre los hombros, empapando la espalda de su pijama.

Echó un vistazo al interior de la habitación y deseó poder cerrar los ojos y descubrir que se lo había imaginado todo. Que nada era real y acababa de despertarse de una horrible pesadilla. Lo intentó, pero al abrirlos vio que Ada seguía analizando los objetos de la habitación. Antes era el cable, ahora la bombilla de una lámpara lo que inspeccionaba con verdadero interés. La hacía girar sobre su eje, la agitaba como si fuera un huevo de chocolate que contuviera una figura infantil en su interior. Diana supo entonces que no conseguiría echarla por mucho que lo intentara. Incluso si llamaba a la policía, estaba segura de que se desentenderían del tema como el camarero o el agente que las atendió en la calle. Nadie la creería si contaba la verdad, pensarían que la loca era ella, y tenía tanta hambre que ya empezaba a darle exactamente igual lo que el destino le deparara.

Recogió la toalla del suelo con un bufido, cerró la puerta encomendándose a su suerte y se fue directa hacia la bandeja de comida.

—La cena... —anunció con voz de ultratumba, pasos derrotados y la angustia arremolinándose en torno a su garganta.

Voy a morir... Voy a morir y ya nunca podré leer el último libro de Canción de Hielo y Fuego... ni tampoco sabré jamás qué pasó con Piper y Alex y todo porque se me ocurrió la brillante idea de asistir a una lunática en una tormenta. Bien hecho, Diana. Esta vez te has superado, amiga mía.

—Bien —dijo Ada en ese momento mientras daba una palmada con entusiasmo—. Ahora Diana comerá y se sentirá un poco mejor para estar conmigo. ¿Sí?

Diana la fulminó con la mirada, pero no replicó. Conectó la televisión fingiendo que Ada no estaba en la habitación. Se tumbó en la cama, cogió el sándwich y le dio el primer bocado. Estaba frío como un cadáver. Como lo estaría ella en pocas horas... pensó con amargura.

4 | LOS MAMARRACHOS DE LA TELE

—Diana parece inquieta. ¿Hay algo que Ada esté haciendo mal?

Hacía varios minutos que la programadora no prestaba atención a su indeseada compañía. Por algún motivo absurdo, le parecía que si la ignoraba desaparecería, como un espejismo pasajero o un producto de su imaginación. O mejor aún: tal vez si no le dirigía la palabra, Ada se acabaría cansando y se esfumaría, en vista de que la situación parecía muy real. Estaba en la habitación de un hotel, aislada del mundo, de los suyos, en compañía de una mujer que había recogido de la calle y que decía ser una extraterrestre. Pelo azul y naranja, maquillaje tribal, aunque bonitos ojos azules. ¿Qué más podía pasar?

Diana se incorporó en la cama, su cuerpo estaba en tensión.

—Para empezar, ¿por qué hablas en tercera persona? Es increíblemente molesto, te lo aseguro. Y para seguir, por supuesto que estoy inquieta. Estás aquí, ¿no? —afirmó mirándola por primera vez mientras rumiaba unas hojas de lechuga.

Al *diablo* con la cautela. Estaba harta de aquello. Si ella la mataba, lo haría igual, tanto si se mostraba displicente y amable como si no. Se encontraba preparada para una muerte lenta y dolorosa, pensó. Pero si no iba a poder ver la última temporada de *Orange Is The New Black*, al menos antes se acabaría su cena.

—Corregiré mi manera de hablar, si eso es lo que te inquieta.

—No, no es eso lo que me inquieta —refunfuñó Diana, pulsando el mando de la televisión con dedos temblorosos. Estaba rabiosa.

Le pareció que no era mucho pedir morir viendo un programa interesante, pero, como siempre, en la televisión no había nada que llamara su atención. Pasó un canal tras otro, hasta toparse con un grupo de descerebrados que estaban a punto de meterse en una casa para dejarse grabar las veinticuatro horas del día. Diana odiaba este tipo de *reality shows*, pero pensó que no le importaría estar allí, exponerse a las cámaras, destripar sin miramientos su vida privada. Y eso le preocupó, el sentir que en ese momento cambiaría su vida por la de cualquier hazmerreír.

Miró a Ada de soslayo, deseando que ella entrara en razón, pero al ver sus ojos humedecidos, Diana cambió la expresión de su cara. No podía ver a nadie llorar. Era superior a sus fuerzas. Simplemente, no podía.

—A ver, ¿qué te sucede ahora? —preguntó irascible. Dejó el mando a un lado y se puso derecha en la cama.

—No lo sé. Ada nunca había experimentado esta sensación —afirmó la extraterrestre, tocándose una lágrima con las yemas de los dedos—. Es extraño.

—Son lágrimas, ¿qué tienen de extraño?

—Me siento como... vacía.

—Sí, es un sentimiento muy común cuando se llora.

Entonces Ada probó el sabor salado de su propia lágrima. —Saladas. No me las esperaba así.

—¿Y cómo las esperabas? ¿Con sabor a mazapán? —contestó Diana con brusquedad. Como consecuencia, Ada empezó a llorar con más intensidad—. No, por favor, no llores, no te pongas así. —Se desesperó y no sabía qué hacer. Si hubiera sido una amiga, la habría abrazado en ese instante para consolarla, pero se trataba de una perfecta extraña y no sabía dónde poner los brazos. Decidió darle unos reconfortantes golpecitos en el hombro. Sí, aquello no la comprometería demasiado—. Vamos, cálmate. He sido un poco bruta, lo sé, es que no soporto

ver llorar a una mujer.

—¿Y a un hombre sí? —inquirió Ada entre sollozos.

—No he visto a muchos, si te digo la verdad. Pero tampoco. No me agrada ver llorar a nadie, y menos si es por mi culpa.

—No es culpa de Diana. Ada está siendo un poco insistente esta noche.

«Un poco» sería un eufemismo para describir lo descabellado de la situación, pero Diana se sintió igualmente culpable. A fin de cuentas, su invitada indeseada estaba sola en este mundo, o eso le pareció al verla llorar desconsoladamente. Ada era un mar de hipidos y sollozos. Le costaba respirar y Diana optó por ir hasta el cuarto de baño y tomar un rollo de papel higiénico.

—Ten. Suénate. Te sentirás mejor. —Se lo ofreció. —Solo estás nerviosa por lo que te ha ocurrido esta noche.

Ada siguió el consejo y se sonó ruidosamente.

—Cosquillas —dijo meneando la nariz como un ratoncillo asustado.

Después miró a Diana como si estuviera esperando que ella dijera algo, pero no se le ocurrió el qué, así que volvió a sentarse en la cama y permanecieron un buen rato en silencio hasta que Diana dijo:

—No eres peligrosa, ¿verdad?

Ada negó con la cabeza.

—Ni tampoco piensas matarme esta noche.

Ada volvió a negar con la cabeza, esta vez de forma más efusiva.

—Y así podré ver el final de *Orange Is The New Black*...

—¿Orange qué?

—Da igual. —Diana agitó una mano para restarle importancia—. Pero entonces, ¿por qué? ¿Por qué te empeñas en seguirme?

La extraterrestre hipó.

—Ada no tiene adónde ir. Y pensó que Diana sería una buena compañía mientras sus hermanos vienen a recogerla.

Diana suspiró profundamente. Fue un suspiro que salió de lo más hondo de su ser. No podía creer que se estuviera ablandando, pero al mirar los ojos de Ada supo que no estaba mintiendo. Tal vez estuviera desequilibrada, pero ella realmente esperaba que alguien regresara a buscarla.

—¿Alguna vez te han hecho un diagnóstico psiquiátrico? Porque si vas a quedarte aquí un rato, necesito saberlo.

—En mi planeta no hay locos, si eso es lo que te preocupa —dijo utilizando la persona verbal correcta para su inmenso alivio—. Allí no es como aquí.

—De eso no me cabe ninguna duda.

—Pero si quieres que me vaya, lo comprendo. A veces me cuesta entender la manera de proceder de los humanos. En mi planeta es de buenos modales acoger a quien se encuentra perdido.

—Y aquí también solía serlo —le explicó Diana cabeceando con tristeza—. Hasta que llegaron los terroristas, el capitalismo, la globalización, los carteristas que te asaltan cuando sacas dinero en el cajero... En fin, ya sabes.

—Comprendo. —Ada bajó la cabeza, resignada a aceptar la idea de que Diana no deseaba su compañía. Para ella era difícil comprenderlo pero no quería estorbar. Le explicó que estorbar era una afrenta enorme en su planeta, casi comparable a un asesinato a sangre fría—. Bueno, pues supongo que lo correcto será que me vaya.

Se puso en pie, recogió su cajita metálica, la hamburguesa despanzurrada sobre la colcha y fue

hasta la puerta de la habitación arrastrando sus pasos como alma en pena.

Diana observó sus movimientos dividida entre el alivio y la culpabilidad. Era relativamente temprano y sabía que no se iría a dormir hasta por lo menos otra hora más, y cuando miró a Ada y pudo visualizar su tristeza, los ojos humedecidos, los hombros encogidos, la cabeza gacha, las palabras brotaron de su boca sin pedir permiso.

—Lleguemos a un acuerdo, ¿te parece? —dijo, sin creer todavía lo que estaba a punto de hacer.

La cara de Ada se iluminó como si acabara de escuchar cien trompetas anunciando la llegada de un caballo alado.

—A lo mejor me acabo arrepintiéndome de esto, pero te propongo que te quedes un rato más, hasta que me entre sueño y después ya cada una por su cuenta—sugirió Diana—. Así no te sentirás tan sola y yo no me sentiré una mala persona. ¿Qué te parece?

—Me parece una gran idea. Y Ada se siente muy agradecida por la generosidad de Diana.

—Sí, bueno, eso me lo creeré después, si salgo viva de esta.

Ada frunció el ceño, sin comprender por qué Diana insistía en verla como una amenaza, pero prefirió no hacer ningún comentario al respecto. Le acababan de ofrecer la posibilidad de estar en contacto estrecho con un humano y dijo sentirse muy afortunada por ello. Podría hacerle algunas preguntas relativas a su misión, principalmente dudas respecto al origen de aquel maltrato a su planeta, detalles que se escapaban de toda comprensión al Consejo Territorial de Lux 2. Estaba tan feliz que se impulsó con fuerza y se dejó caer sobre el colchón, desmadejada como un ovillo, parecía aquello el preámbulo de una fiesta de pijamas.

Diana la miró fascinada, pensando que se comportaba como una niña.

—Vale, veo que estás contenta, pero no hace falta tanto entusiasmo —le dijo, recostándose de nuevo sobre los almohadones de la cama. Le ofreció uno a Ada y esta la imitó, poniéndoselo tras la espalda para tumbarse a su lado—. ¿Hay algo de la tele que quieras ver? ¿Qué programas te gustan?

—Me interesan las carreras.

—Carreras, ¿eh? Pues no creo que pongan muchas a estas horas. A lo mejor en el canal de deportes —dijo Diana, haciendo *zapping* con el mando, para ver si había suerte. Desconocía de qué podía hablar con una perfecta extraña que, aunque no parecía peligrosa, ciertamente no estaba en sus cabales, así que le pareció buena idea entretenerla con algo que le agradara—. Mira, están echando un rally. Seguro que te gusta.

—¿Qué es eso?

—Una carrera. ¿No habías dicho que te gustaban?

Ada empezó a reírse, a mandíbula batiente, como si acabaran de contarle el chiste más divertido del mundo. Diana la miró sin comprender. Estaba ligeramente ruborizada porque no entendía la gracia.

—¿Qué? ¿He dicho algo gracioso?

—Diana es una persona muy chistosa. ¡Eso no son carreras! Son coches humanos. Los coches no pueden competir. ¡Son demasiado lentos!

—Ah, ¿no? ¿Y entonces qué tipo de carreras te gustan?

—Yo me refería a carreras espaciales, de naves. Mis preferidas.

Por supuesto, pensó Diana.

Había sido estúpido por su parte pensar que Ada entraría en razón. En algún momento, de un modo subconsciente, creyó que si pasaba tiempo en su compañía su fachada se desmoronaría. Dejaría de explicarle cuentos sobre el espacio y le contaría de dónde era realmente, qué terrible

desgracia le había ocurrido esa noche para encontrarse tendida en la acera en el epicentro de una tormenta. Tal vez incluso llegaran a hacerse amigas. Ada rompería a llorar y le contaría la historia de su exnovio, un tipo abusivo y pendenciero del que había salido huyendo, cambiándose el nombre previamente en el Registro Civil para que no pudiera encontrarla. Se lo contaría y rompería a llorar como una chiquilla, disculpándose por haberse inventado una historia tan zafia, pero implorándole que lo comprendiera. «No sabía qué decir», le diría, «no podía afrontar la realidad». Algo así. Algo verosímil. Pero Ada seguía empeñada en sus historias sobre extraterrestres, y Diana estaba empezando a pensar que lo suyo era patológico, perdiendo toda esperanza de que se produjera una escena sincera como la que acababa de imaginar.

—Pero charlemos, mejor —sugirió Ada en ese momento—. Hay muchas cosas que necesito saber. —Parecía muy interesada, las preguntas danzaban en la punta de su lengua.

A Diana no le agradaba hablar de sí misma. En general, era una persona reservada, un motor diésel al que le costaba arrancar en entornos sociales. Necesitaba bastante tiempo para abrirse a otras personas y charlar de temas personales y, cuando lo hacía, solía restarle importancia o rebajar su nivel de angustia y tristeza para según qué temas, por lo que mostró una actitud cautelosa cuando Ada le informó de que deseaba hacerle preguntas. Aun así, estaba dispuesta a colaborar, pues tampoco tenían mucho que hacer, salvo charlar de sí mismas.

—Bien, ¿qué te gustaría saber?

—¡Todo!

—¿Todo? —se angustió Diana, pensando que no le apetecía hablar de según qué cosas. Como por ejemplo su ex o su malograda vida amorosa, temas ambos en los que no solía detenerse demasiado—. Bueno, vayamos por partes y yo te diré si me siento cómoda contestando. Venga, pregunta, soy toda oídos.

—Hmmm, por ejemplo, ¿me puedes decir el porqué de las centrales nucleares? Todo el mundo sabe el riesgo que comportan para la salud de vuestro planeta y, sin embargo, ¡las seguís manteniendo!

Diana pestañeó con sorpresa. Se consideraba a sí misma una persona medianamente informada. Leía los periódicos, bastantes revistas y a veces ponía el telediario, pero no estaba preparada para abordar una discusión de este calibre a las once de la noche, después de una larga semana de trabajo. Se le ocurrían cientos de temas mejores de los que hablar. Como aficiones o que Ada le contara un poco más sus vivencias, siempre y cuando no estuvieran relacionadas con el espacio o una galaxia, remota o cercana.

Carraspeó con incomodidad y se frotó los ojos. Empezaba a sentirse cansada.

—¿De eso quieres hablar? ¿A las once de la noche?

Se trataba de una pregunta retórica, pero Ada no lo interpretó como tal:

—Sí, me interesa muchísimo. ¿A ti no?

—No mucho, la verdad. No sé, Ada, a las once de la noche se habla de... —Diana sabía lo que quería decir, pero no se le ocurrió un término mejor: —*Chorradas*, básicamente.

—¿*Chorradas*?

—Sí, tonterías, banalidades, temas fáciles. Nadie habla de centrales nucleares un viernes por la noche, por Dios santo. A no ser que te hayas fumado un porro, lo cual no es el caso.

—¿Porro?

—Marihuana. Estupefacientes. ¿Drogas?

—¿Cómo las setas?

—Eso también.

—Comprendo —afirmó Ada con tristeza, casi seguro anotando mentalmente la palabra

«porro». Esa no parecía conocerla—. Pues en otro momento. Tal vez por la mañana a Diana le apetezca contármelo.

—Tal vez —contestó Diana sin prestar demasiada atención a lo que decía. Un súbito cansancio se había apoderado de ella y sintió que le costaba mantener los ojos abiertos—. Pero ahora, si no te importa, creo que prefiero que veamos un rato la tele en silencio y ya está.

—Muy bien —dijo Ada, agarrando un cojín entre sus brazos y fijando la vista en la televisión.

Al final, Diana no encontró nada mejor que poner que aquel *reality show* en el que unos se gritaban a otros. A Ada le resultó fascinante que hablaran tan alto. Hizo algunos comentarios al respecto, preguntó si estaban sordos o si tenían algún problema de audición. Diana se rio con franqueza de sus apreciaciones y así, contemplando un programa basura, permanecieron lo que restó de velada, con la lluvia golpeando con violencia las ventanas, aunque ninguna de las dos fuera capaz ya de escucharla. Los mamarrachos de la tele chillaban demasiado.

5 | ¿USTED PUEDE VERLA?

Era temprano por la mañana cuando la alarma despertador de Diana empezó a sonar. La tenía configurada a la misma hora todos los días y en esta ocasión fue una suerte no haberla apagado, porque tan pronto abrió un ojo se dio cuenta de que estaba tan cansada que podría haberse quedado dormida.

Estiró los brazos por encima de los hombros para desperezarse. Necesitaba un café para espabilarse y tampoco le vendría mal un buen desayuno. La noche anterior apenas había probado bocado a causa de lo sucedido y este tren de pensamientos le hizo abrir los ojos con terror. Acababa de recordar cuándo, cómo y con quién había compartido su cena y esto consiguió alterarla. Se incorporó rápidamente en la cama y miró en derredor, pero no había ni rastro de Ada. Parecía haberse desvanecido, como si realmente hubiera sido producto de su imaginación.

Diana miró debajo de la cama, por si acaso, pero no encontró nada. Tan solo un par de pelusas y un calcetín que alguien se había dejado olvidado. Registró el baño y tampoco la encontró.

Quería asegurarse de que no existía ningún resquicio de la habitación en el que Ada hubiera podido esconderse, así que revisó también el armario, la ducha e incluso abrió los cortinones para inspeccionar el alféizar de la ventana. Pero Ada no estaba. O bien se había ido a su habitación al quedarse ella dormida o bien se la había inventado. ¿Sería posible?

Fue hasta su teléfono móvil para comprobar la hora. Eran las ocho de la mañana, pero tenía tiempo. Sus dedos volaron sobre el teclado para escribir un mensaje de texto. Iba dirigido a su amiga Victoria.

«Tú y yo hablamos anoche, ¿verdad? Sé que es una pregunta extraña, pero necesito saberlo», escribió y después dejó el teléfono sobre el escritorio.

Con toda probabilidad Victoria no leería el mensaje hasta un poco más tarde, pero no le importaba. Necesitaba contacto con la realidad y su respuesta le vendría bien para atar los cabos sueltos de su memoria.

Diana decidió posponer sus pesquisas para más adelante. Tenía un tren que coger, le apetecía regresar a casa y deseaba estar ya en la estación, aunque después tuviera que matar un par de horas allí, mientras leía un libro o tomaba café. Su equipaje era ligero, por lo que no tardó demasiado en empacar sus cosas. Se dio una ducha rápida y en menos de media hora estaba en el vestíbulo del hotel, preparada para hacer el *check-out*.

—¿Ha consumido algo del minibar? —le preguntó el recepcionista, un chico joven con la cara lavada y un afeitado perfecto. Acababa de empezar su turno al frente del mostrador de recepción.

—No... que yo sepa —respondió Diana con ambigüedad.

El recepcionista enarcó una ceja ante la infrecuente respuesta.

—Es decir, no —se apresuró a aclarar Diana—. Anoche *creo* que tuve compañía, pero si fue así, dudo mucho que consumiera algo del minibar.

El recepcionista carraspeó, incómodo. Solía abstenerse de hacer valoraciones acerca de las compañías elegidas por los huéspedes del hotel, pero nunca había atendido a nadie que asegurara «creer» que había tenido compañía nocturna. Optó por activar la casilla de «no» en el formulario que debía rellenar para incluir las consumiciones del minibar. Después le entregó la factura a Diana.

—Muy amable. Una pregunta, ¿sabe de alguna cafetería por aquí donde sirvan buen café?

—El café del hotel es excelente, si quiere probarlo. La cafetería está por allí, detrás de esa

puerta —le indicó el recepcionista.

—Gracias.

Diana se encaminó entonces a la cafetería, con su mochila al hombro, ya más calmada y positiva. El establecimiento era muy impersonal, decorado con sillas de metal dorado y un gusto demasiado setentero para su gusto. Nada allí indicaba que pudieran servir buen café, pero se dijo que no debía ponerse exquisita esta vez. Tenía por delante un largo viaje en metro y prefería ir holgada por si surgía algún contratiempo. Eligió un taburete de la barra cercano a una pila de periódicos, pidió un café con leche y una tostada con mantequilla y mermelada.

Estaba abriendo el diario cuando su móvil empezó a vibrar en el fondo de su bolsillo. Lo sacó y vio que se trataba de un mensaje de Victoria: «¡Claro que hablamos! ¿Qué bicho te ha picado?». Diana sonrió divertida. «Nada, olvídalo, creo que anoche me sentó mal algo que comí, no te preocupes. Te llamo cuando llegue», le respondió.

Bien, al parecer su mente no se había inventado todo lo sucedido el día anterior, sino solamente una parte. Había hablado con Victoria por teléfono y si se lo preguntara a su madre estaba convencida de que le diría lo mismo. Pero aún no comprendía por qué tenía todos esos recuerdos sobre Ada. Eran demasiado reales para haber sido un sueño y demasiado descabellados para no serlo.

Diana metió un azucarillo en el café y observó cómo se diluía en el líquido amarronado, mientras la cucharilla giraba en círculos, al igual que lo hacía su mente.

Cabía la posibilidad de que los delirios se los hubiera producido algún tipo de alergia o algo que hubiera comido. No conocía a nadie a quien le hubiera sucedido, pero eso no descartaba del todo la posibilidad. Desde luego, el revuelto de gambas que le habían servido en el congreso estaba espantoso. Y ni hablar de los aperitivos. Diana sintió náuseas al recordar aquellos trozos de carne ensartados en un palo, su color pálido, casi mortecino.

Sí, tal vez había sido la comida del congreso o una reacción alérgica de algún tipo. El aire de Madrid estaba cada vez más contaminado y a lo mejor su cuerpo no había sabido gestionar toda esa polución.

De todos modos, no estaría de más consultarlo con un médico, aunque solo fuera para asegurarse de que algo así no volvía a suceder. Pero no con su médico de cabecera sino alguien de confianza, porque Diana no se sentía cómoda con la idea de narrarle sus delirios a un extraño. Hizo una nota mental de llamar a su padre. O mejor aún, le enviaría un mensaje ahora mismo. Era un hombre un tanto peculiar y contárselo comportaba sus riesgos, pero se trataba de un tema importante y en ese momento le pareció la persona indicada para hablarle de algo tan delicado. Así lo hizo, para su desgracia, porque en ese momento no podía saber lo mucho que se acabaría arrepintiendo.

—Disculpe, ¿qué le debo? —le preguntó al camarero cuando terminó de escribir el mensaje. Cerró el periódico y lo dejó sobre la pila. Al final no había sido capaz de leer una sola línea.

—Nada, ya está pagado —le informó el joven con una sonrisa. Diana frunció el ceño—. La ha invitado esa señorita de ahí.

Entonces la vio. Cabello bicolor. Penetrantes ojos azules. Maquillaje extravagante, cara aniñada de no haber roto un plato en su vida. Y Diana pensó que así era como tenía que disfrazarse el diablo, porque en ese momento se estremeció de tal manera que captó la atención de quienes estaban alrededor.

—¿Se encuentra bien? —inquirió el camarero, visiblemente asustado.

Diana no contestó, estaba demasiado aterrada para hacerlo. Sus mejillas, que momentos antes habían estado sonrosadas y llenas, eran ahora pálidas y lucían ligeramente hundidas.

—¿Usted puede verla? —le preguntó.

—¿A quién? ¿A la señorita que la ha invitado?

Diana asintió con efusividad. Sentía que le faltaba el aire. El camarero se giró para mirar a Ada por encima de su hombro. Estaba ocupada leyendo el periódico y dando pequeños sorbos a una humeante taza de té.

—Sí, claro.

—Bien, entonces no estoy alucinando. Pero tengo que irme —replicó, nerviosa por agarrar su mochila e irse de allí cuanto antes. Si se daba prisa, tal vez Ada no la viera.

Sabía que estaba mal por su parte no despedirse y que al final Ada se había comportado de forma educada, pero había tenido suficientes emociones por un día y no deseaba ponerse a sí misma en otro compromiso con la autoproclamada extraterrestre. Así que se agachó para recoger su mochila del suelo, pero estaba tan nerviosa y adormecida que acabó dándose un golpe en la frente contra el extremo de la barra.

Todo lo que vino a continuación sucedió muy rápido. El camarero extendió la mano para asistirle pero no llegó a tiempo. Un cliente cercano se incorporó para ayudarla a levantarse del suelo. Cuando lo consiguió y abrió los ojos con un dolor infernal en el nacimiento del cabello, vio los grandes ojos azules de Ada observándola con preocupación.

—¿Es amiga suya? —se interesó el cliente que la había asistido, dirigiéndose a Ada.

—Sí.

—¡No! No es mi amiga —protestó Diana.

—Claro que somos amigas. Ayer pasamos más de un minuto juntas, ¿recuerdas? Oh, pobre, creo que el golpe le ha afectado. No sabe lo que dice —se lamentó Ada mientras le pasaba un brazo por debajo de la axila y la retiraba del tumulto de curiosos que se había formado en torno a la barra—. No se preocupen, ya me encargo yo.

—¿Quiere que le dé un poco de hielo? —se ofreció el camarero.

—No será necesario, gracias —afirmó Ada.

Diana estaba tan mareada que no fue capaz de protestar mientras Ada la conducía hacia la salida de la cafetería. Notaba un chichón creciendo en el centro de su frente, y no le hacía demasiada gracia imaginarse con él en el tren. Si no se ponía hielo pronto, aquello iba a crecer tanto que se le deformaría la cara.

—Te has dado un buen golpe —dijo Ada cuando ya estaban en la calle—. Pero mi computadora me dice que tus constantes vitales están bien, así que no te preocupes.

Diana gruñó.

—¿Te sientes mareada? Si esperas un momento, lo arreglo.

—No quiero que lo arregles, solo quiero un poco de hielo.

—No será necesario. —Ada le aproximó su cajita metálica a la frente y Diana notó un alivio inmediato. Sorprendida, palpó su piel con la mano en busca de la contusión, pero ya no había ni rastro de ella.

—¿Qué...? —Diana miró la caja metálica por primera vez con genuino interés. La señaló—. ¿Qué es lo que has hecho?

—Nada. Es un remedio sencillo. No puede hacer mucho, pero sí cosas así —se jactó Ada, agitando la cajita en el aire. Tenía el tamaño de un bolso pequeño pero parecía ser mucho más que eso.

—Bueno, gracias. Ha sido muy amable por tu parte. —Diana aceptó la mochila que Ada le estaba tendiendo y se la puso de nuevo sobre el hombro—. Pensé que te habías ido.

—Y estuve a punto de hacerlo. Pero luego recordé que tienes un tren que tomar. Temía que

Diana se... que te quedaras dormida.

—Sí. —Se detuvo en seco, sorprendida—. Un momento... yo nunca te he hablado de mi tren.

—¿Ah, no? Pues lo habré imaginado.

Diana la miró con suspicacia. Estaba casi segura de que no había mencionado nada de su viaje de regreso a casa, pero también unos minutos antes estaba convencida de que Ada había sido producto de su imaginación. Es por ello que prefirió no hacer demasiado caso a su propio juicio. Simplemente no estaba en condiciones. Tal vez el golpe en la cabeza le había afectado más de lo que creía.

Se ajustó la mochila sobre el hombro y se despidió de ella. Ya era hora de irse.

—Bueno, pues aquí se separan nuestros caminos —le dijo, observando por encima de su hombro el camino recto que tomaría para regresar a la boca de metro—. Ha sido... curioso, supongo. Hasta pronto, Ada. Espero que logres encontrar a tus *hermanos*.

Diana extendió la mano para despedirse, pero Ada permaneció quieta en la acera, observando su brazo con curiosidad.

—En fin, nos vemos —dijo, dándose por vencida. Las rarezas de Ada habían dejado de importarle. Tenía un tren que coger.

Giró sobre sus talones y reemprendió el camino hacia el metro, convencida de que por fin se había librado de la autodenominada extraterrestre.

Era extraño, el tema de la cajita metálica, pensó mientras se palpaba la cara. Deseó tener un espejo en el que mirarse, aunque estaba segura de que no encontraría el chichón que minutos antes crecía y escocía en su frente. Por más que se palpaba, lo único que notaba era la piel tersa y suave, no había indicio alguno del golpe que se había dado contra la barra. Pero tenía que haber una explicación lógica para su repentina cura. Diana se negaba a creer que la cajita de Ada tuviera poderes mágicos. Tal vez llevara hielo en su interior o algún medicamento que había sacado sin que se diera cuenta. Carecía de una explicación lógica, pero dejó de pensar en ello cuando vio el tren deteniéndose en el andén. Diana corrió los últimos metros y consiguió subirse a tiempo. Se sentó en uno de los asientos que quedaban libres y encendió su reproductor de música.

Mientras las paradas se sucedían, su mente viajó muy lejos de lo acontecido el día anterior. Quería olvidarlo y se centró en los planes que le esperaban cuando regresara a Sevilla.

La fiesta de Victoria parecía una buena oportunidad para abandonar su habitual encierro domiciliario, pero también tenía pendiente hacerle una visita a su madre. Acumulaba tanto trabajo que hacía ya un par de semanas que no la veía, con las consecuentes quejas de su progenitora. «No me puedo creer que vivas a quince minutos de aquí y no seas capaz de sacar un rato para ver a tu madre», solía decirle cuando sus visitas se espaciaban más de lo necesario. «También puedes venir tú a verme», replicaba Diana, aunque supiera que a su madre no le faltaban motivos de queja. A menudo, era Rocío quien se acercaba a su casa para llevarle comida, fregar los platos que se acumulaban en el fregadero y reñirle por la falta de limpieza general de su apartamento. «Vives como una estudiante», protestaba Rocío al ver el estado en el que habitualmente se encontraba su apartamento. La cama solía estar deshecha, los cables se enredaban en el suelo y algunos muebles acumulaban polvo de varios días.

Diana había hecho muchas veces propósito de enmienda para solucionar su dejadez doméstica. Estaba cerca de la treintena, edad suficiente para no vivir en una porqueriza. Pero nunca encontraba la motivación necesaria o se autoindultaba pensando que Victoria y su madre eran las únicas que la visitaban, por lo que no veía motivo para emplear su escaso tiempo entre fregonas y productos de limpieza.

Sus pensamientos navegaron entonces hacia todo lo que tendría que hacer en la oficina cuando regresara del congreso. Había perdido unos días muy valiosos en ese viaje, por lo que el lunes tendría que trabajar duro si quería entregar a tiempo el proyecto que tenía entre manos.

Estaba tan ensimismada en sus propias divagaciones que le dio la impresión de que su viaje en metro duró menos tiempo del previsto. Cuando se dio cuenta, la megafonía del tren estaba anunciando su parada y Diana abrió los ojos con sorpresa, comprendiendo que tenía que bajarse. Se colocó la mochila sobre los hombros y salió al andén, confundida entre el gentío de primera hora de la mañana.

6 | VUELTA A CASA

Aquella sensación de irrealidad la acompañó mientras degustaba su segundo café del día. Una vez pasado el control de seguridad, Diana se decantó por la cafetería más tranquila de cuantas había en la estación. Eligió una mesa apartada que colindaba con las paredes del local. Sacó de su mochila su *ebook* y trató de concentrarse en la lectura de una novela de fantasía que le habían recomendado unos compañeros de trabajo. No obstante, la sensación seguía acuciándola sin permiso y se sentía inquieta, como si fuera presa de un tiempo demasiado absoluto y fluido para ser real, aunque era muy real y no un mero decorado: la taza de café humeante, muy caliente, como a ella le gustaba, el trajín de los camareros que se gritaban las comandas e intentaban no chocarse unos con otros en el escaso espacio por el que transitaban tras la barra, aquel cliente solitario que fingía estar muy interesado en su ordenador aunque estuviera pidiendo a gritos que alguien se acercara a entablar conversación con él. Y sin embargo, por momentos Diana se sentía una actriz atrapada en el pasaje de una película de terror, como si estuviera desempeñando el papel de una espía que huye cargada con una mochila de valor inconmensurable.

Alzó los ojos en busca de su presunto perseguidor, pero ninguno de los rostros que la rodeaban le resultaban familiares y, de todos modos, ¿quién iba a perseguirla? ¿La policía? Ella no había cometido ningún delito. Si acaso, al contrario: había prestado un servicio a la comunidad albergando a una sin techo en su habitación de hotel.

Le dio un sorbo a su café y fijó los ojos en el monitor en donde se anunciaba la salida de los trenes. El número del andén del cual partiría su tren a Sevilla apareció en ese momento y se alegró de poder abandonar su mesa de la cafetería. Por la razón que fuese, aquel lugar empezaba a darle escalofríos. Le alivió la idea de subirse al tren y marcharse de Madrid cuanto antes.

Como solía ser costumbre en Diana, fue una de las primeras en ocupar su asiento. Ventanilla, como a ella le gustaba. Se quedó observando a los viajeros que paulatinamente subían a su vagón, pidiendo en silencio que no le ocurriera como en aquella otra ocasión, cuando tuvo que compartir asiento con un ruidoso grupo que empezó a cortar y repartir lonchas de chorizo cuando llegó la hora del almuerzo. Hasta el momento no le dio la impresión de que ninguno de sus compañeros de viaje fuera así de maleducado. Los fumadores apuraban su último cigarrillo en el andén y una pareja de agradables ancianos se colocó en el asiento contiguo. Tal vez, con un poco de suerte, conseguiría echar una cabezadita. No le vendría mal si esa noche decidía aceptar la invitación de Victoria para acompañarla a la fiesta.

Un profundo sopor se apoderó de ella para cuando las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha. Diana se relajó y apoyó la cabeza contra la ventanilla, dispuesta a recuperar el sueño que tanto trajín le había robado. Se quedó así traspuesta, con los tobillos enredados en su mochila, ajena a todo lo que ocurría en el interior del vagón, mientras el paisaje de las afueras de Madrid se iba proyectando en la ventanilla.

Al cabo de un rato, Diana sintió que su compañero de asiento movía con suavidad el codo para aceptar un refresco que acababa de comprar a un empleado del tren. Cuando este se hubo ido, trató de retomar el sueño, pero ya estaba demasiado espabilada y sentía un hambre voraz, así que optó por dirigirse a la cafetería para comprar un bocadillo o algo que llevarse al estómago.

—Un sándwich de jamón y queso, por favor —le pidió a la camarera, fastidiada por tener que pagar una pequeña fortuna por dos rebanadas de pan y varias lonchas de embutido.

Hubiese sido más inteligente por su parte esperar hasta llegar a su casa, pero de todos modos

estaba segura de que su nevera se encontraba vacía, así que tendría que conformarse con un simple sándwich.

—Y una botella de agua —añadió mientras se frotaba los ojos con cansancio.

El vagón de la cafetería lo ocupaban otras cinco personas. Había un grupo compuesto por dos hombres y dos mujeres que parecían no conocerse demasiado. Estaban bebiendo vino y uno de ellos contaba a los otros una anécdota sobre un conocido. En el lado opuesto a ellos se encontraba una mujer con el pelo tintado a colores. Cuando la vio, el corazón de Diana empezó a latir con fuerza, temiéndose lo peor. Estiró la cabeza para ver si podía verle la cara. *No podía ser... no podía ser... ¿Pero y si era?* El grupo que tenía al lado estalló entonces en una sonora carcajada que hizo que la mujer se girara con curiosidad hacia ellos. Diana suspiró aliviada. No era Ada, sino alguien con un explosión de color en su revoltosa melena.

Recostó los codos en la barra del bar y aceptó el sándwich que acababa de servirle la camarera mientras se decía a sí misma que debía calmarse. Ada no estaba en el tren ni volvería a verla jamás. Nadie la estaba persiguiendo. No había hecho nada malo.

Con este pensamiento en mente, le dio el primer mordisco a su sándwich con gesto de rechazo. Sabía a suela de zapato.

7 | LA FIESTA

El timbre de la puerta empezó a sonar ininterrumpidamente. Diana empezó a correr para contestar cuanto antes. Su amiga tenía la maldita costumbre de llamar así, como si pretendiera hacer partícipe de su llegada a toda la comunidad.

—¿Bajas o qué? —dijo Victoria cuando descolgó el telefonillo.

—Sí, ya voy. Me calzo y bajo.

Se precipitó hasta su habitación y escogió los primeros zapatos que salieron del armario. Un abrigo ligero, no hacía frío; un último vistazo en el espejo y ya estaba lista. Había dispuesto de varias horas en su casa para prepararse, pero, como siempre, lo había dejado todo para el último momento. Los nervios del día anterior la habían debilitado tanto que cuando cerró la puerta de su casa no pudo evitar quedarse traspuesta en el sofá. Fue Victoria quien finalmente la despertó con una llamada de teléfono para recordarle lo de la fiesta de cumpleaños.

—Dime que vas a venir.

—No sé, Vic... Estoy agotada. ¿Te importa si lo dejamos para otro momento?

—Eres un muermo, ¿lo sabías? Luego no vengas quejándote de que tu vida es una mierda. Desde que lo dejaste con Irene no hay quien te saque de casa.

Victoria tenía razón. Y también sabía qué decir para hacerle sentir culpable. Le habría ido bien haciendo carrera en la mafia o en cualquier actividad delictiva. Su amiga era una perfecta chantajista.

Diana exhaló hondamente.

—Está bien, te acompaño. Pero esta me la debes.

—Claro, te lo pagaré en carne —bromeó Victoria—. Te recojo en tu casa. La fiesta es por tu barrio.

—Vale, pesada.

—Yo también te quiero. —Y le colgó el teléfono.

Así que ahora Diana iba dando los últimos retoques a su maquillaje en el ascensor. Un poco de base, colorete y máscara de ojos, nada desproporcionado. Pero se encontraba guapa. O, al menos, todo lo guapa que le permitían las pocas prendas que habitaban su armario. A menudo se recordaba a sí misma que debía ir de compras, pero le podía la pereza y terminaba posponiéndolo. Como resultado, acababa usando la misma ropa una y otra vez, casi toda de color negro, por lo que Victoria no aplaudiría su atuendo cuando la viera.

Su amiga la estaba esperando enfrente de su portal, junto a la zona de carga y descarga de un conocido teatro. Diana cruzó la estrecha calle y fue a su encuentro esquivando los coches que pasaban. Le dio dos besos en ambas mejillas.

—Hola. ¿Qué tal tu viaje?

—Surrealista. Ahora te lo cuento. ¿Nos vamos? Tú guías.

—Sí, espera, se está comprando un helado.

Victoria señaló con su dedo índice el local al lado de su casa, una heladería que solía visitar casi a diario durante los meses de calor.

—¿Quién? —le preguntó extrañada. Miró hacia el interior del establecimiento, pero los vinilos del escaparate le impidieron ver nada.

—Una loca a la que acabo de conocer. Está como una cabra, pero es divertidísima. Dice que es de otro planeta. Mira, ahí está.

Diana sintió que su corazón se desbocaba. Esa descripción le resultaba tristemente familiar y

cuando vio a Ada saliendo de la heladería con un inmenso yogur helado, sonriéndole y saludándolas con entusiasmo, creyó que podría desmayarse.

—Dios, Dios, Dios...

—¿A que es guapa?

Diana se giró hacia su amiga, aterrorizada:

—¿De dónde la has sacado? ¿Cómo...?

—Tranquila, Di. ¿Estás bien? Te noto nerviosa.

Pálida, volvió a mirar a Ada que ya estaba cruzando la calzada para dirigirse a su encuentro.

—¿De dónde la has sacado? —repitió.

—¿Qué más da eso?

—Es más importante de lo que crees, Vic. Responde, por favor.

—Pues me la encontré perdida cuando salí de casa, estaba sentada en el portal de al lado, yo qué sé. Le pedí fuego, pero resulta que no fuma, ¿sabes? Pero nos pusimos a hablar y me pareció comiquísima. ¿Te he contado ya que dice que es de otro planeta? Lux, Dax, Fax, o algo que suena así, como a latín. Le he dicho que se venga con nosotras a la fiesta.

Típico de Victoria, pensó Diana con frustración.

Su amiga era tan sociable y alocada que en ocasiones perdía toda cautela. Era habitual en ella confraternizar con gente que acababa de conocer y las consecuencias resultaban devastadoras. La última vez se había visto involucrada en una redada policial. Fue un milagro que no acabara entre rejas. Diana solía ponerse muy nerviosa cada vez que hacía esto.

—Esa *tía* es peligrosa, Vicky —empezó a decirle—. Esa *tía* es...

Pero no pudo terminar la frase porque Ada acababa de sumarse a ellas.

—¡Ah! ¡Ya estás aquí! ¿Te gusta el helado? Mira, esta es la amiga de la que te hablé. Diana, te presento a Ada.

—Ya nos conocemos —afirmó Ada, chupando el helado con parsimonia, como si la cosa no fuera con ella—. Pasamos juntas una noche en Madrid.

—¿Ah, sí? —Victoria elevó las cejas con sorpresa. Después se inclinó sobre el oído de Diana—. ¿Cómo no me dijiste nada, *pillina*? ¿Era eso lo que querías contarme?

—No, no era eso —puntualizó Diana con sequedad—. Y no es lo que piensas.

Quería llevar a su amiga a un aparte, explicarle lo ocurrido. El peligro que corrían. Estaba interpretándolo todo mal. Pero Ada las observaba con tal intensidad que se le formó un nudo en la garganta. De todos modos, Victoria tampoco le dio opción:

—Bueno, parejita... ¿Qué tal si me lo contáis todo de camino a la fiesta? —dijo—. Se está haciendo tarde y paso de llegar de última.

Echaron a andar, pero Diana se sentía tensa y anonadada. Tenía un ojo puesto en Ada y otro en Victoria mientras trataba de valorar sus opciones. ¿Qué hacía en Sevilla? ¿Cómo había conseguido encontrarla? ¿La había seguido? *Sí, por supuesto que sí, ¿qué otra cosa podía ser?*, pensó con manifiesto nerviosismo. Le temblaban las rodillas.

Victoria era quien guiaba, pues Diana no tenía ni idea de dónde era la fiesta. Quería encontrar un momento para detenerla y hablarle de Ada sin que esta se enterara, pero su amiga se había enredado en una de sus diarreas verbales. Hablaba sin parar. Les contaba asuntos que le traían sin cuidado en ese momento. «Rebeca es buena *tía*, eso está claro, pero a veces no hay quién la entienda. El otro día nos enrollamos y cuando me invitó a su cumpleaños parecía que lo hacía por compromiso. Yo qué sé».

Diana ni siquiera la escuchaba. Su mente solo retuvo la palabra “cumpleaños” y al mirar a Ada sintió escalofríos. Allí estaba. En su ciudad. Con su amiga. Caminando con ellas por la calle

como si tal cosa. Chupando su helado con desembarazo. Era el colmo.

No podía tratarse de una casualidad. Ada sabía que tenía un tren que coger. ¿Lo habría comentado en sueños? Ada la había seguido, imposible que fuera de otro modo. Tal vez horas antes se había dejado engañar por su gesto inocente y amigable, por sus lágrimas de cocodrilo, pero en realidad se trataba de una mujer peligrosa. Ahora estaba segura de ello.

Su corazón volvió a palpar desbocado. Diana sintió un sudor frío deslizándose por su espalda y se detuvo en seco, presa de su propio *shock*. Victoria la miró molesta:

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

Sin pensárselo dos veces, la agarró por un brazo y la alejó de donde estaba Ada. Su amiga se resistió unos segundos, pero acabó arrinconada contra una pared de ladrillo que desprendía un desagradable olor a orín.

—¿Se puede saber qué te pasa? *Joder*, mira que estás rara.

—Necesito hablar contigo un momento.

—¿Y tiene que ser aquí? ¿Donde huele a pis? —Victoria puso un gesto de asco—. ¡Vamos a llegar tarde!

Diana se pasó la lengua por los labios con nerviosismo, le importaba bien poco si eran las últimas en hacer acto de presencia en la fiesta. Echó un vistazo por encima del hombro de su amiga. Ada las miraba, pero no hizo ademán de acercarse. Parecía más interesada en un grupo de adolescentes que bebía mojitos a las puertas de un local cercano.

—Sí, es urgente que hablemos. Es sobre Ada.

Victoria fingió sentirse ofendida.

—No pienso enrollarme con ella, si es lo que estás pensando. Ya sabes que eso es sagrado. Los rollos de mis amigas están prohibidos.

—No tiene nada que ver con eso y ya te he dicho que no hay nada entre nosotras.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que te pasa? ¿A qué viene esa cara?

—¡Que está loca! Me la encontré anoche, tirada en la acera, es lo que quería contarte. Yo creo que es una indigente, pero dice que es una extraterrestre.

—Sí, eso ya lo sé, me lo ha contado.

—¿Que es una indigente?

—¡No, joder, que es una extraterrestre! —dijo Victoria, como si fuera completamente obvio.

Para desesperación de Diana, su amiga sacó un cigarrillo del bolso. Se lo llevó a la boca con parsimonia, le prendió fuego y le dio una calada tranquila, como si lo que acababa de escuchar no tuviera la menor importancia.

—¿Y? ¿No te parece un poco extraño que diga que es de otro planeta?

Victoria se encogió de hombros.

—¿Y qué si está loca? No lo veo tan grave. Déjala que sea feliz.

—¿Cómo que no lo ves grave? ¡Podría ser peligrosa! Está claro que me ha seguido desde Madrid. Sabía que tenía que coger un tren. No sé cómo, pero lo sabía.

—A ver, Di, si te ha seguido desde Madrid no puede ser una indigente, ¿no? Los vagabundos no tienen *pasta* para pagarse un billete de tren —intentó razonar Victoria.

Diana se llevó las manos a la cabeza. El argumento de su amiga tenía sentido, ¿pero acaso no podía verlo? Nadie en su sano juicio diría que es una extraterrestre. Nadie con buenas intenciones seguiría a otra persona hasta una ciudad lejana. Pero Victoria le restaba importancia a estos detalles que a ella le parecían fundamentales. Muy típico de ella. La loca de Victoria. La insensata. No había cambiado nada desde el instituto.

—¡Pero relájate! —intentó animarla su amiga, acariciándole el hombro con suavidad mientras

expulsaba una cortina de humo por encima de sus cabezas—. Venga, Di, mírala. ¿A ti te parece que una *tía* así puede ser peligrosa?

Las dos amigas se giraron hacia Ada. La extraterrestre estaba arrodillada frente a un perro de raza indefinida. Charlaba tranquilamente con su dueño y acariciaba la cabeza del animal con suma ternura. Era una escena inocente, incluso bonita, y por un momento Diana sintió que sus músculos comenzaban a destensarse.

—¿Lo ves? Es inofensiva. —Victoria, que se había cansado ya de su cigarrillo, lo tiró al suelo y lo apagó con el tacón—. Venga, olvídate de lo de ayer. Vayamos a la fiesta y disfrutemos. Luego, si quieres, me lo cuentas mejor.

—Vale, pero a la mínima que haga algo extraño, se va. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —masculló Victoria al tiempo que ponía los ojos en blanco, pensando que Diana era demasiado nerviosa para relajarse y disfrutar del momento.

Haría bien en aprender algo de ella, pensó Victoria cuando le dio un pequeño empujón en la espalda para que retomaran la marcha.

Hacía mucho tiempo que Diana no asistía a una fiesta tan multitudinaria. El cumpleaños se celebraba en la azotea de un edificio con vistas al río. La homenajeadada vivía con unas compañeras de piso en un ático de pequeñas dimensiones pero con una gran terraza. «Se ve que aquí dan muchas fiestas», le explicó Victoria mientras cruzaban el salón de camino al exterior. «Los vecinos tienen que estar hartos». Diana asintió con la cabeza, pensando que el volumen de la música estaba demasiado alto y el rumor de voces podía escucharse desde la calle.

Estaban a tres pisos de altura y la terraza le pareció un lugar de lo más agradable. Se habían preocupado de decorarla con farolillos de colores y banderines con varias letras que componían la frase *Feliz Cumpleaños*.

Diana pensó que no le importaría vivir en un lugar así. Su apartamento estaba bien, pero no dejaba de ser interior. En verano era fresco y se agradecía, pues la resguardaba de las altas temperaturas sevillanas, pero en invierno resultaba casi imposible de acondicionar. El calor de la calefacción se perdía en los altísimos techos de su apartamento, y a veces Diana se obligaba a salir a la calle solo para no morir congelada en el interior de su propia casa. Allí, en cambio, la temperatura le parecía perfecta, y casi pudo imaginarse tumbada en una de las butacas de la terraza, el sol acariciando su cara mientras cerraba los ojos para relajarse con una taza de chocolate entre sus manos. Estaba tan concentrada imaginando la escena que por un momento olvidó la presencia de Ada. Cuando se dio cuenta, no fue capaz de encontrarla por ningún lado.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡Ada! ¡Estaba aquí hace un momento!

—Bah, déjala, habrá ido a dar una vuelta —dijo Victoria—. O al baño. Relájate, por favor, no eres su madre. Voy a saludar un momento, ¿vale?

Diana se quedó con un “pero” colgando de los labios. Una vez más su amiga la había dejado con la palabra en la boca y ya estaba en el otro extremo de la terraza, saludando a una chica de cabello oscuro y mechones rosas que enmarcaban su bonita cara redonda.

Miró a ambos lados, sin saber qué hacer. Hundió las manos en los bolsillos de su pantalón. Se encontraba en mitad de una fiesta en la que no conocía a nadie y por un momento se sintió desamparada, como la chica a quien nadie saca a bailar. Echó un nuevo vistazo por si conseguía

ver a Ada, pero la supuesta extraterrestre parecía haberse evaporado. La última vez que la había visto fue al entrar en la vivienda, pero ahora no era capaz de encontrarla. Diana empezaba a pensar que tenía el don de la confusión, la capacidad de desaparecer en cuestión de segundos, lo cual le provocaba una desconcertante sensación de irrealidad, como si hubiese perdido la facultad de distinguir lo real de lo ficticio.

Meneó la cabeza con cansancio y decidió acercarse a la mesa de las bebidas mientras pensaba que Victoria estaba en lo cierto. No era su madre. Se trataba de una mujer adulta y podía cuidarse sola.

La música que estaban poniendo le parecía atroz. Era de ritmo latino y Diana aborrecía este género, pero se dijo a sí misma que no estaba en disposición de quejarse. La fiesta no era suya y la casa tampoco, pero las bebidas salían gratis y aquella mesa estaba llena de botellas. Esquivó a varias chicas que se hacinaban a su alrededor. Cogió un vaso de plástico, unos hielos y empezó a mezclar el alcohol con el refresco. Hacía tanto tiempo que no bebía una copa que prefería ser prudente con la cantidad. De todos modos, ahora estaba segura de que no aguantaría mucho tiempo en la fiesta, cuando vio a su amiga Victoria, charlando con la cumpleañera, y comprendió por qué habían ido allí y cuál era su papel. Quería a su amiga, pero le molestaba profundamente que la utilizara como dama de compañía cada vez que planeaba una conquista. Así que se iría pronto. Cuanto antes. Acabaría su copa y regresaría a su casa. Y que fuera Victoria quien se ocupara de Ada. A fin de cuentas, ella la había invitado.

Enfadada, le dio el primer sorbo a su copa, observando al resto de la concurrencia. Parecía claro que llevaban ya varias horas allí y unos cuantos litros de alcohol fluían libres por sus venas. Era temprano pero la fiesta ya estaba incendiada. Había un grupo bailando como si la vida se les fuera en ello, una pareja se devoraba a besos aprovechando la oscuridad de una esquina, dos chicas hacían una competición de chupitos al lado de la mesa de bebidas y la cumpleañera acababa de pedir que subieran el volumen de una canción que le encantaba. Todo el mundo parecía estar pasándolo en grande, menos Diana, que se sentía completamente ajena a la escena que contemplaban sus ojos, como el observador de una bacanal que alguien hubiera pintado en un cuadro.

Dejó su vaso sobre la esquina de la mesa y se acercó a Victoria. Le susurró al oído:

—Creo que me voy a casa.

Su amiga abrió los ojos con sorpresa.

—¿Cómo que te vas a casa?

—Sí, estás ocupada y no conozco a nadie. Mejor me voy.

—¡Pero si acabamos de llegar!

—Vicky, no insistas. Lo siento, pero hoy no estoy de humor.

—¿Y qué pasa con Ada?

—Pues tú sabrás. Tú la has traído y se ha evaporado. Ya te he dicho que no es mi responsabilidad.

De repente, alguien gritó:

—¡Ahí! —Y un dedo señaló el trozo de tejado que sobresalía sobre la azotea.

Diana y Victoria se giraron al unísono para comprobar qué era lo que llamaba la atención del grupito cercano. Entonces vieron a Ada, caminando con pasos temblorosos hacia la antena de televisión, sus pies inestables sobre las tejas. Diana sintió pánico al verla allí subida, a punto de tocar el metal. Al principio no pudo pensar con claridad. Todo lo que escuchaba eran las voces a su alrededor, que hacían afirmaciones del tipo: «¿No es peligroso?» «¿Quién es?» «¿Qué hace esa ahí?». Y entonces escuchó: «Pues mejor que no toque la antena, a ver si se va a electrocutar»

y el pánico se apoderó de ella.

—¡Corre! ¡Tenemos que detenerla! —exclamó Diana al recordar la obsesión que Ada sentía por los aparatos eléctricos.

—¿Cómo que detenerla? ¿Piensas subirte ahí?

—¿Es que no lo ves? ¡Va a tocar la antena! —farfulló, antes de salir corriendo hacia la base del tejado.

Victoria se quedó observando la escena anonadada. Sorbió su bebida y dio una calada al cigarrillo que sostenía entre sus dedos.

—*Joder*, pues sí que está mal de la cabeza... —comentó para sus adentros.

Mientras tanto, Diana se esforzaba en llamar a Ada. Pero el volumen de la música estaba demasiado alto, no podía escucharla. Enfadada, buscó la manera de llegar a ella y se dirigió hacia unos escalones de metal fijados a la pared de la terraza.

—¿Te has vuelto loca? ¡Podrías caerte!

Diana se giró y vio a Victoria a sus espaldas. Su amiga tiraba de su jersey para impedirle que subiera al tejado.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que la deje ahí y que se mate?

Victoria se encogió de hombros, esa posibilidad no le importaba. Pero a Diana sí. Por alguna extraña razón, se sentía responsable de Ada. Aunque estuviera loca, aunque su presencia la incomodara, aunque tuviese unas ganas inusitadas de que fuera responsabilidad de otros.

Con cautela empezó a trepar hasta el tejado, sintiendo que ahora todas las miradas estaban puestas en ella.

En ese momento, Diana maldijo sus escasas facultades atléticas. De pequeña nunca le habían llamado la atención los deportes. Sacaba aprobado raspado en la clase de Educación Física porque ella era más de interiores. De coches a control remoto, consolas y videojuegos. De la Game Boy y de la Nintendo. Más tarde de Internet, series y redes sociales. De aplicaciones móviles. De códigos y lenguajes de programación. Libros, cómics, mangas. Esa era su vida. Las alturas le daban pánico, los deportes le parecían una tortura y a veces incluso le molestaba si hacía demasiado sol. Y sin embargo, al llegar cerca de donde estaba Ada, se sintió sobrecogida por la belleza de aquel tejado. Tenía una de las vistas más espectaculares que jamás hubiera visto. Un inmenso barco cargado de turistas iba dejando su rastro por las mansas aguas del río Guadalquivir, que rielaban con su luz trémula, creando un suave oleaje en la orilla. Una brisa fresca acarició sus mejillas y las cosquillas le hicieron sonreír. Y la ciudad, llena de luces, la Giralda, la Torre del Oro, a lo lejos, parecían saludarla como si nunca hubieran estado allí, como si las estuviera contemplando por primera vez.

—Es precioso, ¿verdad?

Diana pestañeó un par de veces. Ada se estaba dirigiendo a ella. Se había sentado sobre las tejas, con las piernas cruzadas, el torso ligeramente inclinado hacia atrás, el peso apoyado en los brazos. Le sonrió.

—Sí... Sevilla siempre ha sido preciosa —replicó Diana, tomando asiento a su lado, comprendiendo que Ada no se encontraba allí para revisar la antena de televisión (o tal vez sí), sino para maravillarse con las vistas que ofrecía aquel tejado. Qué estúpida había sido pensando que iba a electrocutarse.

—Nunca me habían hablado de ella. De haberlo sabido, habría venido antes.

—¿Y por qué has venido? Me has seguido, ¿verdad? De algún modo sabías que iba a tomar ese tren, y me has seguido. ¿No es así?

Ada la miró un instante y esbozó una dulce sonrisa. Después guardó silencio y Diana no supo

cómo interpretarlo. Le apetecía preguntarle en dónde había estado, o de qué sitio era, pero algo le decía que Ada no contestaría con sinceridad. Y de todos modos, el silencio era perfecto, mágico, y no le apetecía quebrarlo en ese momento.

Permanecieron varios minutos calladas mientras contemplaban aquella ciudad nocturna y maravillosa que se desplegaba ante sus ojos y sentían el viento revolviendo, jugueteando, sus melenas. De vez en cuando Diana miraba de reojo a Ada, todavía intentando desentrañar su misterio, aunque inmediatamente volvía a centrarse en el paisaje, a disfrutar del silencio y contemplar su propia ciudad con la fascinada mirada de alguien que nunca la hubiera visto antes.

—¿Sabes que en el universo hay ochocientos mil millones de estrellas?

Diana elevó la mirada hacia la cúpula del cielo y abrió los ojos con sorpresa. En ese momento solo fue capaz de distinguir tres cuerpos celebres que brillaban con suma palidez; la ciudad no era el mejor lugar para cazar estrellas.

—¿Tantas?

—Sí. —Ada le dedicó una dulce sonrisa—. Los humanos siempre habéis creído que el número es inferior. Aunque también estáis convencidos de que la vuestra es la única forma de vida inteligente. Pero si te detienes a pensarlo, en un lugar tan inmenso como el espacio, ¿por qué tendría de haber solo una? El universo sería entonces un lugar increíblemente desaprovechado.

—No lo sé. —Diana suspiró—. ¿Tal vez porque siempre hemos sido una especie muy soberbia?

Ada sonrió tímidamente a su apreciación. Bajó la cabeza y contestó con un “sí” susurrado. Su respuesta le había hecho gracia.

Diana comprendía la base de su razonamiento, lo que decía tenía cierta lógica y algunos científicos estaban empeñados en descubrir la existencia de vida inteligente en el universo, vigente o ya extinta. Pero hasta el momento nadie lo había conseguido. Aunque, bien mirado, tampoco nadie había logrado demostrar la existencia de un Dios todopoderoso que hubiera creado la Tierra en cuestión de días y, sin embargo, la mayoría de la población se confesaba creyente.

Estaba claro que la fe podía ser una herramienta increíblemente poderosa y al contemplar con atención a Ada se cuestionó hasta qué punto debía tener fe en sus palabras.

En ese momento sintió la necesidad de hacerle muchas preguntas para ahondar en su rocambolesca concepción de la vida, pero su posible demencia le pareció un tema demasiado complejo para abordarlo durante una fiesta de cumpleaños. La música, aunque lejana, se coló entonces en sus oídos y le hizo recordar que sus disparates no eran su problema. Victoria era quien la había invitado a la fiesta, así que tenía que ser Victoria quien se ocupara de ella. Y como si la hubiera invocado con sus pensamientos, su amiga hizo acto de presencia en ese instante.

—¿Os habéis vuelto locas? ¿Qué hacéis aquí sentadas? —protestó, llamando su atención. Sus tacones no eran el mejor calzado para caminar sobre un tejado. Una de las tejas se movió y Victoria estuvo a punto de resbalar. Afortunadamente, consiguió recuperar el equilibrio—. Me habéis dado un susto *que te cagas*.

—Estábamos contemplando la ciudad —le informó Ada con una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos brillaban como los de una niña y Diana no pudo evitar que le causara ternura.

Victoria echó un vistazo alrededor, pero no pareció encontrar la escena igual de conmovedora.

—Sí, vale, muy bonito, pero cortad el rollo. Hay una fiesta ahí abajo, ¿recordáis? Y a la dueña del piso no le hace mucha gracia que estéis aquí subidas. Le podrían llamar la atención, así que bajad cuando hayáis terminado de... —Se detuvo un segundo. Le dio una calada al cigarrillo que

sostenía entre los dedos y pareció escupir las siguientes palabras—: De lo que sea que estéis haciendo, *joder*. ¡Es peligroso!

Ada intercambió una mirada con Diana y ambas sonrieron con complicidad. Sin embargo, tuvo la sensación de que sus ojos azules encerraban cierta melancolía ante la idea de bajar, como si las alturas le hicieran sentirse cómoda, tal vez más cerca de su hogar, pensó al recordar su mirada melancólica en Madrid, aquellas pupilas azules bañadas en tristeza cuando le informó de que sus hermanos ya no regresarían a por ella.

Meneó entonces la cabeza con suavidad en un claro gesto con el que se reprendió a sí misma por haber tenido una idea tan descabellada. *No es una extraterrestre, no se ha caído de una nave ni nadie va a venir a recogerla*, se recordó en silencio.

Diana se levantó con cuidado de no desequilibrarse. Se limpió las manos en los bolsillos traseros de su pantalón y siguió a Victoria, que de nuevo guiaba la marcha, esta vez por el tejado, con pasos tambaleantes sobre sus tacones con estampación de leopardo.

8 | MALO PARA TU SALUD

La fiesta siguió su curso y se estaba haciendo tarde, pero las tres copas que había bebido le hacían sentir achispada y Diana perdió muy pronto la noción del tiempo. A causa del alcohol, sentía una despreocupación impropia de ella, un ánimo distinto al habitual que destruía todas sus barreras defensivas. Ya ni siquiera le importaba que la música estuviera demasiado alta o la letra de esa última canción, que versaba: «Eres mía, mía, mía, solo mía». Unas horas antes habría tachado a su solista de emocionalmente agresivo, ¿pero qué más daba ahora? Por primera vez en mucho tiempo estaba socializando. En una fiesta. Lejos de la luz artificial de su apartamento o los destellos brillantes de su televisión. Le costaba recordar el último sábado que no había pasado sentada en su butaca favorita, jugando a la consola o navegando por Internet, y eso le hacía sentir bien, viva, diferente. Incluso su ligera embriaguez le pareció maravillosa.

Diana perdió la vista en las azoteas de los edificios de enfrente y de manera involuntaria pensó que le hubiese gustado que su ex pudiera verla en ese preciso momento, justo ahora, quizá así se tragara sus propias palabras, en especial las que más dolieron. «¡Si es que eres un coñazo de *tía!* ¿Quién querría estar con alguien como tú?», le había gritado Irene en una de sus últimas discusiones, antes de agarrar un zapato y lanzárselo con todas sus fuerzas.

El recuerdo le hizo encogerse de dolor, como si un cuchillo bien afilado acabara de penetrar en sus entrañas, obligándole a doblar el tronco ligeramente. Por suerte, en ese momento Victoria se acercó a ella, le puso una mano sobre el hombro y la apartó de sus funestos pensamientos. Su amiga se abanicó con un plato de plástico. Tenía las mejillas sonrosadas de haber estado bailando. Le ofreció un trago de su copa.

—No, gracias. Creo que he tenido suficiente.

—¿Y qué? ¿Estás más calmada? ¿Ya te has convencido de que no es una asesina en serie? — dijo Victoria, señalando el punto donde Ada se encontraba charlando con un par de chicas.

Diana sonrió.

—No creas, todavía tengo mis dudas.

—Pues serías pésima como detective privada, te lo digo yo. Extraterrestre o no, esa no mataría ni a una mosca.

—Es posible —concedió Diana—, pero entonces, ¿a qué viene tanta mentira?

—¡Y yo qué sé! ¿Delirios? ¿Trastorno de la personalidad? A lo mejor solo ha sufrido un episodio traumático y está atravesando una fase rara. A algunas personas les pasa eso. —Victoria sacó un cigarrillo de su pitillera. Inspiró la primera calada y expulsó el humo, que le dio en la cara a Diana—. Perdona —se disculpó, abanicando la zona con el plato al ver que su amiga gesticulaba con disgusto.

—Deberías dejarlo. Es malo para la salud.

—Y también lo es no tener sexo, y mírate, aquí estás, fresca como una lechuga. Yo creo que es sano tener algún vicio. Me parece un aburrimiento no tener ninguno.

—Yo ya tengo vicios. Pero más sanos.

—¿Como cuál? ¿Jugar al WoP ese hasta que se te saltan los ojos? Sí, súper sano.

—Se dice WoW y hace mil años que no juego.

—Wop, wow, qué más da. Eso es de raros.

Diana prefirió no entrar a debatir la salubridad de sus vicios. Simplemente sonrió enternecida. Ellas dos no podían ser más diferentes, cara y cruz, ying y yang, agua y aceite. Pero sospechaba que ese, precisamente, era el motivo de que fueran amigas. No podía imaginar a Victoria

relacionándose con un grupo de personas exactamente igual a ella. Se perdería. Acabaría enredada en alguna adicción. O peor aún: en la cárcel. Diana le aportaba una buena porción de tierra firme bajo sus pies, y Victoria, a su vez, conseguía teñir su vida de colores. Ambas se encontraban así a salvo, como los pesos a ambos extremos de una balanza. Con que solo faltara uno de ellos, la situación se desequilibraba.

Diana hizo entonces un gesto con las cejas en dirección al grupo que bailaba. En el centro, estaba la cumpleañera.

—¿Y qué opina Rebeca? No la he visto fumar en toda la noche.

—Porque no fuma. Y no tengo ni idea. Pero espero que si es de la liga antitabaco, no sea de la liga antiVictoria —afirmó su amiga guiñándole un ojo.

—¿Cómo te van las cosas con ella? ¿Algún avance?

Victoria bufó, apartándose el flequillo de la frente. Se trataba de una mujer guapa. Morena, pelo corto, flequillo cortado en línea recta sobre las cejas, algo que le daba un aire infantil y suavizaba sus marcados rasgos morenos. Pero a veces ponía esos gestos que la hacían parecer más agresiva de lo que en realidad era.

—Si te soy sincera, creo que no puedo insinuarme más —le confesó al tiempo que daba el último sorbo a su copa y estiraba el brazo para servirse otra. La mesa de bebidas ya estaba casi vacía. Había botellas tumbadas sobre su superficie y parecía un cementerio de vasos de plástico. Pero todavía quedaba whisky y Victoria no se molestó en rebajarlo con un refresco—. Si fuera más evidente, llevaría una luz de neón sobre la frente que dijera: «¡Me gustas! ¡Enróllate otra vez conmigo!». Así que no sé. La pelota está en su tejado.

Diana observó con ojos tristes a la cumpleañera. No era algo grave. Victoria estaba hoy interesada en esta, y mañana en esta otra. Su mejor amiga era así: cogía catarros sentimentales que se pasaban antes de transformarse en una enfermedad. Pero, por la razón que fuera, esta chica parecía interesarle más que otras y Diana no quería decir en voz alta lo evidente. No deseaba tener que pronunciar aquellas palabras: «A lo mejor no le interesas». «A lo mejor no le gustas». Así que solo miró a su amiga, y ambas encontraron entendimiento en sus pupilas. No hizo falta decir mucho más, en especial cuando unos segundos después, en un movimiento inesperado, la cumpleañera agarró de la mano a una chica rubia que bailaba junto a ella, tiró de ella y le robó un beso sin reparar en quién las estaba mirando.

—Bueno, supongo que eso lo aclara todo...

Diana rodeó a su amiga con el brazo.

—Lo siento. Eso no me lo esperaba.

—Yo tampoco, la verdad. ¿Nos vamos? Esta fiesta es un muermo. —Victoria arrojó su vaso medio lleno sobre la mesa, creando un charco en el centro.

—Sí, vámonos. Aquí ya no pintamos nada.

Diana se fue al salón en busca de sus abrigos, mientras Victoria se despedía de un grupo de conocidas. Le costó un buen rato rescatarlos de la montaña en la que otros invitados habían apilado los suyos. Encontró primero el de Victoria. Luego el suyo, pero una de las mangas estaba atascada. Tiró de ella y el movimiento hizo que otra prenda saliera disparada. Era el abrigo de Ada.

—¿Estás lista?

Diana se giró y vio a Victoria a sus espaldas.

—Sí, pero ¿qué hacemos con Ada?

—La dejamos aquí, ¿no? Parece que se lo está pasando bien.

—Pero no creo que tenga donde ir.

—¿Y a ti qué más te da? ¿No estabas harta de ella? ¿En qué quedamos?

Diana se mordió el labio inferior en señal de nerviosismo. Siempre lo hacía cuando dudaba ante una situación. Y esta le provocaba dilemas de índole muy diversa. Por un lado, era cierto que estaba deseando volver a ser libre y desentenderse de Ada. Ella no era una ONG. Y además, aunque no fuera una loca peligrosa, le aterraba la idea de tener que ocuparse de otra persona. Si no podía ocuparse de sí misma, ¿cómo iba a hacerlo de otro ser humano? Pero por otro lado, estaba casi convencida de que Ada no tenía a dónde ir esa noche y a fin de cuentas habían sido ellas quienes la habían llevado a la fiesta. Diana consideraba que la educación de colegio católico tenía gran parte de responsabilidad en ese permanente sentimiento de culpa que le brotaba en las situaciones más inesperadas. ¿Por qué no podía ser como Victoria? Habían estudiado en el mismo centro y, sin embargo, no conseguía desentenderse como ella.

—¿Qué? ¿Por qué pones esa cara?

—Porque no estoy segura de que tenga un lugar al que ir.

—Di, es mayorcita. Sabrá arreglárselas —intentó razonar Victoria, tirando por ella para que se moviera.

Pero Diana permaneció en su sitio y echó un rápido vistazo a la terraza. Ada seguía hablando con desconocidos. Parecía tan indefensa que le daba la sensación de estar dejando a un niño huérfano en medio de una fiesta de desenfreno y perversión.

—No sé, Vic. Creo que deberíamos asegurarnos de que pasa bien la noche. Al menos hoy. Que tenga un lugar donde dormir —dijo, todavía sin dar crédito a sus palabras.

Ni ella misma se entendía. Por momentos, la presencia de Ada le molestaba profundamente. Por momentos, se sentía responsable de su bienestar. ¿Por qué no le había hecho caso al agente González cuando le aconsejó que siguiera su camino? Si lo hubiera hecho, quizá ahora no tuviera que enfrentarse a este dilema.

—Vale, me la llevo a mi casa —propuso Victoria.

—¿A tu casa?

—Sí. No pasa nada, mis padres no se enterarán. Además, la chica no está nada mal. —Su amiga le guiñó un ojo.

Esto hizo que se dispararan sus alarmas. Sabía cómo era el funcionamiento de Victoria: si no tenía a una, no le importaba conformarse con la otra. La simple idea de imaginársela seduciendo a Ada hizo que se le erizaran los pelos de la nuca.

—Déjalo, ya me la llevo yo a la mía.

—¿Por qué? —protestó Victoria.

—Porque sí.

—¿No me dijiste que te daba igual? ¿Que no estáis enrolladas?

—Y no lo estamos.

—¿Entonces? ¿Qué más te da? —Victoria puso los brazos en jarra.

—Entonces, nada. A veces pienso que estás enferma. No me puedo creer que realmente te estés planteando la posibilidad de “asaltarla” —dijo, poniendo comillas en el aire—. ¡Se trata de una enferma mental! ¿Es que no tienes escrúpulos?

Victoria puso los ojos en blanco. Diana salió mientras tanto a la terraza, en busca de Ada. Llevaba su abrigo sujeto en la mano.

Vicky abrió su pitillera para fumar el último cigarro de la noche, pero se la encontró súbitamente vacía. Bufó con fastidio.

—Ni que los locos no *follaran*... Tampoco es para ponerse así —razonó, pensando que de camino a casa tendría que pararse en algún lugar a comprar tabaco.

9 | EXCURSIONES NOCTURNAS

—Es un piso pequeño.

Y muy desordenado, pensó Diana, aunque esto no llegó a decirlo en voz alta. Le mortificaba que Ada viera su hogar en aquel estado. Olía a cerrado. Había dejado parte de su armario desperdigado sobre la cama. Los zapatos, apilados de cualquier manera en una esquina. Cucharros sucios en el fregadero. La basura, sin tirar, oliendo a algo que prefería no imaginar. Carcasas de juegos esparcidas por la alfombra del salón. Un rollo de papel higiénico desplegado sobre el sofá. Y ya no quiso fijarse en nada más porque aquello era un verdadero desastre.

Se acordó entonces de las palabras de su madre. De su reproche típico: «Vives como una estudiante». Y así era. Debería empezar a plantearse vivir de otra manera, con más orden e higiene, acorde a su edad. Ya no era una niña, pero en aquel momento tenía otras cosas en las que pensar.

—Te sacaré la cama hinchable para que duermas mejor; el sofá es un poco incómodo —dijo, intentando recordar dónde la había dejado. Esperaba que no fuera en el trastero porque no le apetecía nada bajar al garaje a aquellas horas—. Lamento el desorden.

Ada se limitó a asentir con la cabeza y Diana le agradeció que no apostillara nada al respecto.

Se fue entonces a la cocina y empezó a lavar con fruición los cacharros amontonados en el fregadero.

—Enseguida estoy contigo —alzó un poco la voz para que Ada la escuchara desde el otro extremo de la casa.

Allí estaban, una vez más, y de nuevo no sabía por qué ni cómo había llegado a esta situación. Hiciera lo que hiciese parecía predestinada a no librarse de Ada. Y la verdad es que casi se había acostumbrado a su presencia. Quizá no tanto, pero ya no le parecía amenazante o peligrosa, solo extraña. Seguía sin saber mucho de ella (nada, en realidad), pero el miedo que había sentido en Madrid se estaba evaporando. Suponía que la culpa la tenía el alcohol, que le hacía bajar la guardia, pero estaba tan cansada que ya se preocuparía de ello por la mañana.

—He pensado que, como es tarde, hoy mejor duermes aquí y ya mañana puedes buscar un sitio donde alojarte —dijo al salir de la cocina mientras se secaba las manos con un trapo—. A no ser que tengas a donde ir...

Dejó esta frase colgando en el aire con la esperanza de que Ada respondiera afirmativamente. «Sí, tengo donde ir, no te preocupes». Algo así. Pero la extraterrestre permaneció callada. Le dedicó una dulce sonrisa, sin más.

—Creo que tengo la cama hinchable por aquí —continuó diciendo Diana, mientras arrastraba una silla para buscar en el altillo de su habitación. Para su fortuna, la caja estaba allí. Solo tenía que hincharla y ya estarían listas para dormir.

Estaba tan cansada que lo hizo todo de manera mecánica. En menos de un minuto el colchón estaba hinchado y Diana lista para meterse en la cama.

—Si tienes hambre, siéntete libre de atacar la nevera. Aunque, bueno, no hay mucho. Tengo que ir al supermercado. Y si necesitas ir al baño, está allí.

—Muchas gracias. Diana es... —Ada se corrigió enseguida—: *Eres* muy amable. No sé qué habría hecho aquí sin ti. Espero poder recompensártelo algún día.

—Sí, a lo mejor algún día puedes invitarme a tu planeta, eh —se burló.

—Oh, sería una buena manera de agradecerte todo lo que has hecho. Eso por descontado. Pero

no estoy segura de que sea posible.

—Bueno, es tarde. Mejor vamos a dormir.

Diana no deseaba hablar de vidas de otra galaxia. De hecho, no quería escuchar nada más de todo aquello. Sentía que la cabeza le daba vueltas por culpa del alcohol, y la insistencia de Ada en contar batallas interestelares le hacía sentir exhausta. Le hubiese gustado un resquicio de realidad, para variar. Se desvistió y se puso el pijama. Había cerrado la puerta, pero no tenía pestillo, así que la miró de reojo, con cierta preocupación. *Si mueres esta noche, tú te lo habrás buscado*, se dijo a sí misma, escurriéndose bajo las sábanas, pero entonces la asaltó una idea.

Esperó unos minutos, con los ojos abiertos y tratando de no quedarse dormida. Su plan estaba claro: esperaría a que Ada cayera inconsciente y entonces podría realizar su investigación sin interrupciones. El objetivo era, sin duda alguna, la cajita/bolso metálica que Ada portaba a todas partes. En su interior estaba su DNI y Diana tenía intención de averiguar su lugar de residencia. Bastaría con escabullirse hasta el salón, buscar el bolso, sacar el documento de identidad y leerlo con atención. Tal vez después dejar una carta o un post-it con los datos, en un lugar que Ada no pudiera encontrar, pero que la policía sí, por si al final resultaba ser una asesina en serie. No sería nada dramático, solo unas simples líneas diciendo quién estaba detrás del asesinato, dónde vivía, como un mensaje en clave. Podía utilizar algún tipo de lenguaje de programación para que Ada no supiera descifrarlo. ¡Sí, eso sería fantástico!

Pero se estaba precipitando. De nuevo su incendiaria imaginación le jugaba malas pasadas. Debía calmarse y pensar con claridad o acabaría arruinándolo todo.

Echó un vistazo a la hora en el reloj de su móvil y escuchó con atención constatando que ningún ruido procedía del otro extremo de la casa. Diana salió entonces de la cama y caminó despacio, sin hacer ruido alguno. Abrió la puerta con sumo cuidado y se adentró en la oscuridad del salón intentando controlar los latidos de su corazón.

Nunca antes había husmeado en el bolso de una mujer y se preguntó qué diría el agente González ahora, si la viera caminando de puntillas en la oscuridad, como una ladrona a punto de asaltar la cartera de una damisela desvalida.

Ada parecía profundamente dormida y Diana se alegró de ver que tenía vía libre. Fue hasta la silla donde había dejado su cajita metálica y la tomó entre sus manos con sumo cuidado. Por fin iba a descubrir algo más sobre ella. Una dirección. Los nombres de sus progenitores. Una ciudad. ¡Algo! Pero por más que revisó la caja no fue capaz de encontrar ningún cierre por donde abrirla. Era completamente lisa, como un ligero huevo. La palpó por si así podía encontrar alguna junta o hendidura que le indicara su apertura, pero no había nada en su suave superficie. Diana probó a agitarla como una lámpara maravillosa y obtuvo el mismo resultado.

¡Maldita sea!, murmuró para sus adentros.

Aquello era imposible. Tenía que haber alguna manera. Pensó en ir a la cocina y hacerse con un cuchillo, pero si Ada se despertaba y la veía con un cuchillo jamonero en la mano a lo mejor se hacía la idea equivocada. ¿Un martillo? Demasiado ruido. Y aunque consiguiera abrirla, acabaría destrozándola. Eso no podría explicarlo. Unas pinzas de depilar, unos alicates, el abridor de latas... Diana pensó en objetos que podrían servirle de ayuda, pero ninguno le parecía suficientemente útil. En ese momento se sintió ridícula. Estaba de pie, en medio de su salón, a oscuras, con una presunta extraterrestre dormida en un colchón hinchable a varios metros de ella y tenía una especie de huevo galáctico entre las manos. ¿Un poco más de surrealismo, por favor?

—Prueba a girarlo cuatro veces sobre el eje vertical.

Diana abrió los ojos con sorpresa.

Se giró de golpe y vio a Ada mirándola con ternura. Estaba incorporada en la cama hinchable,

pero no parecía molesta de haberla sorprendido en medio de la noche intentando forzar su huevo. ¿Qué podía decirle ahora? ¿No pretendía hacerlo? ¿Soy sonámbula?

La idea del sonambulismo era la más ridícula, pero también la menos comprometedor. Tal vez si estiraba los brazos consiguiera fingir que no era consciente de sus acciones...

—Vamos, prueba. Solo así conseguirás abrirlo —la invitó Ada.

—Yo... —Diana dudó—. ¿Cómo he llegado hasta aquí? —dijo, fingiendo que acababa de despertarse. Dejó la cajita metálica de nuevo en su sitio.

—Pues no sé. Imagino que deseabas encontrar algo en mi bolso...

—¿Tu bolso? ¿Qué bolso?

—Ese que tienes entre las manos.

—Ah, *este* bolso?

—Sí. Ese.

—Pues no sé cómo he llegado hasta aquí... Estaba dormida y... no sé.

Ada frunció el ceño y sonrió de manera misteriosa. Entonces dijo:

—Qué interesante. ¿Sabes? Yo también hago cosas extrañas en sueños.

Diana sintió que se le formaba un nudo en la garganta cuando escuchó esto. ¿Cosas extrañas? ¿Qué tipo de cosas extrañas? Sin querer, se acordó del cuchillo jamonero, del joven hallado muerto en un callejón, de los crímenes sin resolver que poblaban las noticias a diario y sintió deseos de regresar muy rápido a su habitación.

—¿Cosas... extrañas?

—Sí. Cosas extrañas, ya sabes —repitió Ada, sonriendo.

—Yo... bueno, creo que me voy ya a la cama. Te dejo esto aquí, ¿vale? —Diana fingió un bostezo y depositó la cajita metálica donde la había encontrado—. Me muero de sueño. Que descanses, Ada.

—Igualmente. Que Diana tenga sueños bonitos —le deseó.

Pero no tuvo sueños bonitos, sino extrañas pesadillas en las que aparecían de manera desordenada George Lucas tomando chupitos de tequila con Darth Vader y Los Hombres de Negro.

Pero ni rastro de la princesa Leia...

Olía a café recién hecho cuando Diana abrió los ojos. A café y a otras muchas cosas. Pan tostado. ¿Cruasán? Puede ser, eso le pareció. A té y a bizcochos. A galletas sacadas del horno. A zumo recién exprimido. Era un aroma tan exquisito que estaba segura de haberse despertado solo por aquel rico olor que le cosquilleó la nariz, trayéndola de vuelta a la realidad.

Una luz tamizada por las cortinas se colaba por las rendijas de la persiana. Se incorporó en la cama, aturdida por los extraños sueños que había tenido esa noche. Revisó la hora en su teléfono móvil y refunfuñó. Se había quedado dormida. Tenía intención de despertarse antes de que Ada lo hiciera, pero la noche anterior estaba tan cansada y estresada que su cuerpo colapsó en cuanto tomó de nuevo contacto con las sábanas.

Metió los pies en sus zapatillas de casa y los arrastró hasta la puerta. Estaba despeinada y los pantalones del pijama le quedaban demasiado anchos. Pero ni siquiera reparó en ello. Como guiada por un mágico encantamiento, Diana iba siguiendo el rastro del exquisito olor hasta que

llegó a la cocina.

—Oh, ¿ya estás despierta? Qué extraño —afirmó Ada—. Mi computadora no ha registrado bien tus biorritmos de sueño.

Diana emitió un leve gruñido. Había tenido suficiente surrealismo con George Lucas y sus chupitos de tequila con Darth Vader como para escuchar ahora historietas de computadoras que analizaban sus estados de humor. Quería desayunar, eso era todo.

Se fijó entonces en que Ada estaba resplandeciente aquella mañana. Se había puesto un delantal alrededor de la cintura que Diana no conocía y que le daba un aire casero, doméstico, casi como si esa hubiera sido su casa toda la vida y supiera dónde estaban colocados los platos, vasos, cucharas y tazones. Y aunque estaba casi segura de que a ella no le pertenecía aquel delantal, no quiso saber de dónde lo había sacado.

Ada había hecho comida para un regimiento. Diana abrió los ojos con sorpresa al ver sobre la mesa de la cocina al menos ocho platos diferentes. Parecía el desayuno de un hotel.

—Espero que tengas hambre. No sabía qué te apetecía y he hecho un poco de todo.

—¿Para mí y para cuántos más? —preguntó Diana con un deje de sarcasmo, antes de tomar asiento.

—Bueno, supuse que tendrías hambre. Tu nevera estaba vacía, he ido a comprar unas cosas. —Ada se encogió de hombros—. Y también he puesto un poco de orden en la casa.

Ahora que se fijaba, era cierto que algo no encajaba en la escena, pensó Diana. Olía bien, y no solo por el aroma que desprendía la comida. La cocina estaba tan resplandeciente que los azulejos de las paredes eran ahora de un color blanco intenso; de la noche a la mañana habían perdido su tono amarillento. Y las baldosas del suelo estaban tan relucientes que le dio la sensación de que podría admirar su reflejo en ellas.

—¿Cuándo has hecho todo esto?

—Oh, ya sabes, mientras dormías.

—¿Y tú no duermes?

—No demasiado. Con media hora suelo tener suficiente.

¿Media hora?

—Bueno, pues no tenías por qué haberte molestado, pero te lo agradezco mucho.

—Ya te dije que compensaría tu hospitalidad de algún modo. Así que relájate y desayuna.

Diana estaba demasiado anonadada para contestar. Toda la información que Ada le brindaba le resultaba imposible o contradictoria en el mejor de los casos. Pero estaba claro que no dormía demasiado porque una limpieza intensiva como la que había hecho solo podía ser acometida en un largo espacio de tiempo. Echó un vistazo alrededor en busca de la caja metálica. Estaba segura de que en su interior se encontraba el misterio de su acompañante y ahora sabía cómo abrirla, pero no fue capaz de encontrarla.

Decidió no darle demasiadas vueltas. Estaba aprendiendo que esa era la única manera de vivir en torno a Ada. Asentir ante sus delirios, actuar con normalidad ante cualquier cosa sorprendente. Su teléfono móvil empezó a vibrar y al ver de quién procedía la llamada le hizo una seña con el dedo a Ada para indicarle que debía responder.

—Papá.

—¿Va todo bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Acabo de leer tu mensaje. Lo siento, hija, se me cayó el móvil y he tenido que comprar otro.

¿Mensaje? ¿Qué mensaje? Entonces recordó que le había enviado un mensaje a su padre

pidiéndole cita para comentarle sus posibles delirios. El señor Vérez era un reputado psiquiatra.

Diana se llevó una mano a la cabeza con desesperación. ¿En qué momento aquello le había parecido una buena idea? Tenía que estar muy desesperada para haber acudido a él. *Lo estaba*. Conociéndole, ahora insistiría, no la dejaría en paz hasta saber todos los detalles.

—Ah, eso. Fue una tontería. Nada de lo que debas preocuparte.

—Pues sonaba preocupante.

—No es nada, papá, en serio. Me di un golpe en la cabeza y pensé... —Hizo una pausa—. No sé qué pensé, la verdad.

—Diana, los golpes en la cabeza no deben ser tratados a la ligera.

—Papá... Estoy bien...

—Eso seré yo quien lo diga.

—Que estoy bien, de veras.

—Me paso en un rato por tu casa.

—¡No! —exclamó Diana, mirando a Ada, que estaba ocupada creando un bizcocho. *Otro bizcocho*—. Por mi casa no.

—Tu desorden no me asusta. Tu madre y yo estamos acostumbrados.

—No se trata de eso. Y la casa está ordenada, gracias.

—Bueno, en ese caso vienes tú por aquí y lo miramos.

Por Dios santo, ¿es que nada podía ser fácil, *normal*? Si se negaba a ir, su padre se presentaría allí sin permiso, estaba segura de ello, él era así, insistente, pesado, hipocondríaco aunque se lo negara a sí mismo y nadie en su sano juicio se atreviera a diagnosticárselo. Al doctor Vérez, no. Y Diana no quería por nada del mundo que viera a Ada, porque eso sí que no sabría cómo explicárselo. Por tanto, no le quedaba más remedio que ir a su casa y someterse a uno de los exhaustivos interrogatorios del doctor Vérez. Ya podía despedirse de su día de descanso.

—Vale, me paso yo por tu casa.

—Sin demora, hija, que eso hay que mirarlo.

—Sí, en cuanto termine de desayunar, voy.

—Aquí te espero. O desayunas con nosotros. Rosa ha hecho unas tostadas con pan de pueblo riquísimas. Vístete y vienes. Te pago un taxi.

—Iré cuanto antes, ¿vale? No me presiones más, por favor —contestó Diana airada.

Se despidió y colgó el teléfono. En el fondo no culpaba a su madre de haberse separado de él. ¿Quién podía vivir con una persona tan... intensa? Tal vez la mujer de su padre no fuera de su agrado, pero en ocasiones así, sentía lástima por ella.

—Mi computadora me dice que...

—Que estoy enfadada. Lo sé. Tu computadora es el sueño de cualquier CEO de Silicon Valley. O de las adivinatoras de la tele, ya no lo sé. Podrías ganarte la vida así. Echando el tarot en la calle. ¿A eso te dedicas? ¿Eres tarotista?

—No.

—¿Medium?

—No.

—No sé, ¿bruja?

Ada sonrió.

—¿Qué eres? Necesito saberlo.

—Estoy segura de que tu padre solo se preocupa por ti —replicó Ada, evitando la pregunta—. No te lo tomes tan a pecho.

—Eso lo dices porque no es *tu* padre. Si lo fuera, no pensarías así.

—Bueno, mi mitad solía ser así.

—¿Tu mitad?

—Sí, mi compañero en la vida.

Diana apoyó la mejilla en su mano. *¿Compañero?*

—¿Estás casada?

—No, solo predestinada a alguien. Desde que nació.

Diana sintió ganas de carcajearse.

—Es decir, que vienes de un mundo supercivilizado y superavanzado, ¿pero todavía existen los matrimonios de conveniencia?

—No se trata de eso, solo estamos predestinados a alguien. Por compatibilidades. Está todo estudiado y medido. Así garantizamos que la sociedad sea equilibrada y estable.

Diana hizo un gesto de suficiencia con los labios. Se los humedeció con nerviosismo, pensando que en realidad a esta sociedad, la suya, la real, la única existente hasta que la NASA afirmara lo contrario, no le vendría nada mal algo así. El libre albedrío estaba sobrevalorado. Si estuviera prohibido nadie te lanzaría libros a la cabeza, ni te darían bofetadas en medio de un enfado, ni tampoco te humillarían en una plaza pública a voz en grito, llamándote «rara», «vaga» y «friki».

Y con esta idea en mente, se fue a la ducha, pensando en que había cosas de la sociedad inventada de Ada que deberían tener su aplicación práctica. Especialmente con alguna persona de su pasado.

Sentía el pelo tan sucio que aprovechó que ya estaba en la ducha para lavárselo. Diana acostumbraba llevar la melena un poco corta, ligeramente por encima de los hombros, pero había estado varios meses sin ir a la peluquería y ahora lo tenía más largo. Le gustaba darse largas duchas de al menos media hora, con la consecuente abultada factura de consumo de agua, pero aquel día no disponía de tiempo. Si no iba pronto a casa de su padre, empezaría a recibir innumerables llamadas suyas. De hecho, era bastante probable que ya tuviera un par de mensajes en su móvil por estar tardando lo que él consideraba intolerable.

Así, salió de la ducha antes de lo que le hubiese gustado, y se planteó llevar el pelo húmedo porque no disponía de tiempo para secárselo. No, después de leer los últimos mensajes de su progenitor: «¿Dónde estás? Tardas» y «¿Te mareas? ¿Sientes náuseas?».

Por Dios santo, pensó estresada, dejando su móvil sobre la encimera del lavabo. Era casi un milagro que con semejante nivel de estrés su padre no hubiera sufrido todavía un infarto.

A veces se lo imaginaba, para su desgracia. Su madre la llamaría o a lo mejor lo haría Rosa, su actual pareja. Le daría la mala noticia entre sollozos, le diría que había sufrido un infarto de improviso. Entonces ella diría algo así como «¿De improviso? Ja...». Y se reiría en medio de la pena. *Hay ciegos que ven más*, pensó Diana con amargura.

El vapor de agua inundó el pasillo cuando abrió la puerta del baño. Por un momento casi había olvidado la presencia de Ada. ¿Y ahora qué iba a hacer con ella? Ni siquiera había tenido un segundo para pensarlo.

—Ada, tengo que ir a casa de mi padre un momento, pero tú puedes quedarte aquí mientras tanto. Luego nos ocuparemos de buscarte un hotel o un lugar más adecuado. ¿De acuerdo?

—Ah, no te preocupes por mí. Tengo con qué entretenerme —afirmó, inspeccionando el botón de encendido de la consola.

Diana se la quitó de las manos y le ofreció otra un poco más antigua. Había pagado demasiado por su consola nueva.

Después fue hasta la mesa del escritorio y abrió su cajón.

—Aquí tienes un juego de llaves, por si quieres salir —le dijo, tendiéndoselas.

Algo en su cabeza hizo *clic* en ese instante. Algo en lo que no había reparado antes. Porque al ofrecerle las llaves recordó repentinamente el maravilloso desayuno que le había preparado. Ada había dicho que había salido a comprar, ¿pero cómo? ¿De qué modo había vuelto a entrar?

—No será necesario, pero gracias.

—Sí, ya me explicarás después cómo has entrado, por si tengo que revisar las ventanas —afirmó Diana con el ceño fruncido. Cada vez comprendía menos cosas—. Ahora he de irme.

—Vale, pero antes de irte deberías saber que mi computadora me indica que...

Diana no la escuchó. Estaba harta de las profecías de su maldita computadora. Se le hacía tarde y “tarde” era un vocablo inadmisibles para el doctor Vérez. Dejó sobre la silla del escritorio la toalla que había usado para secarse someramente el pelo y se lanzó hacia la puerta. Estaba ya casi con un pie en la calle y las llaves del coche firmemente apretadas en su puño, cuando se topó de bruces con alguien.

—¡Papá!

—Eso es lo que intentaba decirte —afirmó Ada, agitando su cajita de metal en el aire—. Tu padre está aquí.

El doctor Vérez no pidió permiso para entrar. Lo hizo sin esperar a ser invitado, con paso firme, sus anchas espaldas y metro noventa no dejaban lugar a las vacilaciones.

—¿Qué haces aquí, papá? Si te dije que estaba yendo yo hacia allí...

El señor Vérez miró su reloj. Frunció su espeso ceño.

—Se denominan urgencias médicas por algo, cariño.

—No es una urgencia, ya te he dicho que estoy bien —se desesperó Diana.

—Eso seré yo quien lo decida. Ven, déjame que te eche un vistazo.

Ada se mantuvo al margen, un poco agazapada en un rincón, sin saber muy bien cómo proceder. El señor Vérez imponía, pero lo que le causaba respeto era estar en compañía del progenitor de Diana. No deseaba hacer algo que enojara a su anfitriona. Él, en cambio, estaba tan centrado en realizar unas pruebas médicas que no reparó de inmediato en su presencia.

—Sigue la luz con tus ojos —le ordenó a su hija, a la que iluminaba con una pequeña linterna—. ¿Cuándo dices que empezaron los delirios? ¿Antes o después del golpe?

—Papá, ya te he dicho que estoy bien. Fue una bobada... no debería haberte dicho nada.

—Tener delirios no es ninguna bobada, hija.

—No he tenido delirios. Por un momento pensé que sí, pero al final no era nada.

—Señor, si le sirve de ayuda, mi computadora la encuentra perfectamente sana —afirmó entonces Ada, que se arrepintió enseguida de haber intervenido en la conversación. Incluso se tapó la boca con la mano.

Fue precisamente en ese momento cuando el señor Vérez se dio cuenta de que tenían compañía. Miró a Ada con sus inmensos ojos castaños y la inspeccionó de arriba abajo como si le estuviera haciendo un chequeo médico.

—No me habías dicho que tenías novia.

—¡No tengo novia!

—Bueno, la presencia de esta señorita indica lo contrario.

—Papá, esta es Ada, una indige... una amiga —se corrigió Diana en el último momento, comprendiendo que su padre sería capaz de ponerla en cuarentena si le contaba que sospechaba

que Ada era una sin techo. «¡A saber qué de enfermedades habrá cogido en la calle!». Casi podía escucharle y eso le levantaba dolor de cabeza. Aunque, bien mirado, era incluso mejor que decirle que se trataba de una demente. Porque su padre era psiquiatra y si algo le interesaban eran las patologías mentales. No quería ni imaginar lo que le haría a Ada si se enteraba de sus delirios galácticos.

—Hija, no tienes por qué fingir conmigo —dijo el señor Vérez meneando la cabeza—. Tu madre y yo siempre hemos sido modernos. A la derecha, bien. Ahora a la izquierda. Así, bien. —Bajó la linterna—. Si tienes novia, me parece estupendo.

—No estoy fingiendo. Ada es una amiga y si tú también eres capaz de verla, es que no sufro delirios.

Su padre frunció el ceño, sin comprender.

—Olvídalo, no tiene importancia —le explicó Diana.

—Bien, pues a falta de otras pruebas médicas, parece que todo está en orden —dijo el señor Vérez incorporándose—. Por cierto, encantado. Arturo Vérez. —Extendió la mano, dirigiéndose en esta ocasión a Ada.

—Lo mismo digo. ADA587435C3PO.

Entonces Diana la miró por primera vez y se quedó de piedra al descubrir que Ada se había enroscado su toalla mojada en torno a la cabeza.

Por el amor de Dios... La escena ya era suficientemente extraña como para que se presentara a su padre con un turbante. La vio acercarse a él y hacer una genuflexión para saludarle. Realmente aquello no tenía ningún sentido.

—¿Japonesa? Porque no lo parece —opinó el señor Vérez, interesado en el curioso saludo que Ada le había obsequiado.

—No, solo excéntrica.

—Bien, es una condición como otra cualquiera. ¿Y qué nombre es Ada...?

—Adalicia. Es... alemán —se apresuró a decir Diana—. Ada es el diminutivo.

—¿Y los números?

—Cosas raras de programadores, ya sabes.

El señor Vérez, que nunca había cuestionado las rarezas de su única hija o incluso de sus allegados, se limitó a enarcar las cejas y esbozó algo muy parecido a una sonrisa que no acabó de culminar.

—Bien, Adalicia, lo dicho, un placer. Pero no te aconsejo salir a la calle con una toalla mojada en la cabeza. Podrías coger una pulmonía.

—No lo haré —le aseguró Ada.

—A Rosa le gustará saber que por fin has rehecho tu vida, hija. Esa Irene... no era para ti.

—Papá...

—Os venís a cenar un día a casa. —Y no era una pregunta, sino una afirmación, prácticamente una orden. Diana sintió auténtico pavor.

—Bueno, ya lo veremos.

—El jueves, a las nueve en punto. Sed puntuales. Le diré a Rosa que prepare algo que te guste. ¿Croquetas de jamón?

—Papá. Ada no es mi nov...

—Sí, algo así. O si no ensaladilla —concluyó el señor Vérez ignorando las quejas de su hija.

Dicho esto, tomó su maletín médico, se despidió de ambas, y se fue por donde había venido. Sin admitir un no por respuesta. Estaba decidido. Diana sintió que el mundo se le acababa de caer encima.

10 | PRESENTAME A TU NOVIA

—Y entonces, ¿cuál es tu plan?

Diana se quedó con la mirada suspendida en el parque infantil que tenían al lado. Hacía buen tiempo y había accedido a tomar algo con Victoria en una de las terrazas de las múltiples cafeterías que existían en su barrio.

Meditó acerca de la pregunta, pero se dio cuenta de que todavía no tenía respuesta. Unas horas antes se la había hecho a sí misma, antes de enseñarle a Ada el funcionamiento de su consola. A la presunta extraterrestre le entusiasmó tanto el descubrimiento que Diana se olvidó muy pronto de que tenían cosas más importantes que tratar acerca del futuro inmediato.

Diana lo achacó a que nunca había podido compartir esa afición suya con nadie cercano. A Victoria le aburrían los videojuegos y con sus compañeros de trabajo apenas quedaba. Pero Ada se mostraba fascinada de que los gráficos fueran tan “primitivos” y parecía genuinamente interesada en todo lo que Diana le iba explicando: sus personajes favoritos, cómo pasar algunas etapas, algunos truquillos... Cuando se dio cuenta eran las cinco de la tarde, Victoria estaba esperándolas en el portal y todavía no había tenido ocasión de hablar con Ada acerca de su futuro.

—La verdad es que no tengo plan —le confesó Diana, suspirando mientras observaba a Ada, que ahora se balanceaba en un columpio del parque infantil bajo la mirada atenta y desconcertada de algunos niños y de sus padres—. Quería buscarle un hotel, pero luego ha pasado todo lo de mi padre, nos hemos puesto a jugar a la consola y, no sé, estoy bloqueada.

Victoria arqueó una ceja y puso gesto escéptico.

—¿Qué? ¿Por qué pones esa cara?

—Por nada.

—No, ahora dime, no te quedes callada.

Victoria dio un sorbo a su cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano. Había un brillo malicioso en sus ojos, una forma de mirar que Diana conocía muy bien.

—Yo creo que lo que ocurre es que en el fondo no quieres que se vaya.

—No digas tonterías. Mírala, es como una niña. Y yo me comporto como si fuera su madre.

Victoria dirigió la vista hacia el parque infantil. Los niños parecían encantados con la compañía de Ada. Había empezado jugando con uno de ellos y ahora estaba rodeada de una pandilla entera. Los infantes tiraban de sus mechones bicolor, la agarraban de la mano para reclamar su presencia bajo la atenta mirada de sus padres que no acababan de comprender por qué una mujer adulta estaba jugando con sus hijos como si fuera una más.

—Pero a lo mejor es precisamente por eso, porque te hace sentir, no sé, útil. ¿No lo crees? —apuntó Victoria.

Diana no supo qué contestar. Era plenamente consciente de que si no se sintiera a gusto con Ada, la habría echado mucho antes de su casa, tal y como había hecho en Madrid. Desconocía por qué todavía no la había invitado a irse, y sin embargo, sospechaba que el motivo era algo tan simple como que se sentía a gusto en su compañía.

—¿Te has planteado la posibilidad de que tu padre le eche un vistazo? Para que le diagnostique su tipo de demencia, más que nada —sugirió en ese momento Victoria.

Diana descartó la idea con un suave movimiento de la mano.

—Lo pensé, pero ¿para qué? ¿Para que le ponga nombre a lo que tiene? Si está loca, está claro que no es una loca peligrosa.

—O para que la medique. Tiene que haber algo que ayude en estos casos. O a lo mejor le convendría estar interna una temporada, no sé.

—Sí, eso puede ser —respondió Diana con cierta melancolía. A veces se le olvidaba lo desorientada que estaba Ada. Era como si en el fondo albergara la esperanza de que en algún momento su coraza se rompiera, acercarse tanto a ella que esto la ayudara a tomar contacto con la realidad, aunque sabía que sería imposible si realmente sufría alguna enfermedad mental—. Pero ya sabes cómo es mi padre. No estoy segura de que sea la mejor persona para tratar este caso.

Victoria asintió. Ella conocía de sobra al señor Vérez. Había tenido bastante trato con él durante su época escolar, cuando las dos amigas jugaban en el cuarto de juegos de la casa de Diana. A Victoria le encantaba ir a casa de su amiga porque tenía más juguetes que nadie que conociera, pero, al mismo tiempo, le daba miedo la presencia de su progenitor, pues el señor Vérez insistía en darles lecciones de anatomía cuando vestían y desvestían a las muñecas.

—¿Lo recuerdas? —dijo Victoria, riéndose—. *Joder*, mis padres llegaron a plantearse si era un depravado.

—Sí, era un pesado. Lo sigue siendo —resumió Diana.

No quería ni recordar el momento en el que llegaron a la adolescencia y el señor Vérez decidió que había llegado la hora de hablarles de las medidas de seguridad a tomar durante el coito. «¡El coito! Te juro que cuando lo llamó así yo no sabía a qué se refería. Teníamos... ¿Qué? ¿Quince? ¿Dieciséis?», rememoró Victoria, con lágrimas en los ojos de la carcajada.

Estaban recordando estas y otras anécdotas del doctor Vérez, cuando un móvil empezó a vibrar sobre la mesa. Diana estiró el tronco e inclinó la cabeza para ver quién era. Contestó de inmediato cuando vio que se trataba de su madre.

—¿Hola?

—Diana Vérez, ¿en qué momento pensabas contarle a tu madre que tienes pareja?

Diana palideció. Le hizo una señal a Victoria para indicarle que aquella conversación podría extenderse, se levantó y empezó a deambular por los alrededores del parque infantil.

—Vale, ya veo que papá te ha llamado.

—¡Pues claro que me ha llamado! Estaba preocupado por ti. Me dijo que te habías dado un golpe en la cabeza. ¿Es que tampoco pensabas contarme eso?

—Mamá, no es lo que parece. Ya sabes cómo es papá —trató de explicarle Diana con los ojos puestos en Ada.

En ese momento sus miradas se encontraron y se sonrieron como si se hubieran estado buscando una a la otra.

—Me ha dicho que hay una chica en tu casa.

—Sí, una amiga. Aunque no te lo creas, también tengo amigas, mamá.

—Bueno, pero podías habérmelo contado.

—Es que no es mi novia. No insistas, que estáis los dos muy pesados.

—También me comentó que vais a cenar a su casa, el jueves.

—Porque ya sabes cómo es, que no deja hablar ni admite un no por respuesta —le explicó, tratando de sonar calmada, aunque la realidad era que tenía ganas de cortar cuanto antes la llamada.

Desde que sus padres se habían divorciado, cuando Diana ya estaba en la universidad, tenía la sensación de estar jugando permanentemente al teléfono averiado. La información que se comunicaban entre ellos siempre llegaba distorsionada y a veces deseaba que no se llevaran tan bien, tan pacíficamente, como dos amigos, para no tener que dar explicaciones por duplicado.

—Es solo una amiga, de verdad. Ha venido a pasar unos días conmigo.

—Bien, pero entonces podré conocerla yo también, ¿digo yo!

Diana enmudeció, comprendiendo la lógica de su madre. Parecía justo que si su padre había conocido a Ada e incluso la había invitado a cenar a su casa, su madre exigiera el mismo trato.

—Bueno, ya lo iremos viendo. Se va dentro de pocos días y no conoce la ciudad. Lo hablamos en otro momento, ¿de acuerdo? Estoy tomándome algo con Victoria y es de mala educación dejar a la gente tirada.

Este razonamiento pareció convencer a su madre, que se despidió de ella un poco más calmada, de manera cariñosa, haciéndole prometer que la llamaría antes de que Ada se fuera de la ciudad.

Regresó en ese momento a la mesa en donde se encontraba Victoria y se dejó caer sobre la silla, derrotada. Tiró el móvil de cualquier manera sobre la mesa.

—¿Tu madre?

—Sí. Que también quiere conocer a “mi novia”, ¡que como se me ocurre presentársela a mi padre y no a ella! —se lamentó Diana, marcando las comillas en el aire—. Parecen niños peleándose por una muñeca.

—Estarán preocupados por ti, no se lo tengas en cuenta.

—Bueno, pues que demuestren su preocupación de otra manera, sin entrometerse tanto.

—Ya, pero es lo que tiene ser hija única. Mírame a mí, con cuatro hermanos mis padres no me hacen ni caso. —Victoria dio un sorbo a su cerveza y se miró las uñas con desinterés—. Y bien que estoy así. Ser la oveja negra tiene sus ventajas.

—Pues no lo sé, pero como sigan en este plan, supongo que estallaré y les acabaré diciendo la verdad. Y no sé hasta qué punto les va a gustar que “mi novia” sea una extraterrestre.

Victoria observó entonces por el rabillo del ojo a Ada, que seguía en el parque infantil y sonrió de manera misteriosa.

—¿Te lo imaginas?

—¿El qué? ¿Que Ada fuera mi novia?

—No, que se tratara *realmente* de una extraterrestre. Sería increíble, ¿no?

—Sí, claro, y el mes que viene ojalá conozcamos a una vampiresa y el siguiente podemos buscar una mujer lobo —se burló Diana—. ¿Has perdido el juicio?

—Lo digo en serio, deberías investigar esa vía un poco más —afirmó Victoria, que ya estaba ingeniando maneras de hacerlo, como pedirle que utilizara sus teóricos “superpoderes” o que le mostrara avances tecnológicos extraordinarios de su cultura.

A Diana esta sugerencia le pareció descabellada, pero no la descartó por completo. A fin de cuentas, cabía la posibilidad de que si la llevaba al límite, consiguiera romper ese extraño escudo tras el cual estaba convencida de que se escondía la verdadera Ada.

No obstante, decidió posponer este pensamiento para otro momento. Quería pensarlo mejor, ver de qué manera podría ponerlo en práctica, más adelante. Ahora lo único que le preocupaba era que estaba empezando a hacerse tarde. El sol ya se había ocultado tras los edificios, llevaban bastante tiempo sentadas en aquella terraza y comenzaba a tener frío. Además, ya casi era la hora de cenar.

—Y mañana tengo que trabajar —se quejó lastimosamente.

Lo último que le apetecía era regresar a la oficina, decirle a su jefe lo mucho que le había enriquecido el congreso. Mentirle, en pocas palabras. Y qué lejanos le resultaban ahora aquellos días grises en Madrid, con la tormenta, los viajes interminables en metro y la posterior aparición de Ada. Casi parecía un recuerdo borroso que se deshilvanaba como un trozo de tela viejo.

—Bueno, sé positiva, dentro de nada tendrás vacaciones. ¿Sigues en pie lo de Semana Santa?

—Eso creo, mi madre me ha dicho que la casa está libre. Tom y ella prefieren quedarse aquí para ver las procesiones —respondió Diana, que casi había olvidado lo cerca que estaban las vacaciones.

Victoria y ella habían planeado pasarlas en la casa que su madre tenía en la playa. Las previsiones eran de lluvia, pero le vendría bien alejarse de las responsabilidades durante unos días. De hecho, estaba deseando entregar el proyecto que tenía pendiente y disfrutar de unos días libres.

—¿Y qué vas a hacer con Ada?

—Nada, quiero hablar con ella cuanto antes. Saber qué planes tiene. Esto no puede seguir así.

—Bien, pues ya me contarás cómo te va eso y el rollo ese con tu padre.

Se levantaron para pagar sus consumiciones y quedaron en llamarse al día siguiente.

11 | SÍ QUE LE GUSTA

Diana se despertó temprano. Era lunes por la mañana y tenía que ir a la oficina, pero le pesaban los párpados y le faltaba motivación. Tomó una ducha rápida para entrar en calor. Se había despertado una mañana nublada, aunque sabía que las nubes no permanecerían demasiado tiempo en el cielo. Tan pronto avanzara el día se irían disipando, cediendo ante los rayos del sol. «Mañanitas nubladas, tardecitas de paseo», solían decir las abuelas sevillanas cuando el día se despertaba encapotado.

Ada ya estaba despierta cuando abrió la puerta de su habitación y se la encontró en el salón. La noche anterior tampoco habían hablado de su futuro. Adónde iría, cuándo, con qué propósito, hasta qué fecha podía quedarse haciendo uso de su colchón hinchable. Diana lo había intentado, pero siempre acababa posponiendo la conversación o distraída con otras cosas.

A veces le molestaba ser tan floja y despreocupada. Su madre solía aconsejarle que se centrara en sus objetivos e impidiera que otros asuntos la distrajeran. Diana se preguntaba hasta qué punto su actitud con Ada obedecía a su tendencia a procrastinar o a una inconsciente necesidad de compañía, pero hasta el momento no había encontrado solución a esa adivinanza.

—Buenos días —le deseó un poco soñolienta; tenía los ojos hinchados.

—Buenos días, Diana. ¿Has dormido bien?

—Mejor que ayer, eso está claro. Ni rastro de Darth Vader.

—¿Darth quién?

—No tiene importancia. He dormido bien, gracias. ¿Y tú? ¿Has descansado algo?

—Un rato.

—¿Media hora?

—No, esta vez ha sido una hora. No sé qué me pasa, en la Tierra siento ganas de dormir más. Creo que aquí tengo paz —le comentó Ada.

Diana se sentó a desayunar con ella. Si estaba en casa siempre desayunaba lo mismo: un café con leche bien cargado y un puñado de galletas, pero hoy tenía poco apetito. Apenas le dio un mordisco a una galleta y dejó las otras a un lado.

—Escucha, Ada, en algún momento tenemos que hablar de tu situación. ¿No crees?

—Sí, me parece bien.

—¿Y qué piensas hacer? —se interesó mientras comprobaba por el rabillo del ojo la hora en un reloj de pared. Se le hacía tarde. Quizá no era momento para mantener esta conversación, pero no estaba de más pergeñar un preámbulo. Ya lo resolverían si acaso después, cuando regresara de trabajar.

—He intentado contactar de nuevo con mis hermanos, pero por ahora, nada.

—Ajá —dijo Diana sorbiendo su café—. Bueno, a lo mejor es cuestión de seguir intentándolo, ¿no crees?

—Sí, eso creo.

—Mira, ahora me tengo que ir a trabajar, pero después podemos hablarlo tranquilamente. Volveré tan pronto pueda, ¿te parece? Intenta no meterte en líos mientras estoy fuera. ¿Me lo prometes?

Ada asintió y le regaló una sonrisa para desearle que tuviera una bonita mañana. Diana se fue un poco más tranquila, ahora que por fin había planteado el tema que ocupaba sus pensamientos. No obstante, yendo montada en su bicicleta de camino al trabajo, no pudo evitar que le asaltara la desazón, una especie de premonición de que algo se iba a torcer.

Llegó a las puertas del edificio de su oficina, colocó el candado a su bicicleta y deseó en silencio estar equivocada. ¿Qué podía salir mal, a ver?

Los lunes por la mañana Victoria se sentía más perdida que cualquier otro día de la semana. No era que para ella tuvieran ninguna diferencia significativa, sino que suponían un nuevo comienzo, una semana más en paro, otros siete días sin saber qué hacer con su vida. Al menos, los viernes, sábados y domingos eran diferentes. Siempre había gente con la que quedar y cosas que hacer, pero de lunes a jueves Victoria deambulaba por su barrio creando un triángulo de la muerte entre la casa de sus padres, el gimnasio y los bares de la zona, en donde ya casi conocía a todos sus camareros.

Ella había perdido su empleo unos meses antes, el único que Victoria había tenido, y todo porque un día se le ocurrió llegar un poco bebida a su turno de tarde. Aborrecía aquel trabajo, pero le proporcionaba ingresos seguros y un lugar al que ir cuando los demás estaban ocupados. Como consecuencia de su despido, había perdido las ganas de buscar algo en lo que ocupar su tiempo. «Piensa en lo que te gusta, habrá algo que puedas hacer», le recomendaba siempre Diana. Pero por más vueltas que le daba, no conseguía encontrar ningún punto fuerte, nada en lo que tuviera destreza o por lo que sintiera pasión. Había llegado a la conclusión de que lo suyo era pasárselo bien, y no conocía ninguna profesión en la que te pagaran por ello.

Así que durante la semana lectiva, sus días solían ser calcos, momentos de aburrimiento en los que Victoria se encontraba sola porque todos sus familiares y amigos tenían cosas que hacer, obligaciones a las que atender. Los lunes era el peor de todos. Los lunes siempre le recordaban que algo no iba bien en su vida, hasta el punto de que podía llegar a estar dos horas ininterrumpidas en la piscina de su gimnasio, haciendo largos sin parar solo para quemar la ansiedad que su situación personal le producía.

Ese lunes, no obstante, se dijo a sí misma que por fin podría ocupar su tiempo en algo más interesante que estar a remojo. Diana había decidido extender la estancia de la supuesta extraterrestre en su casa y Victoria estaba decidida a aprovecharse de esta circunstancia. La compañía de Ada le evitaría tener que pasar la mañana sola, por lo que tan pronto estuvo vestida para salir a la calle se dirigió hacia la casa de su amiga y llamó al timbre, confiando en que Ada le contestara.

Pulsó el botón del telefonillo hasta cuatro veces y esperó pacientemente. Por desgracia, no parecía haber nadie en casa. Estaba a punto de darse media vuelta cuando Ada por fin contestó.

—¿Quién es?

Escuchó su voz, aunque muy lejana, como si estuviera hablando desde el otro extremo de la habitación.

—Ada, soy yo. Victoria.

—Ah, ¡hola!

—Ábreme la puerta, por favor.

—Sí, espera. Voy.

Victoria intentó empujar la puerta de entrada, pero esta permaneció cerrada. No se escuchó ni siquiera el mecanismo que la activaba y unos ruidos intermitentes le indicaron que Ada se había dejado el telefonillo descolgado. Volvió a intentarlo una vez más. Pulsó de nuevo el botón y al cabo de un rato la voz de Ada se escuchó, de nuevo lejana.

—Ada, si no me abres la puerta no puedo entrar.

—¡La he abierto! ¡Está abierta pero no te veo, Victoria!

Victoria puso los ojos en blanco. Acababa de comprender que Ada había abierto la puerta de la casa, pero no la del portal.

—Ada, ¿ves un botón al lado del telefonillo? Tiene que haber uno. Púlsalo. Estoy en la calle y tienes que pulsarlo para abrir la puerta de aquí, no la de la casa.

Ada no contestó. De nuevo transcurrieron unos segundos silenciosos en los que Victoria no acababa de comprender cuál era el problema.

—¡Ada, el botón! Púlsalo. Tiene que estar ahí —repitió, avergonzada a causa del extraño modo en el que la miró una pareja que pasaba por allí.

—¿Qué botón?

—El que hay al lado del telefonillo. Tiene que haber uno. Tú solo púlsalo y podré entrar. ¿Me estás escuchando, Ada?

—Suenas muy lejos.

—Tienes el auricular puesto en la boca, ¿verdad? Porque a lo mejor no estás cogiendo bien el telefonillo. Tú... solo dale al botón, ¿vale?

Victoria esperó un poco más, hasta que por fin escuchó que el mecanismo se activaba y la puerta se abría. Después de todo, parecía que Ada había conseguido encontrarlo.

Tal vez no fuera la mejor de las ideas pasar una mañana con alguien tan pintoresco como Ada, pero realmente ¿qué opciones tenía?, se dijo a sí misma mientras entraba en el ascensor.

Ada la estaba esperando con la puerta abierta cuando se acercó a la entrada del apartamento. Llevaba una toalla enroscada en la cabeza, aunque su pelo parecía estar seco. Victoria prefirió no hacer preguntas. Por ella como si la recibía con una alfombrilla de baño atada a la cintura, le daba igual. Había tenido suficiente sobresalto con el asunto de la puerta.

—Te ha costado, ¿eh?

—Estos aparatos son muy extraños. Son tan antiguos para mí que me cuesta trabajo entenderlos.

—Creo que deberíamos comprarte un móvil. ¿Qué te parece si nos lanzamos a la calle a por uno?

—¿Lanzarnos? ¿De manera literal? —se extrañó Ada, frunciendo el ceño y mirando con desconcierto la barandilla que daba a la corrala del edificio.

—No, lanzarnos.... Como, ya sabes, echarnos a la calle, salir, ir a comprar un móvil para que no estés incomunicada y podamos llamarte. Todo el mundo tiene uno estos días, así que, ¿vamos? ¿Estás vestida?

—Sí —asintió Ada con la cabeza.

Victoria se encendió un cigarrillo y aspiró el humo. Luego dijo:

—¿Pero vas a ir con eso? —Señalando la toalla. Ada se sonrojó, como si no entendiera qué estaba haciendo mal—. ¿Sabes qué? Da igual. Si me ve alguien contigo puedo decir que eres musulmana y que te has olvidado el turbante en Burkina Faso o algo así. Venga, salgamos a la calle. Estar en casa es de lo más aburrido, ¿no crees?

Quedaba poco tiempo para que Diana concluyera su jornada laboral, pero el día había sido de lo más improductivo. Para empezar, no podía concentrarse porque estaba todo el tiempo pensando qué hacer con Ada, de qué manera podía ayudarla sin involucrarse demasiado. Y para seguir, la idea de consultar su caso a su padre seguía rondándole la cabeza, pero cada vez que

pensaba en ello, le entraban escalofríos.

Él era un reputado psiquiatra y parecía claro que podía ayudarla, pero al mismo tiempo estaba convencida de que si se enteraba de los delirios de Ada, acabaría internándola sin dilación. Y no estaba segura de querer someterla a algo así.

En consecuencia, se había pasado toda la mañana en Internet buscando síntomas de delirios psicóticos, trastornos de la personalidad, esquizofrenias y patologías varias, mientras evitaba la mirada de halcón de Javier, que pasaba a menudo por detrás de su ordenador para comprobar qué estaba haciendo. Diana se había convertido en una experta en minimizar la pantalla para fingir que trabajaba duramente.

—¿Todo bien, Vérez?

—Todo bien.

—Aplicando ya los conocimientos que adquiriste en el congreso, espero.

—Por supuesto —mintió.

Ni había aprendido nada nuevo en el congreso ni estaba avanzando en el proyecto que le había asignado. Tenía que entregar el desarrollo de una aplicación muy compleja para iPhone en pocos días, y allí estaba ella, preocupada por los delirios de una desconocida y revisando información psiquiátrica en Internet.

El delirio es un trastorno que afecta al funcionamiento del pensamiento. Las ideas se vuelven confusas y no se corresponden con los hechos objetivos. La percepción de la realidad está completamente alterada. El delirio psicótico es un delirio crónico. La persona afectada se desconecta de la realidad y su percepción de la vida cambia. Sus juicios se vuelven incorrectos y el paciente no es consciente de que padece este trastorno.

Hasta aquí, todo bien. Podía encajar perfectamente con el cuadro clínico de Ada. Sin embargo, seguía habiendo detalles que no casaban, como por ejemplo que las alteraciones del comportamiento solían venir asociadas a desorientación, sentimiento de euforia, delirios sobre ser perseguido e incluso megalomanía.

Ada no parecía sufrir nada de esto. Sus síntomas no se correspondían con ninguno de aquellos artículos médicos y sus delirios no eran paranoides, sino que se centraban en algo muy concreto. Ella simplemente creía ser extraterrestre y ya está. Salvando esta rareza y que asegurara desconocer objetos básicos para un ser humano (como, por ejemplo, el funcionamiento de un microondas o su extraña percepción de la moda), no había nada en ella fuera de lo normal. Ningún comportamiento maniaco u obsesivo. Al menos en su presencia no los había tenido. ¿Y si los problemas empezaban cuando estaba sola? ¿Y si había sido un error dejarla en casa?

Diana cogió su teléfono móvil temiéndose lo peor. Estaba mal visto hacer llamadas en la oficina, pero en los años que llevaba en la empresa apenas había utilizado el teléfono un par de veces, así que dudaba que su jefe se atreviera a reprenderla por ello. Marcó apresuradamente el número de su propia casa. Un tono, dos tonos, tres tonos... esperó hasta que se acabaron. Nada. Ada no contestaba (o bien no sabía cómo hacerlo). Probó de nuevo bajo la atenta mirada de su compañero Carlos.

—¿Va todo bien? —se interesó él—. Pareces preocupada.

—Todo bien, tranquilo —dijo Diana con el teléfono todavía pegado a la oreja.

Fingió teclear algo en el ordenador, pero solo se le ocurrió poner *cogelocogelocogelomalditaseacogelo*. Y de nuevo no hubo respuesta. Algo le decía que Ada no estaba en el apartamento y esto la preocupó. Si se hubiese tratado de otra persona, alguien más previsible, le habría dado igual. Pero con ella nunca se sabía, los días podían ser auténticos caballos de Troya, plagados de incómodas sorpresas. Tras un tercer intento fallido, se quedó

mirando fijamente la pantalla de su ordenador, sin saber qué hacer, a quién recurrir. Le quedaba todavía una hora para salir de la oficina y sabía que si se quedaba esperando la ansiedad le destrozaría los nervios. Entonces tuvo una idea. Se lanzó de nuevo sobre su teléfono y respiró con más tranquilidad cuando escuchó su voz:

—¿Vic?

—¡Hey! ¿Qué haces llamándome a estas horas? ¿No estás en el trabajo?

—No está. Se ha ido. A lo mejor le ha pasado algo —le explicó Diana con desesperación.

—¿Quién? ¿De quién me hablas?

—¡De Ada! ¿De quién va a ser? —Diana se encogió para ocultar el móvil con su cuerpo. No quería que Carlos ni ninguno de sus compañeros se enterara de la conversación—. ¡Se ha ido! ¡He llamado a casa y no está!

Victoria suspiró hondamente al otro lado de la línea.

—¿Me estás escuchando? ¿Qué hago? ¿Crees que debería llamar a la policía? ¿Crees que se habrá metido en líos?

—Lo que creo es que eres una paranoica y tendrías que mirártelo —le respondió Victoria, muy calmada—. Está aquí conmigo, *joder*. Nos hemos ido a dar un paseo.

—¿Contigo?

—Sí, conmigo. ¿Por qué te sorprende tanto?

—¿Qué has hecho, Vic?

—¡Nada! ¿Qué voy a hacer?

—¡Es una enferma mental! ¡Tiene trastorno paranoico! Créeme, lo he mirado o, bueno, eso creo, la verdad es que no estoy segura —le informó mientras se sujetaba la frente con la mano—. Mira, da igual, no espero que lo entiendas. ¿Dónde estáis? Voy para allá. Mándame un mensaje con tu ubicación que salgo ya.

Diana no le dio pie a que dijera nada más. Colgó el móvil, apagó el ordenador y se puso el abrigo en una exhalación. Tenía que salir de la oficina cuanto antes.

Conocía a Victoria, la adoraba, de hecho, pero también la temía. A saber en qué había empleado todo el día con Ada, ya no se fiaba. Se imaginó un garito oscuro y lleno de humo que desprendía olor a marihuana. O una fiesta clandestina en la que voluptuosas camareras ataviadas con lencería de encaje despachaban drogas y alcohol en lujosas bandejas de plata. Vinieron a su mente imágenes de burdeles y de sex shops, de películas porno y de cualquier depravación. Victoria era una experta en corromper la inocencia de la gente y Diana sudaba solo de imaginar los lugares a los que habría llevado a Ada, la pobre enferma mental.

—¿Te vas? —le dijo Carlos, sorprendido.

No era para menos. Diana no se había ausentado del trabajo jamás. En cinco años nunca había empleado un día en asuntos personales ni solicitado una baja.

—Sí, tengo algo urgente que solucionar. ¿Le dirás a Javier que me he ido?

—Tranquila, yo te cubro. Tiene reunión ahora. Ni se enterará.

—Gracias, Carlos.

—Nada. Y que vaya todo bien.

—Sí, eso espero —replicó antes de enfilar la puerta de la oficina.

Diana salió a la calle envuelta en una gran nube de ansiedad. Se sentía tan nerviosa que no atinaba con los semáforos. Cruzó un par de ellos en rojo con su bicicleta, le pitaron los coches, se exaltaron los peatones, estuvo a punto de arrollar a una frágil anciana. Y le dio prácticamente igual. Su objetivo era llegar cuanto antes donde estaban. Victoria había cumplido y le había enviado la ubicación exacta, pero por más que lo intentó, no recordaba qué había allí. ¿Una

tienda erótica? ¿Un bar? ¿Un bingo? Podía ser cualquier cosa. Aceleró, haciendo girar los pedales de su bicicleta a toda velocidad. Dejó atrás la Avenida de Alfonso X y se adentró por calles igual de concurridas pero más angostas. Iba tan rápido que en pocos minutos ya había llegado a la zona de Las Setas, donde desembocaba la calle que le había indicado Victoria. Aparcó su bicicleta de cualquier manera y decidió caminar los últimos metros a pie.

—¿Dónde? ¿Dónde estáis? —la llamó cuando se encontraba cerca.

—Aquí. Te estoy viendo. Gírate y me verás.

Diana se giró, pero en principio no fue capaz de verla. «¿Dónde, exactamente?», repitió, ansiosa. «Di, aquí, justo detrás de ti, mira hacia el local que tienes a la derecha». Así lo hizo hasta ver a su amiga, saludándola con la mano desde el interior de un establecimiento. Se precipitó hacia allí. Su amiga la recibió con los brazos en jarra:

—¿Estás segura de que la del trastorno paranoide no eres tú? ¿A qué viene esto?

—Pensé... pensaba... ¿Dónde estamos?

—¡En una peluquería! ¿Dónde te creías?

Diana se ruborizó profundamente ante la mirada inquisitiva de su amiga, cuyos ojos se habían convertido en dos dardos que amenazaban con empalarla contra la pared.

—Yo... no sé. Me dijiste que estabas con ella y...

—¿Y qué? ¿Ya pensaste que me la iba a llevar de putas?

—Tampoco es eso, mujer, mira que eres bruta —se defendió Diana, sentándose en una de las butacas de la antesala de la peluquería—. Vic, tienes que reconocer que a veces haces cosas raras y pensé que, bueno, que te la habías llevado a algún sitio de los tuyos. Vale, lo siento. No me mires así. ¿Qué hacéis aquí, de todos modos?

Victoria se encogió de hombros.

—Le sugerí a Ada un cambio de *look* y le pareció buena idea. Nos hemos pasado toda la mañana dándonos tratamientos y cosas así. Ven, que me voy a fumar un cigarro. —Le indicó la puerta de la peluquería.

Diana se mostró un poco reticente, no quería alejarse demasiado, pero la siguió al exterior de igual manera. Estiró el cuello para ver si así podía ver a Ada por el escaparate de la peluquería, pero no fue capaz de encontrarla. Imaginó que estaría en alguna cabina del interior.

—Está a punto de salir, relájate. Pareces su guardaespaldas, *joder*. Venga, toma un poco el aire. Respira. ¿Qué te pasa?

—No lo sé. Solo sé que me preocupa que le ocurra algo.

Victoria se llevó un cigarrillo a los labios y chasqueó su mechero.

—Estás super estresada con Ada y te aseguro que puede cuidar de sí misma. A lo mejor incluso más que tú y que yo.

Diana se daba cuenta de que sus reacciones no eran normales en lo referente a Ada. La trataba como si fuera una niña o una persona desvalida y no había motivos reales para ello. Pero su carácter era así, en verdad. Tendía a preocuparse en exceso y solía ser ella quien cuidaba de la gente, no era nuevo, aunque con Ada su instinto de protección se multiplicaba sin lógica alguna. Se palpó las mejillas con las manos y suspiró.

—Estoy empezando a pensar que lo llevo en los genes, ¿sabes? A fin de cuentas, mi padre es psiquiatra.

—¿Y crees que eso te puede estar influyendo?

—Puede ser. Con Ada me siento a veces como si tuviera que cuidar de ella. Como si fuera una persona desvalida.

—Pero no lo es. De hecho, se trata de alguien súper interesante —le informó Victoria—. Te

animo a que la conozcas un poco más. Hoy hemos estado tomando un café y yo he alucinado, ya te digo. Estará loca, pero es una loca con la cabeza muy bien amueblada.

Eso no le sorprendía en absoluto. Puede que Ada fuera torpe con los aparatos eléctricos o que una toalla enredada en la cabeza le pareciera el culmen de la elegancia. Pero su charla era rica, interesante y estaba segura de que hasta podría aprender muchas cosas de ella si tuviera la paciencia necesaria para pasar por alto sus locuras.

Victoria estaba en lo cierto, a lo mejor había estado tan preocupada que, sin proponérselo, la estaba minusvalorando.

Se encontraba meditando sobre ello, ya casi al final del cigarrillo de su amiga, cuando el peluquero asomó la cabeza por la puerta.

—Ya está lista —dijo.

—¿Ya? —se entusiasmó Victoria.

Él asintió y su amiga le hizo un gesto para que volvieran al interior.

Ada las esperaba, completamente cambiada. Parecía otra persona. O mejor dicho, *una* persona. Ya no había ni rastro de su pelo extrañamente cortado, del tono bicolor ni de su maquillaje excéntrico o del lápiz de ojos negro con el que solía pintarse la cara. Era otra. No mejor, sino cambiada. Estaba peinada y su cabello parecía suave y brillante, de un tono rubio ceniza que le hacía parecer diferente. También la habían maquillado un poco, solo un poco, pero lo suficiente para que sus preciosos ojos azules resaltaran como nunca.

—¿Qué tal? —preguntó Ada mordiéndose el labio inferior con nerviosismo—. ¿Parezco una humana?

Los tres la miraron con los ojos muy abiertos, hasta que Victoria dijo:

—¿Humana? No, nena, tú no eres de este planeta. La *peña* se va a abalanzar sobre ti cuando te vea.

Diana todavía no había articulado palabra sintiéndose incapaz, pálida, bloqueada. La persona que tenía delante no se parecía en absoluto a la mujer que había asistido en Madrid en una noche lluviosa. No es que antes Ada no tuviera su atractivo, porque a su manera, rara y extravagante, sí lo tenía, sino que por primera vez la estaba contemplando y no veía en ella a una niña, sino a una mujer.

—A Diana... ¿le gusta? —escuchó que le preguntaba entonces.

Se ruborizó, sin saber muy bien por qué. *¿Cuál era la respuesta correcta? ¿Sí? ¿Mucho? ¿Ohh?* No lo sabía.

Para su fortuna, Victoria enlazó un brazo con el suyo y dijo:

—Sí, le encanta.

Tal vez su amiga volviera a tener razón.

12 | LA MISMA ADA, PERO DISTINTA

Aquello era absurdo. Totalmente absurdo. Impropio de ella. No se reconocía en absoluto ni en su repentino nerviosismo ni en su timidez.

Si hubiera tenido un espejo delante le habría preguntado a su reflejo: «¿Quién eres tú y qué has hecho con Diana? Devuélvemela». Porque ella no era tan superficial, ¿o sí? Que supiera, anteriormente nunca había dado muestras de serlo.

Diana solía burlarse de este tipo de cosas. De los frívolos que juzgan a los demás por su apariencia. Sobre todo de esos programas de la tele en los que hacían cambios de *look* a gente desesperada bajo la promesa de que un nuevo corte de pelo y un renovado fondo de armario mejoraría su vida.

Menuda bazofia. Vaya tomadura de pelo. El que tenía problemas de autoestima, seguiría teniéndolos, pensaba ella. Y quien estaba deprimido, continuaría estándolo aunque renovara toda su vestimenta.

Sí, solía burlarse de eso, y aborrecía juzgar a la gente por su estatus social o la ropa que llevaba. Y sin embargo, allí estaba ella, regresando a casa, caminando en silencio, acababan de despedirse de Victoria y sentía un nerviosismo desconocido ante la compañía de Ada.

Pero nada había cambiado. ¡Nada! Ada seguía siendo la misma Ada. Rara. Extravagante. Pintoresca. Con sus delirios paranoides y su torpeza encantadora. No obstante, Diana se sentía otra, y todo el mundo parecía notar el cambio de Ada. Ahora aquella extraña criatura resultaba... atractiva. Y no solo para ella. Algunas personas la miraban sin disimulo por la calle y no por los motivos de antes, sino unos muy diferentes. Porque era guapa, mucho, y la gente tenía ojos.

Al parecer, Diana también los tenía y se odiaba por ello.

Odiaba que ahora la presencia de Ada le hiciera sentir incómoda, un poco avergonzada. Notó que las mejillas le ardían cuando llegaron al portal.

—Me ha dicho Victoria que esta mañana tuviste problemas con el telefonillo —comentó mientras insertaba la llave en la cerradura. Necesitaba un tema de conversación, el que fuera, para tranquilizarse y regresar a su ser.

—Es que no estaba muy segura de cómo funcionaba. Creo que lo hice todo al revés.

—Pues, si quieres, ahora te enseño. Eso y otras cosas con las que tengas problemas.

—Gracias. Por cierto, lo he estado pensando y creo que ya sé cómo puedo contactar con mis hermanos.

Estaban en el ascensor y Diana se quedó bloqueada, se detuvo un momento.

—¿Ah, sí? —preguntó, lacónica.

—Sí. Mañana compraré todo lo necesario y me pondré a ello. Quería hacerlo hoy, pero Victoria insistió en que nos fuéramos de compras. —Ada dejó en el suelo las bolsas que sujetaba, metió una mano en el bolsillo trasero de su pantalón y le tendió algo—. Mira.

—¿Un teléfono móvil?

—Victoria me dijo que todo el mundo lo usa y que así podría llamarme. Me parece un aparato muy divertido.

La idea no le hacía gracia. Hoy había sido la peluquería y algunas tiendas de ropa, pero no se fiaba. Mañana podía ser el casino o una carrera de chupitos. Victoria podía ser tan imprevisible que dependía de la dirección que tomara el viento.

—Bien. Así podré llamarte yo también.

—Eso pensé. —Ada sonrió—. Además, creo que me va a servir alguno de sus componentes para montar lo que necesito para contactar con mis hermanos.

—¿Y eso qué es? Si necesitas que te ayude a comprar algo...

—La verdad es que no me vendría mal un poco de hidrógeno 3, pero no he visto hoy ninguna tienda que lo venda. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo? El dinero no sería un problema.

Diana negó con la cabeza. Era complicado explicarle estas cosas a Ada. Hidrógeno 3. Vaya ocurrencia. ¿Por qué no Plutonio, ya puestos? Se imaginó yendo a la frutería y pidiendo unos gramos de Xenón y una pizquita de Radón y no pudo evitar menear la cabeza mientras sonreía.

—No estoy segura de poder ayudarte con eso —dijo.

—Bueno, no pasa nada, ya me las apañaré. De todos modos, si necesitas que me vaya antes de que contacte con mis hermanos, puedo buscar un hotel. El que me enseñaste en Madrid no estaba mal.

—¿Te vas a ir a Madrid?

—¡No, a uno de aquí! —se rio Ada.

Diana suspiró con alivio. Por un momento se imaginó que la supuesta extraterrestre pensaba que *solo* podía ir a aquel hotel.

Se sentó en el sofá y deseó no tener que trabajar al día siguiente. Ojalá no tuviera tampoco que acabar ahora todo lo que no había podido hacer en la oficina. Se estaba haciendo tarde y lo único que deseaba era descansar.

—¿Sabes qué? Quédate unos días más, si quieres. A mí no me molestas y de todos modos me paso la mayor parte del día trabajando, así que no tendrás ni que verme. Es decisión tuya, claro —afirmó, sacando el ordenador de su mochila.

Ada parecía contenta de poder quedarse unos días más. Se sentó junto a ella en el sofá. Diana acababa de colocar el ordenador portátil sobre sus rodillas.

—¿No vas a cenar?

—No, tengo que trabajar —le explicó—. Estos días he hecho demasiado el vago y ahora me toca recuperar el tiempo. He de entregar un proyecto el viernes o mi jefe me matará. O peor aún: me despedirá.

Ada puso un gesto de asombro. Parecía preocupada por lo que acababa de escuchar.

—¿Puedo? —preguntó, señalando la pantalla de su ordenador—. A lo mejor soy capaz de ayudar.

Diana receló durante unos instantes, ¿pero qué tenía que perder? En las películas, los extraterrestres eran seres con dotes extraordinarias, capaces de hacer cosas imposibles en poco tiempo. A lo mejor tenía suerte. A lo mejor Ada era, realmente, una extraterrestre. Esta podía ser su ocasión para demostrarlo.

La observó con detenimiento mientras echaba un vistazo a las líneas de código. Su cara era de absoluta concentración, pero estaba guapa así. *Oh, déjalo ya, por favor*, se reprendió Diana, sintiéndose sucia. Rastrera. Absurda.

—¿Lo entiendes?

—Sí, claro —dijo Ada.

—¿Y puedes ayudarme?

—Ojalá... pero no. Es un lenguaje muy antiguo, lo estudiamos solo por encima en las asignaturas de Historia, como ejemplos de lenguajes arcaicos de programación. Puedo leerlo, pero no escribirlo. Realmente nunca lo he llegado a aprender.

—Ya... —dijo Diana con recelo.

—Lo siento. Es la desventaja de que la Tierra sea un planeta de categoría B.

—No pasa nada, pero si no te importa, ahora tengo que empezar o no acabaré nunca. —Y bostezó, poniendo el ordenador de nuevo en su regazo, evitando pensar mucho acerca de eso de planeta de categoría B.

El jueves llegó antes de lo esperado. Diana casi se había olvidado de ello, ocupada como estaba en controlar a Victoria, acabar su proyecto y convivir con una posible psicótica.

Ada había comprado lo que parecía el desván de una ferretería y ahora su casa estaba llena de trastos que, por más que lo pensara, no sabía qué hacían allí. Había hierros y destornilladores, aparatos de radio antiguos y otros nuevos, una antena de televisión, varios tipos de martillos y alambres, todo ello apilado en su salón, justo al lado de la cama hinchable de Ada y de una mesita de color verde agua.

A Diana el desorden le traía sin cuidado, pero no estaba muy segura de poder soportar durante mucho más tiempo los martillazos a las cuatro de la madrugada.

—Recuerda, los vecinos se han quejado —le dijo la noche anterior, antes de irse a dormir, confiando en no tener que volver a mentir a la vecina de arriba diciéndole que padecía insomnio.

«¿Y los martillazos te hacen dormir?», preguntó ella. A lo cual Diana no había sabido qué responder. Acabó diciéndole que la disculpara, que era su manera de combatir el estrés.

La vecina no se había creído ni una sola palabra. ¿Pero y qué? También ella tenía que soportar el chirrido del somier de su cama cada vez que tenía compañía masculina y no se quejaba. Aun así, decidió comentárselo a Ada, que a partir de entonces se limitó a hacer ruido solo en horario infantil, para evitar que los vecinos les hicieran un motín.

Con todo, Diana no era capaz de descansar. La entrega del viernes la tenía muy estresada y su sueño era ligero, como si tuviera la permanente sensación de haber olvidado hacer algo importante, una tarea pendiente y fundamental. Ahora sabía por qué.

—Dios, no me lo puedo creer... Lo había olvidado.

—¿El qué? —inquirió Ada mientras trataba de apretar un tornillo conectado a un muelle que a su vez iba conectado al extremo de una antena de televisión.

Todo muy normal. Una escena de lo más cotidiana en aquella casa.

—Nada —dijo Diana, dejando el móvil a un lado y palpándose la cara con desesperación. Dejó el móvil a un lado—. Mi padre me acaba de escribir para recordarme lo de la cena de hoy.

Acababa de regresar de trabajar. ¿Era tanto pedir que la vida le diera un respiro? ¿Y ahora qué?

—Pues ve, por mí no te preocupes.

—Pero no puedo ir yo sola. Se suponía que la cena era para que Rosa te conozca también a ti. Se creen que eres mi novia.

—Lo sé —dijo Ada con una sonrisa y cierto rubor en las mejillas—. Bueno, si te ayuda, puedo ir.

—No me ayuda, pero si me presento sola mi padre es capaz de venir aquí a por ti.

Ada se encogió de hombros y siguió atornillando aquella monstruosidad. El ruido del destornillador eléctrico se parecía al que zumbaba en el interior de su cabeza: zzzzzdddzzzz.

Diana se puso en pie. A veces tenía la sensación de que podía pensar mejor así, paseando, aunque sabía que aquello no tenía solución por mucho que merodeara.

Su padre era un hombre de ideas fijas. Ya podía jurar sobre una Biblia que Ada no era su novia que él no la creería hasta que no la viera de la mano de otra mujer.

—Y entonces... ¿haces esto mucho?

Diana miró a Ada, sin comprender su pregunta. Enarcó las cejas para solicitar más información.

—Salir con mujeres. ¿Es lo que sueles hacer?

—Es esta tu manera de preguntarme si soy... ya sabes.

—No, no sé.

—Pues sí, lo soy.

—¿Eres qué? —inquirió Ada.

—Pues... eso. Que soy... ya sabes.

—Creo que no te comprendo, Diana.

—Nada, olvídalo —se desesperó Diana. En ese momento no estaba de humor para explicarle las diferentes orientaciones sexuales, si quería podía consultarlo con su sabelotodo computadora —. Me voy a dar una ducha. ¿Me harías entonces el favor de venir conmigo a la cena de esta noche? Me sabe fatal pedírtelo, pero no sabes hasta qué punto puede ser insistente mi padre.

—Claro que sí, Diana. Estaré encantada de acompañarte.

—Bien, gracias. Te debo una.

A Diana le daba la impresión de que aquella escena se estaba repitiendo: ella en la ducha, aparece su padre, su padre la ausculta y le realiza todo tipo de pruebas médicas, su padre insiste en que Ada es su novia.

La sensación de *déjà vu* era inevitable, si bien ahora la ecuación constaba de factores diferentes. Por ejemplo, estaban en la casa que el doctor Vérez compartía con su segunda esposa, Rosa, y no era la hora de desayunar, sino la cena. Ada ya no llevaba una toalla a modo de turbante. Y el doctor Vérez parecía relajado, en ningún momento había mostrado interés por realizarle un exhaustivo examen médico.

Aun así, daba igual. Diana sabía que sería incapaz de respirar hondo hasta que cruzaran de nuevo esa puerta para marcharse. La tensión conseguía atenuar la boca de su estómago y se frotó las manos contra la pernera del pantalón para eliminar la pátina de sudor que empezaba a perlarlas. Acababan de llegar y ya tenía ganas de irse.

—Para nosotros ha sido una sorpresa saber de ti —le estaba diciendo Rosa a Ada, mientras le indicaba un rincón del sofá donde sentarse. Habían servido canapés y vino—. Teníamos muchas ganas de que Diana rehiciera su vida junto a alguien. ¿Verdad, Arturo?

—Verdad. Esa Irene nunca me gustó. Ahora ya puedo decirlo.

—Lo decías igual antes, papá. Una vez hasta se lo dijiste a la cara —le recordó Diana, tomando asiento junto a Ada.

—¿Se lo dije? Bien hecho, entonces. Debería habérselo dicho más veces. Pero mejor hablemos de vosotras, ¿cuánto tiempo dices que lleváis juntas?

—Papá, no estamos juntas.

—Me gusta tu nuevo *look* Ada, te da un aire diferente —dijo el señor Vérez, pisando las palabras de su hija.

—Gracias, es usted muy amable.

—¿A que es una mujercita muy guapa, Rosa?

—Mucho.

—Mucho más que la Irene esa.

Para su padre “Irene esa” o “Esa Irene” eran la misma persona. Acostumbraba a poner este artículo demostrativo antes o después del nombre de su ex cada vez que se refería a ella. Lo usaba tanto que a Diana acabó sonándole casi como un título nobiliario. Doña Irene Esa. O Condesa Esa Irene.

Qué noche más larga le esperaba. Bebió un largo trago de vino, confiando en que el alcohol le ayudaría a relajarse.

—Y, dime Adalicia, ¿a qué te dedicas?

—Pues formo parte de la Misión...

—¡Es montadora de antenas! —se inventó corriendo Diana para impedirle que siguiera hablando. Había estado a punto de escupir el vino del susto.

—Montadora de antenas. Qué... interesante —opinó Rosa.

Estaba claro que mentía, pero ahora ya no podía arreglarlo. Había dicho lo primero que se le pasó por la cabeza, y no era de extrañar que hubiera elegido esa profesión teniendo en cuenta que la había visto toda la semana peleándose con aquel cacharro que estaba construyendo en su salón.

—Sí, ella... Le gustan los aparatos eléctricos y todo eso, ¿verdad, Ada? —Diana le guiñó un ojo, pero no obtuvo el resultado esperado:

—Oh, Diana, creo que se te ha metido algo en el ojo —dijo Ada.

—¿Una pelusa, tal vez? Espera, voy por la linterna —sugirió su padre.

—No hace falta, papá. Estoy bien.

—Francamente, me quedará más tranquilo si lo reviso.

—No tengo nada en el ojo, de verdad.

—Pero, cariño, podría causarte una infección.

—¡No! ¡Siéntate, por favor! —estalló Diana, presa de su propio nerviosismo.

Los demás la miraron sin comprender, como si sus palabras los hubieran dejado congelados en sus asientos. Diana respiró hondo.

—Perdón, estoy un poco estresada últimamente. Tengo que entregar un trabajo muy importante. Papá, siéntate, por favor, de veras no tengo nada en el ojo.

—Muy bien, ya me siento —dijo él—. Pero te advierto que si te acaba causando una conjuntivitis o cualquier otra infección, yo me lavo las manos.

—Creo que correré el riesgo, gracias —dijo Diana, dándole un amargo sorbo a su copa de vino.

—Desde luego, hija, ese carácter endiablado no lo sacas de mí.

Y fue como si pasara un ángel. Los cuatro bebieron vino en silencio. Ada parecía la más contenta de todos, como si estuviera encantada de estar degustando un buen caldo en compañía de tantos humanos. Diana solo esperaba que la ingesta de alcohol no la llevara a hacer algo desaconsejable en casa de su padre. Se hizo una nota mental de comentárselo más tarde, recordarle que en esa cena no debía beber en exceso.

El señor Vérez puso un poco de música melódica, algo de los noventa, como a él le gustaba, y las invitó a tomar asiento en torno a la mesa del comedor.

—Tienen una casa preciosa —opinó Ada embelesada con la decoración.

—Es todo obra de Rosa. Ella es la decoradora. Pero tutéame, por favor. Los formalismos me hacen sentir que estoy de guardia.

—¿De guardia? Oh, disculpe, no era mi intención atacarle.

Arturo no pareció comprender la respuesta.

—Mi padre es médico, ¿recuerdas? Hace guardias. Guardias *médicas* —puntualizó Diana a la

desesperada, mientras tomaban asiento en la mesa.

—¿De veras? ¿Y de qué especialidad?

—Psiquiatría.

—Vaya, es una lástima, esa especialidad se extinguió hace tiempo en mi planet...

Diana tosió. Con todas sus fuerzas. Tosió tanto que logró que nadie escuchara el final de la frase de Ada.

—Lo siento, creo que estoy cogiendo un catarro.

—¿No habrás empezado a fumar, verdad?

—No, papá. Ya sabes que no fumo.

—Bien, pero esa tos habría que mirarla, no vaya a ser un comienzo de pulmonía.

Diana puso los ojos en blanco.

—Ada, querida, ¿qué decías? —la animó Rosa a seguir hablando.

Aquello se le estaba yendo de las manos. Mucho. Y la culpa era suya, porque Ada, a fin de cuentas, seguía con su cantinela. Era ella quien debería haberle dicho que no mencionara nada de su teórico origen extraterrestre delante de su padre. Así que no le quedó más remedio que hacer una rápida intervención:

—Ada, ejem... *cariño*, ¿puedo hablar un momento contigo? Es importante.

—¿Tiene que ser ahora? Acabamos de sentarnos a la mesa —protestó el señor Vérez.

—Será solo un momentito. Volvemos enseguida. —Diana fue hasta Ada y la urgió a levantarse de la silla. Se la llevó al pasillo y cerró la puerta para que no pudiesen escucharlas.

—He metido la pata, ¿verdad? —se preocupó Ada, mordiéndose el labio inferior.

—No. Bueno, sí. Es decir, no es culpa tuya. Es que se me olvidó comentarte algo y creo que puede ser importante. —Diana hizo un inciso para asegurarse de que Ada la escuchaba con atención. Parecía toda oídos, así que siguió—: Tal vez, no sé, convenga que no le comentas nada a mi padre sobre tu origen, ya sabes, eso que eres de otro planeta.

—¿Quieres que mienta?

—No, es decir, sí. Solo un poco. Lo suficiente para que no sepa que no eres humana, claro.

—Pero yo no sé mentir. No he mentido nunca.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo. Y créeme: es importante que lo hagas. A lo mejor hasta le acabas cogiendo el truco. Ya sabes, a lo mejor te acaba gustando mentir y decirle a todo el mundo que eres humana. Aunque yo te sugeriría que no lo dijeras así —apostilló, por si acaso.

Ya se podía imaginar a Ada diciendo algo del estilo «¡Oh, solo soy una humana común!» y sonaba realmente extraño.

—Supongo que puedo intentarlo.

—¿Sí? Porque eso sería estupendo. Y nos evitaría tener que dar muchas explicaciones. No todo el mundo puede entender que seas extraterrestre, ¿comprendes?

—Sí.

—Perfecto. Entonces volvamos a la cena antes de que vengan a buscarnos.

Diana abrió la puerta y la dejó pasar mientras suspiraba con profundidad y elevaba subrepticamente los ojos al techo, implorando al universo que todo fuera bien.

Todo fue bien. Al menos, mejor de lo esperado. Ada todavía tenía ciertos problemas para dar respuestas convincentes cuando le preguntaban, pero iba mejorando con cada mentira que decía. Así, sus hermanos se convirtieron en su padre y madre, tal vez con costumbres un poco extravagantes porque llegó a decir que vivían en un autobús abandonado. Mantuvo también la mentira de que era antenista y dio todo tipo de explicaciones sobre qué se sentía al subirse a los

tejados. E incluso se inventó una historia conmovedora sobre el día en el que había salvado a un gatito atrapado en una azotea.

—Me encantan esos bichitos. Nosotros no los tenemos.

El señor Vérez detuvo el tenedor a medio camino de su boca.

—¿No tienes gatos? Bueno, nosotros tampoco, pero no me parece un crimen. Hay gente que prefiere los perros.

—Ya, pero esa especie no se da en el lugar de donde procedo.

Diana decidió que tenía que salir en su rescate:

—En el pueblo de Ada están... prohibidos. Sí, el alcalde era alérgico y ya se sabe cómo van estas cosas. Abuso de poder. Los prohibió por completo.

—Vaya... —suspiró Rosa, llevándose una mano al pecho. Parecía escandalizada.

—¿Y cuál es el nombre del pueblo? Quiero buscar después si eso es legal —dijo el señor Vérez.

—Sí. ¿Qué pueblo es ese? —se interesó Rosa.

Diana se quedó en blanco. Miró a Ada con los ojos muy abiertos, como queriendo decirle «por favor, por favor, invéntate algo rápido, lo que sea. Pero hazlo YA».

Ada comprendió de inmediato el significado de su mirada desesperada:

—Un pueblo de Madrid.

—¿Cuál? —se escandalizó el doctor Vérez.

Ada miró a Diana. Y viceversa. En principio a ninguna se le ocurrió qué decir, pero finalmente Diana escogió el primero que se le vino a la cabeza:

—Móstoles, ¿no? De allí eres tú, Ada.

—Sí, de allí.

—¿En Móstoles? —El señor Vérez entornó los ojos, como si estuviera tratando de recordar algo. Finalmente su rostro se iluminó—. ¡Morales! Diantres, no conseguía recordar el nombre de su alcaldesa. Morales, Esther Morales.

—Eso es, creo que se llama así. —Diana sintió que una pátina de sudor frío empezaba a perlar su espalda. Aquella mentira estaba yendo demasiado lejos si su padre era capaz de identificar a la regidora de la población madrileña. Debían cambiar de tema cuanto antes.

Miró a Ada y le hizo una disimulada señal con las cejas. Ella pareció entenderlo.

—De todos modos, preferiría no tener que hablar de ello, si no os importa. Es un tema que todavía nos afecta. Seguimos intentando superar el veto a los gatitos —afirmó, fingiendo estar compungida.

El señor Vérez y su esposa se miraron anonadados. Rosa se encogió de hombros, como queriendo decir «tampoco es cuestión de obligarla, la muchacha parece afectada».

—Por supuesto, Adalicia. Disculpa si te hemos traído un recuerdo doloroso.

—No te preocupes, en un momento se me pasa —afirmó, teatrera—. Esos gatitos... los pobres... todos sacrificados... Fue una auténtica matanza.

Diana bajó la cabeza y fijó los ojos en el plato para ocultar la sonrisa que empezaba a dibujarse en sus labios. De un minuto a otro, Ada había pasado de no saber mentir a ser la mejor mentirosa que había visto en mucho tiempo.

—Qué horror, la verdad —afirmó Rosa, tapándose la boca con la servilleta—. Tuvo que ser espantoso.

—Sí, fue algo terrible. Todos esos gatos... maullando... Es un tema que les afecta mucho a los de ese pueblo —afirmó Diana para reforzar la mentira—. Una verdadera lástima.

—Desde luego. Deberían meter a esa sinvergüenza en la cárcel. Nadie tiene derecho a prohibir

o sacrificar gatos por una mera alergia. Y mucho menos una politicucha de tres al cuarto — afirmó el señor Vérez con manifiesto enfado, zanjando el tema—. ¿Postres? ¿Cafés?

Y así, más o menos, la cena dio por concluida. Diana no se podía creer que hubiesen pasado aquella prueba de fuego. Había llevado a una posible maníaca a casa de su padre, un reputado psiquiatra adicto al trabajo, y él no había sospechado ni un solo momento de Ada. No estaba segura de si eso era fabuloso o maquiavélico, pero se sentía pletórica cuando llegaron a su apartamento. Hacía mucho tiempo que no se lo pasaba así de bien.

—¡Ha sido fantástico! —exclamó Ada, que parecía igual de contenta—. ¡Me encanta mentir! ¿Cómo no me habías dicho antes que era tan divertido?

Diana se sonrió.

—Y lo haces muy bien.

—¡Lo sé!

—¿Estás segura de que era la primera vez? —se atrevió a preguntarle, jugando con el llavero, las llaves tintinearón en su mano. Estuvo a punto de añadir «porque lo de la extraterrestre no se lo cree nadie», pero no lo hizo.

—¿Sabes qué? Creo que a partir de ahora mentiré para siempre —replicó Ada, zafándose una vez más de tener que dar una respuesta. Se dejó caer sobre el sofá y miró el reloj redondo de la pared, sus manijas marcaban las doce—. Es tarde y mañana trabajas.

—Sí. Pero no me apetece nada.

—¿Verdad o mentira?

—Eso es verdad —Diana rio—. Si pudiera, no iría. Pero tienes razón, será mejor que me vaya a dormir. Buenas noches, Ada —le dijo, y en un acto espontáneo le dio un beso en la mejilla que consiguió que el tiempo se detuviera.

Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos, detenidas en un espacio que solo fluía en su interior, como queriendo decir: *No sé por qué he hecho eso, pero me ha gustado*. Diana bajó la mirada hasta el cuello de Ada, en donde atisbó un precioso rastro de pecas que descendían hacia la base de su clavícula formando una pequeña constelación sobre su piel. La visión le hizo sentir incómoda y carraspeó para deshacer el nudo que se acababa de formar en su garganta.

—Perdona —le dijo—, no sé por qué lo he hecho.

Ada se palpó la mejilla con la mano y sonrió con timidez.

—No pasa nada. Me ha gustado.

—A mí también.

—Se llama beso, ¿no?

—Sí... eso dicen. Buenas noches, Ada. Que descanses.

—Hasta mañana, Diana. Dulces sueños.

13 | ME ABRAZAS, ¿POR FAVOR?

Menos mal que era viernes. Como todos los trabajadores, Diana encontraba solaz en el hecho de que la semana estuviera a punto de terminar. El día se había despertado radiante. Hacía frío a primera hora, pero el sol ya estaba en lo alto augurando un fin de semana espléndido. Le esperaba una dura jornada porque tenía que presentar su proyecto, pero sintió alivio al pensar que las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina.

Tal vez llevaría a Ada de excursión. Sí, ¿por qué no? Le apetecía enseñarle la ciudad. La presunta extraterrestre llevaba allí prácticamente una semana y todavía no conocía Sevilla. Quizá le apeteciera hacer un poco de turismo. Le enseñaría el río, y Triana, la Torre del Oro y, por supuesto, las callecitas aledañas a La Giralda, donde lo mismo se podía comprar una peineta flamenca que un delantal *picantón*. Sonreía al imaginar la cara que pondría Ada cuando viera las tiendas de souvenirs o se toparan con alguien tocando las palmas o la caja.

Era la idea más descabellada de cuantas Diana había tenido últimamente. Pero Victoria la había animado a conocer a Ada un poco más y tenía que reconocer que su compañía le agradaba. A pesar de su naturaleza solitaria, le resultaba reconfortante llegar a casa y obtener un «¡Hola!» o una sonrisa por respuesta. Siempre que estaba a punto de cruzar la puerta, se imaginaba qué locuras habría estado haciendo Ada. Si estaría atornillando una antena o ingeniando una nueva receta.

Ella solía dejar lo que estuviera haciendo cada vez que regresaba a casa. Salía a recibirla a la puerta como si la hubiera estado esperando y, muy a su pesar, Diana se estaba acostumbrando a esta rutina. Era agradable, divertida y estúpida en cierto modo, pero conseguía hacerla sentir en casa, en el hogar que jamás había sido capaz de construir con Irene.

¿Tenía esto algún sentido? Probablemente no.

No.

Para nada. Se estaba acostumbrando a Ada y ni siquiera sabía quién era.

Pero Diana no disponía de tiempo ahora para recapacitar sobre el tema. Acababa de entrar en la oficina. Era la primera hora de la mañana y su jefe la asaltó con una orden directa: «Reunión en diez minutos. Prepáralo todo. Están de camino».

—¿Ya? —protestó.

Javier no se detuvo a contestar. Pasó de largo hacia su despacho y cerró la puerta a sus espaldas. Diana se quedó de pie en el pasillo, perpleja y bloqueada; seguía sosteniendo las llaves del candado de su bicicleta.

Aquello no era lo planeado. Se suponía que los clientes de la aplicación que debía entregar no llegarían hasta media mañana. Y Diana necesitaba ese tiempo como de oxígeno para sus pulmones. Estaba todo listo, terminado, pero precisaba de al menos una hora para montar la presentación y dar los últimos retoques a la misma.

Rápidamente se fue hasta su puesto de trabajo, saludó a su compañero Carlos y empezó a poner orden.

—¿A qué viene tanta prisa? —se interesó él al verla encender el ordenador con nerviosismo.

Diana tamborileó los dedos contra la mesa.

—Javier. Los clientes vienen hacia aquí.

—¿Pero la reunión no era a las doce?

—Sí, pero la ha adelantado.

—*Joder*, pues ya podía habértelo dicho.

—¡Qué me vas a decir! —se lamentó Diana.

Carlos le dedicó una mirada compasiva. Ambos sabían que esa no era manera de proceder ni de tratar a los empleados. Pero Javier nunca había tenido demasiada consideración hacia Diana. A los demás solía avisarles cuando había un cambio de planes. A ella no. Su compañero Carlos la animaba para que se rebelara, que protestara, pero Diana temía por su empleo. Además, ¿qué podía decirle? ¿Trátame con más respeto?

Meneó la cabeza con enfado mientras copiaba unos archivos en su portátil y pensó en las veces que había ensayado un discurso similar frente al espejo. A veces decía:

—Esta no es manera de tratarme. —Con el ceño muy fruncido—. Si no me vas a tratar como a los demás, no me interesa trabajar para esta empresa.

Y también:

»Hey, tú, sí, tú, el de los pelos en las orejas, escúchame bien porque no lo voy a repetir dos veces: soy la mejor empleada que tienes, trátame con más respeto o te las verás conmigo.

Y por supuesto:

»Aquí tienes, garrapata: mi carta de renuncia. Suerte encontrando otro empleado como yo.

El discurso estaba preparado (varios, cada uno en su estilo), pero ninguno de ellos la convencía por la sencilla razón de que carecía de determinación para enfrentarse a su jefe. Ella era una hormiga, nunca había sido una abeja reina, y seguiría siéndolo si no encontraba el modo de ponerle remedio.

Enfadada consigo misma, se encaminó hacia la sala de reuniones para dejarlo todo listo antes de que llegaran los clientes. Cinco minutos después, apareció su jefe con una mujer cuyo cuello estaba adornado con un collar de perlas y un muchacho joven —su hijo— que lucía el pelo engominado.

Diana había tratado con ellos en varias ocasiones. Eran personas con grandes sumas de dinero en su cuenta bancaria, eso saltaba a la vista y ellos se esforzaban en dejarlo claro desde el principio. Tenían unas ideas demasiado vagas sobre la aplicación que deseaban implementar en su negocio y solían dirigirse a los empleados con altivez y desprecio. Diana aborrecía tratar con este tipo de clientes porque siempre tenían un “no” listo para ser disparado. Estaba segura de que aunque tuviera superpoderes o consiguiera desarrollar la mejor aplicación del mundo para su negocio, ellos nunca se darían por satisfechos. Aun así, intentó recibirles con una sonrisa atornillada en los labios y ellos la saludaron con una mueca imprecisa. ¿Qué era exactamente? ¿Asco? ¿Sueño? Le resultaba difícil leer las emociones de aquellos dos, así que prefirió ignorarlas.

Mientras Diana se aseguraba de que todo estuviera a punto, su jefe se deshacía en halagos:

—Señora Duarte, ¡ese collar que lleva es verdaderamente precioso!

Ella sonrió, complacida. Acarició las perlas con la punta de sus dedos.

—Me alegro de que las aprecie. Son del Mar del Sur —comentó, ufana.

—Son una maravilla y le sientan muy bien.

—Gracias. Es todo un detalle por su parte.

Aprovechando que estaba de espaldas, Diana puso los ojos en blanco. «Fon del Mar del fur, le fientan muy fien», se burló entre dientes. Conectó el proyector. Ya estaba lista y así se lo hizo saber a su jefe; cualquier cosa con tal de detener cuanto antes aquel estúpido *rendez-vous*.

—¿Estamos listos? —preguntó Javier al ver la luz azulada proyectándose contra la pantalla.

—Cuando quieran —le confirmó Diana.

La señora Duarte y su hijo tomaron asiento frente al proyector y Diana comenzó la presentación.

Estaba especialmente orgullosa de la aplicación que estaba a punto de enseñarles. Le había llevado muchos meses de trabajo, pero consideraba que el esfuerzo merecía la pena. Diana les explicó de manera pormenorizada todas las posibilidades que la aplicación ofrecería a su negocio y, mientras lo hacía, prestaba especial atención a las expresiones faciales de sus clientes.

La señora Duarte tenía la misma expresividad que una tabla de planchar y su frente había sufrido tantas operaciones estéticas que le recordó a una sábana bien estirada. Su hijo gesticulaba un poco más pero no lo suficiente; tan solo en un par de ocasiones alzó levemente las cejas como si algo le hubiera desagradado o sorprendido. Durante toda la presentación, Diana fue incapaz de aventurar si estaban conformes o decepcionados. Se sintió agotada cuando terminó de hablar, como si aquellos dos seres humanos tuvieran la capacidad de vaciarla de energía con su simple presencia. Tanta desidia le resultaba demoledora. Le dieron ganas de arrojarles el mando del proyector solo para verificar si así conseguía despertar en ellos alguna emoción (indignación, ira, rabia, sorpresa o simple enfado), pero en su lugar se sentó y juntó las manos a la espera de un veredicto.

Javier miró entonces a la señora Duarte. Elevó sus selváticas cejas y dijo:

—¿Y bien? Creo que Diana ha hecho un trabajo estupendo, es una aplicación de primera categoría, ¿no les parece?

La señora Duarte jugó con su collar de perlas. Su hijo cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó ligeramente en la silla. Tras dar un par de vueltas a su anillo de casada, fue ella la primera en hablar. La señora Duarte era viuda y siempre jugaba con su alianza cuando estaba a punto de emitir un juicio desolador.

—Es... un poco... flojo, pero un comienzo —afirmó.

—Pero no exactamente lo que queremos —apostilló su heredero.

Diana abrió los ojos con sorpresa. ¿Qué estaban intentando decir? Aquella era la mejor aplicación que se había hecho en esa empresa. Cualquier cliente habría estado encantado con el resultado y, sin embargo, los Duarte la miraban con desdén y gesto nauseabundo.

—Pero... —empezó a decir Diana. Su jefe le hizo un gesto con la mano para que le dejara seguir a él.

—Tienen toda la razón —dijo entonces Javier—. En realidad, esto es solo una presentación inicial de lo que podría ser. Necesita varios retoques, ¿verdad, Diana?

Diana enarcó las cejas con sorpresa, sin saber qué decir. ¿Unos segundos antes era una aplicación de primera categoría y ahora necesitaba varios retoques?

—Pensaba que hoy nos iban a presentar la versión definitiva —comentó la señora Duarte, fría como el iceberg contra el que chocó el Titanic.

Su jefe se echó a reír con un molesto sonido que le recordó a una hiena.

—No, no, por supuesto que no. Estas aplicaciones llevan más tiempo. Hoy solo queríamos presentarles el esqueleto. Esto es provisional. ¿No es así, Vérez?

¿Provisional? Él sabía lo mucho que había trabajado en ese proyecto, las horas de picar código sin descanso. Diana se había dejado la piel en él. Lo lógico hubiera sido que la defendiera y convenciera al cliente de que la aplicación era estupenda. Porque realmente lo era y su jefe lo sabía tan bien como ella. Diana se había ganado al menos esta porción de dignidad.

¡El esqueleto!, se repitió a sí misma con enfado. ¡Provisional!

Fundamental, Vérez, fundamental.

Diana notó que las lágrimas empezaban a empujar contra sus párpados, pero lo último que deseaba era llorar delante de los Duarte o de Javier. Su jefe, al ver que no contestaba, prefirió tomar el asunto por su mano:

—Si nos dicen qué partes no les convencen, podemos presentarles la versión definitiva la semana que viene. ¿Qué les parece?

La señora Duarte elevó un poco la barbilla. Intercambió una mirada con su hijo como si le estuviera preguntando «¿A ti qué te parece?». Él asintió.

—Bien, lo dejaremos entonces para después de Semana Santa —dijo la mujer—. Pero confiamos en que no se demoren mucho más. ¡Llevamos meses esperando por esta aplicación y se nos agota la paciencia!

—No se preocupe, señora Duarte. La semana que viene estará lista. Tiene mi palabra, señora Duarte —aseguró Javier con insultante vasallaje.

Se despidieron con un apretón de manos y el compromiso de que el pequeño Duarte les haría llegar las modificaciones ese mismo día, tan pronto regresaran al despacho. Javier sonrió con fingida cordialidad, pero su simulada sonrisa no mermó ni un milímetro hasta que los Duarte cruzaron la puerta de la sala de reuniones. «No hace falta que nos acompañe; conocemos la salida», le espetó con desdén la señora Duarte. Entonces, solo entonces, su jefe volvió a su ser:

—¡Joder! —exclamó—. ¡Cinco meses de trabajo a la mierda!

Cinco meses de mi trabajo, pensó Diana.

—¿Podrás tenerla lista para la semana que viene?

¡No!

—¿Y qué hay de las vacaciones?

—Es fundamental, Vérez.

Diana se mordió el interior de la mejilla. Sentía tal rabia que consiguió hacerse daño. Desvió la mirada cuando dijo:

—Lo intentaré.

—Bien. Inténtalo y *hazlo*. —Javier salió dando un portazo.

Viernes. Tres de la tarde y la vida no podía ser más miserable para Diana. Las lágrimas aparecieron por fin. Lo hicieron *in extremis*, cuando ya estaba de camino a su casa y la oficina quedaba lo suficientemente lejos para que nadie la viera. Solo unos turistas que la miraron extrañados de que alguien llorara en un lugar público. A lo mejor así era. Uno de ellos la apuntó con el objetivo de su cámara y disparó mientras dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

Cuando abrió la puerta de su apartamento se encontró a Ada subida en una escalera gigantesca. Diana nunca había tenido una escalera de esas dimensiones en su casa, pero al parecer ahora sí. De todos modos, ni siquiera se inmutó. Una semana antes tampoco tenía una antena que parecía una escultura de metal de casi dos metros de altura, ni una extraterrestre de compañera de piso, ni había tirado casi medio año de trabajo al cubo de la basura.

Qué más daba si había una escalera del tamaño de un abedul en el centro de su salón. La vida era una mierda y punto.

Una auténtica mierda.

Diana cerró la puerta con apatía, deseando que el día acabara de una vez. Meterse en la cama, cerrar los ojos y olvidarse del mundo. Del impresentable de su jefe, del collar de perlas de la señora Duarte y del exceso de gomina de su pomposo hijo.

Eso era todo lo que deseaba, pero nada más verla, Ada dejó lo que tenía entre manos, bajó de la escalera y fue corriendo hacia ella.

—¿Qué ha pasado a Diana? —le preguntó en su insólito español. Estaba aprendiendo a

dominarlo, pero no del todo.

Diana la miró como un cordero degollado. Tenía los hombros hundidos y le pareció que Ada deseaba acercarse y consolarla.

Era cierto que le vendría bien un abrazo. Uno de esos fuertes, de los que comprimen el diafragma y casi no dejan ni respirar, pero finalmente se quedó a medio metro de ella y la miró con preocupación.

¿Me abrazas, por favor?

—¿Qué ha pasado? —repitió Ada—. Mi computadora me avisa de que Diana sufre lamentos.

“Lamentos” era un buen modo de definirlo.

—Los clientes no han aceptado mi aplicación. —Se encogió de hombros como restándole importancia—. Prácticamente esperan que la empiece de cero y la termine la semana que viene. Pero eso es imposible. No sé ni siquiera cómo voy a hacerlo.

—Pero Diana tenía vacaciones...

—Pues las vacaciones de Diana se han ido al garete —replicó enfurruñada.

Qué cansada estaba. Solo de pensar que debía revisar toda la maldita aplicación se sintió desfallecer. ¿En qué estaba pensando Javier cuando les aseguró que podían hacerlo en una semana? ¡Una semana! Se había vuelto loco...

Diana se encontraba tan angustiada pensando en sus propios males que tardó unos segundos en ver que Ada tenía inclinada la cabeza hacia un lado y la miraba con aire misterioso.

—¿Qué? —inquirió al darse cuenta—. ¿Por qué me miras así?

—Creo que sé lo que necesitas. Venga, vamos.

Diana frunció el ceño. ¿Qué se proponía? Ada se estaba poniendo la chaqueta.

—¿Adónde?

—Tengo ganas de tomar el aire, ¿tú no? —respondió, tomándola del brazo y arrastrándola hasta la puerta.

—Ada, ¿no has escuchado lo que he dicho? No puedo ir a ninguna parte. Voy a tener que estar trabajando las veinticuatro horas del día y ni siquiera así seré capaz de aplicar todos los cambios que necesitan.

—Sí, sí, pero eso puedes hacerlo más tarde. Tal y como estás ahora, no vas a poder trabajar. Venga, vamos.

—Me gustaría, pero...

—Diana, no me obligues a llevarte por la fuerza. Porque puedo hacerlo, créeme.

Y hubo algo en la mirada de Ada, poderoso y terrorífico, que no dejaba opción a réplica. Algo incluso más intimidante que la imponente presencia del doctor Vérez. Diana sintió escalofríos y miedo, pero también fascinación y unas ganas irrefrenables de explorar más el interior de esa Ada tan decidida. Era mala idea llevarle la contraria.

De todos modos, le vendría bien dar un paseo, airearse, inquieta como estaba no podía trabajar. Imposible.

—Vale, pero solo un rato. Comemos algo y regresamos.

—Claro, volveremos enseguida. Vamos.

Diana asintió y se puso en marcha, aunque tenía el presentimiento de que el paseo se iba a alargar.

Emplearon la primera hora en caminar sin rumbo fijo. Sus pies se movían solos a orillas del río, mientras sorteaban el adoquinado un poco levantado, con la mirada fija en las calmadas aguas del Guadalquivir.

Diana hablaba y Ada escuchaba con atención. No era muy dada a expresar sus emociones en

voz alta, porque siempre que se animaba a hacerlo la tachaban de exagerada o le restaban importancia o cambiaban de tema como si no les interesara en absoluto. Con Irene siempre había sido así. Pero con Ada era diferente. Ella la escuchaba sin aditivos, en silencio, permitiendo que se desahogara. Nunca la interrumpía y Diana tenía la certeza de que le podía contar cualquier cosa. Así que le relató todo lo que sentía en relación a su empleo. El modo en que sus sueños se habían truncado en pocos años, cómo el miedo a perderlo le hizo olvidar que en algún momento aspiraba a algo más.

—¿Te parece absurdo lo que estoy diciendo? —preguntó, insegura.

—No, en absoluto. Continúa, por favor.

Diana desvió la mirada hacia el río y se concedió unos instantes. Un grupo de piragüistas pasó en ese momento a toda velocidad y deseó poder sumergirse en el agua y quedarse allí dentro, mecida por la corriente submarina del río, no sabía muy bien por qué.

—En el fondo soy una cobarde porque nunca le digo nada, ¿sabes? Y ese es mi fallo —se lamentó, haciendo referencia a su jefe—. Sé que hay personas que están peor que yo y no debería quejarme, pero en comparación con mis compañeros... ¿Sabes que he llegado a trabajar en Nochebuena porque mi jefe se empeñó en entregar un proyecto al día siguiente? —recordó con amargura—. Y no es que necesite que desplieguen una alfombra roja a mi paso, porque no es eso, pero, no sé... ¿Es tanto pedir que me avise si se adelanta una reunión? ¿O que defienda mi trabajo ante unos clientes?

—No, no lo es.

—Eso creo yo también. Perdona, sé que te estoy aburriendo.

—Tú nunca me aburres, Diana —le aseguró Ada con calidez.

Diana se sonrojó, aunque estas palabras consiguieron arrancarle la primera sonrisa genuina del día.

Era la hora del almuerzo. Muchas personas comían en restaurantes y terrazas, pero no sentía hambre. Tenía todavía el estómago revuelto y estaba preocupada. Pero Ada sí estaría hambrienta. La miró de perfil, a punto de sugerirle que compraran cualquier cosa de comer. Podían hacerse con un bocadillo y sentarse a orillas del río, a los pies del puente de Triana. A Diana le encantaba sentarse allí, contemplar la cara de fascinación de los turistas, cómo sacaban los móviles para hacerse instantáneas que luego compartían con familiares y amigos. Sevilla inmortalizada una y otra vez. Sevilla eterna. Y sin embargo, no recordaba haber visto a Ada comiendo; eso le extrañó.

—¿Tienes hambre? Yo no mucha, pero podemos comprar algo, si quieres.

—No, gracias.

—Nunca te he visto comer. ¿Te alimentas a escondidas?

Ada sonrió como si le hiciera gracia esta idea.

—No, solo tengo una dieta especial.

—Ah, ya, la dieta extraterrestre —se burló Diana—. ¿Y en qué consiste? ¿En trocitos de asteroides y cometas?

Ada bajó la mirada al suelo empedrado, evitando así dar una respuesta. Habían girado a la derecha y enfilaban ahora el puente de Triana. Se apoyó en la barandilla y respiró hondo mientras el sol le acariciaba la cara.

—Es perfecto —dijo con los ojos cerrados.

Diana se acodó en la barandilla, a su lado. La miró detenidamente.

—Sí que lo es... —afirmó, fijando su vista involuntariamente en ella. Ahora más que nunca sentía que necesitaba conocer su secreto—. ¿De veras nunca vas a contármelo?

—¿El qué? —Ada abrió los ojos y la observó con cariño.

Estaba preciosa así, el cabello un poco despeinado por el viento, una sonrisa juguetona acariciando sus labios, los ojos azules muy azules y muy abiertos, como los de un niño que aguarda recibir pronto una sorpresa. En verdad era casi perfecta.

—Quién eres realmente. De dónde vienes. ¿De qué estás huyendo, Ada?

Ada extendió una mano y acarició su mejilla con exquisita ternura, como queriéndole decir «todavía no» o al menos así lo interpretó Diana en ese momento. Quedaba poco para saberlo, podía sentirlo, estaba cada vez más cerca. Con Ada era como extender la mano y estar a punto de alcanzar algo para darse cuenta en el último momento de que las yemas de los dedos tan solo lo estaban rozando.

La extraterrestre bajó entonces la mirada con timidez y sus ojos toparon con algo.

—¿Qué es esto? —preguntó con curiosidad explorando la superficie de metal de un candado. En él había escritos unos nombres y una fecha.

—¿Has leído algo de Federico Moccia?

—No.

—La verdad es que yo tampoco.

—¿Quién es?

—Un escritor. Italiano. Escribió una novela cuyos protagonistas dejaban un candado en un puente como símbolo de su amor y la idea se hizo tan famosa que ahora puedes encontrar candados así en todos los puentes del mundo. Se supone que ejemplifican el amor eterno entre dos personas. No sé. Imagino que la gente cree que, al hacerlo, su amor será para siempre y que jamás volverán a separarse o algo así. Como un candado sin llave. Es una metáfora.

Ada parecía fascinada con la idea.

—Claro. Si la llave se pierde, están obligados a permanecer juntos para siempre —razonó—. ¿Y dices que fue por una novela?

—Bueno, creo que en realidad la moda la empezó un cerrajero que quería dar a conocer su negocio. Pero la gente piensa que salió todo de una novela. Supongo es más romántico así. —Diana se encogió de hombros.

—Siempre me ha llamado la atención eso del amor. ¿Qué se siente?

—¿Nunca has estado enamorada?

—No lo creo. Para nosotros eso no es importante.

—¿Y qué lo es?

—La compatibilidad. En todos los aspectos. El equilibrio. Al final todo en la vida se basa en el equilibrio. El amor es caos, al igual que el odio. Son extremos y nuestra sociedad rechaza cualquier forma de radicalismo. Además, he leído que te puedes volver loco.

Diana se echó a reír.

—Un poco, sí.

—Pero algo tendrá si todos lo valoráis tanto. ¿Cómo es?

Diana abrió la boca para explicárselo, pero no estaba muy segura de tener la respuesta. Se había sentido enamorada un par de veces en su vida, pero ¿amor? ¿Del grande? ¿Con todas las letras? De eso ya no estaba tan segura. Y de todos modos, ¿cómo podía describir el amor? Saber pero no. Desear. Admirar. Compañerismo. Contigo. Cariño. Abrazos. Besos. Nunca. Siempre. Afecto. Paz. Certezas. Confianza. Sentirte así. Y así también... Grandes términos todos ellos, pequeños trozos de un sentimiento, pero ninguno conseguiría expresar el amor en su totalidad.

Qué extraño poder sentir algo tan grande y que para los demás solo fueran palabras.

—Creo que es como... volverse loca, tú lo has dicho. Y luciérnagas en el estómago.

—¿Luciérnagas? ¿Los insectos que se encienden?

—Sí, como si tuvieras luz dentro. Así me lo imagino yo, como millones de luciérnagas dando vueltas en tu interior, iluminándolo todo a su paso, haciéndote cosquillas con sus pequeñas alas.

Ada sonrió. Parecía agradarle la idea.

—Pues es bonito.

Diana le devolvió la sonrisa y siguieron caminando hacia ningún lado, sin rumbo fijo. Solo porque se sentía bien así.

14 | EL ARTE DE LA REPOSTERÍA

—¡Por fin! Llevo horas llamándote. ¿Dónde *coño* estás?

Victoria.

Seguramente estaba cansada de dar vueltas por su casa y no tenía planes para esa noche.

Eran las seis de la tarde y Diana y Ada seguían en la calle, sin intención de regresar pronto a casa.

—En uno de los chiringuitos del río, tomándonos una copa.

—Pues ya podías haber avisado. Llevo horas esperándote como una boba.

—¿Esperando a qué?

—¡El viaje! *Joder*, no me digas que te has olvidado...

Diana abrió los ojos con sorpresa.

El viaje... lo había olvidado por completo. Miró la pantalla de su móvil y vio diez llamadas perdidas de Victoria. Había estado tan ensimismada en su conversación con Ada que ni siquiera había escuchado el móvil.

—No, por supuesto que no lo he olvidado —mintió—. Pero no sé si voy a poder ir al final, Vic. He tenido malas noticias en el trabajo. Tengo que currar.

—¿Un viernes por la tarde?

—No solo el viernes, toda la Semana Santa.

—Diana, déjate de tonterías y ven a recogerme, que bastante trabajas ya.

—Lo digo en serio. Me han tirado por la borda la aplicación que entregué hoy.

—Bla, bla, bla. ¿Y qué? ¡Estás de vacaciones, por el amor de Dios! ¿Quién trabaja en vacaciones? Venga, dime a qué hora me recoges y nos vamos. Tengo la maleta hecha.

—Vicky, estoy hablando en serio. No puedo ir.

—Pásame a Ada.

—No.

—¿Cómo que no? Pásamela, quiero hablar con ella.

—Pero nos vamos ya, se hace tarde —le informó Diana revisando la hora y sintiendo una punzada de culpabilidad.

El día estaba siendo estupendo en compañía de Ada pero cuanto más tiempo tardara en regresar, más tendría que trabajar al día siguiente.

—Vale, tú puedes hacer lo que quieras, pero si no vamos a ir de viaje, al menos podré divertirme yo un poco con ella.

¿Divertirse con Ada? ¿Dónde? ¿Haciendo qué?

—Ada se viene a casa conmigo —replicó entonces intentando que su voz sonara firme. Ella no era de su propiedad, y sin embargo, a veces se sentía responsable de su bienestar. Las locuras de su amiga seguían provocándole escalofríos.

—Eso debería decidirlo ella, ¿no crees? Pásamela.

—Sí, tienes razón, no trato de imponerle nada, pero no seas pesada.

—Vale, pues déjalo. Si no me la quieres pasar, ya la llamo yo.

Al cabo de unos segundos, para enfado de Diana, el teléfono de Ada empezó a sonar. Quiso decirle que no contestara, persuadirla para que rechazara los planes probablemente locos o descabellados de su amiga. Pero no le dio tiempo; Ada ya estaba respondiendo la llamada.

—Claro, ¡suenan maravillosos! Por supuesto, quedamos. Si quieres recógeme en casa. Vale, hasta luego, entonces. —Colgó el teléfono y la miró—. Era Victoria, dice que tú te tienes que ir a

trabajar, pero que seguimos de paseo nosotras.

Diana se mordió el labio con nerviosismo.

—¿Y te apetece? —le preguntó esperando obtener solo una respuesta por su parte. Sin embargo, no fue la deseada:

—Claro, Victoria es una chica muy agradable. Muy espontánea, me gusta la gente así.

Diana perdió la mirada en un barco que pasaba justo enfrente de ellas. Iba cargado de turistas bebidos que gritaban a los peatones que paseaban por la orilla, mientras entonaban cánticos étlicos.

Corría un poco de viento, pero el alcohol le ayudaba a mantenerse en calor. Y sin embargo, en ese momento se sintió fría, perdida. No deseaba quedarse al margen de los planes ni estar en casa preguntándose qué estarían haciendo. No deseaba, tampoco, ser una mujer aburrida, poco espontánea, a ojos de Ada. Pero tenía que trabajar. Lo pagaría muy caro si no regresaba a casa de inmediato.

Sorbió distraídamente de la pajita de su bebida, sus pensamientos muy lejos de allí, hechos un ovillo imposible de desenmarañar. Y aquella bola informe en la boca de su estómago que imaginó gris y espinosa, le impedía respirar con normalidad, como si algo muy parecido a los celos empezara a crecer en su interior.

—¿Te parece bien? —le preguntó Ada en ese preciso momento.

—¿Por qué me iba a parecer mal?

—Pensé que quizá... —Ada titubeó unos segundos, era obvio que no sabía cómo hacer la pregunta que cosquilleaba la punta de su lengua.

Diana arqueó las cejas invitándola a seguir.

—Es una tontería —le informó Ada.

—Bueno, pero di, te escucho.

—Pensaba que a lo mejor... Victoria era tu mitad. Y que por eso no pareces feliz cuando ella está en mi compañía.

—¿Mi mitad?

—Tu pareja. Es así como lo llamáis, ¿no?

Diana abrió la boca con sorpresa. Dejó su bebida en la mesita que tenía al lado, debatiéndose entre reír o llorar.

—¿Victoria? Oh, Dios, no. Victoria es solo mi amiga. Una buena amiga. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero nunca podría llegar a gustarme.

—¿Por qué no?

—¡Porque está loca! A mí me gustan las mujeres más... pausadas. Y a ella las mujeres más alocadas. No podría funcionar.

—Comprendo. ¿Y no hay una mitad en tu vida? ¿Alguien significativo?

Diana no supo qué responder. Quería ser sincera con Ada. Contarle que la había habido. Y que estaba casi convencida de que en algún momento había llegado a sentir algo muy parecido al amor. Eso creía. Quizá. Pero un amor huracanado, de los que arrasan con todo a su paso.

Esa Irene... sonó en su cabeza al recordarla. Esa Irene por la que enloqueció. Con la que hizo planes de comprarse una casa, tener hijos, crecer e incluso encoger juntas. Esa Irene que un buen día, al abrir la puerta de casa, se la encontró sentada en el sofá sosteniendo una taza de té. Parecía calmada, pero cuando se miraron a los ojos supo que algo iba a partir su alma en dos mitades. Irene no vaciló a la hora de decirle con suma frialdad:

—Me voy. He conocido a otra, lo nuestro ya no funciona.

—¿Cómo que no funciona? ¿Desde cuándo?

—No sé, no te lo tomes a mal, pero creía que eras otro tipo de persona. ¿Tú sabes lo aburridísima que te has vuelto? *Joder*, Diana, tú no te ves, pero has cambiado mucho.

Por esa Irene ella habría bajado la Luna envuelta en un precioso lazo rojo, pero el sentimiento no era mutuo. Nunca lo fue, ahora lo sabía. Cuando aparecieron las cuevas, Irene pasó con una facilidad pasmosa de la tercera persona de plural a la primera del singular. Y amar a alguien incapaz de afrontar los problemas, centrado únicamente en sí mismo, ¿era realmente amor? Ahora no estaba tan segura de ello.

—Lo hubo, supongo. Se llamaba Irene —replicó sin ocultar el dolor que teñía su timbre de voz cada vez que pronunciaba su nombre—. Pero no nos fue bien y se acabó cansando de mí, no sé.

—Mi computadora detecta mucho dolor en Diana.

—Eso tal vez sea porque todavía escuece. Pero no por ella, sino por mí. Ni siquiera sé cómo pude estar tan ciega.

—Es parte del amor, ¿no? Además de las luciérnagas. «El amor, como ciego que es, impide a los amantes ver las divertidas tonterías que cometen» —recitó Ada, aludiendo a una conocida cita de Shakespeare.

—Pero eso no es amor, no lo creo —explicó Diana—. El amor no puede ser exigirle a tu pareja que cambie para amoldarse a ti o que se pliegue a tus deseos en todo momento. Creo que si se quiere de verdad se llegan a amar también los defectos. ¿Tú no?

—No lo sé. Nunca he sentido lo que me estás describiendo, solo he leído algunos de vuestros clásicos en mi computadora, pero entiendo lo que quieres decir. Nadie debería cambiar para gustarle a otra persona —añadió.

Diana la miró preguntándose qué más encerraban esas palabras. Pero cada vez que se interesaba por algo personal de Ada, ella se encerraba en sí misma, cambiaba de tema o se sumía en un silencio demoledor, así que no quiso intentarlo de nuevo. No obstante el mensaje quedó claro, como si Ada le estuviera agradeciendo que la apreciara tal y como era, con sus rarezas, sus delirios, con la obstinación de meter en casa todo tipo de artilugios de ferretería. Se miraron y fue como hacerlo bajo una nueva luz, llena de respeto, tal vez incluso de admiración. Se apreciaron en silencio, encontrando paz en los ojos de la otra.

—Bueno, ¿y adónde te quiere llevar Victoria? —cambió de tema Diana, un poco incómoda ante la intensidad del momento que acababan de vivir.

—A una discoteca, no sé a cuál. Dice que es de bollos, pero yo no sabía que en las discotecas servían repostería —le informó Ada con inocencia, encogiéndose de hombros mientras daba el último sorbo a su bebida.

Diana sintió que se quedaba sin aliento.

—¡De bolleras! —exclamó, aterrorizada ante la idea.

—¿Bolleras?

—Sí, de bolleras, tortilleras, como quieras llamarlo, existen muchos nombres. Pero son términos peyorativos, ten en cuenta eso si vas a usarlos.

—¿Pero no era una discoteca?

Diana se desesperó visiblemente. Suspiró con manifiesto cansancio.

—Es demasiado complicado para explicártelo ahora. Venga, vamos.

—¿Adónde?

—De viaje —aseguró con determinación—. Nos vamos todas a la playa.

—¿Y qué pasa con Victoria?

—Oh, no te preocupes. Llamará. El diablo siempre llama. Además, está deseando irse de

vacaciones, así que no te preocupes por ella.

Un par de horas después estaban las tres metidas en el coche camino del apartamento que la madre de Diana tenía en la playa.

Victoria seguía enfadada por haber tenido que esperar tantas horas. Diana, sentada al volante, apenas articulaba palabra. La tensión entre las amigas podía palpase en el ambiente. La única que parecía encantada con la excursión era Ada, quien les amenizó el viaje con múltiples exclamaciones.

«¡Qué bonita la autopista! Es más rudimentaria de lo que pensaba».

«¿Eso de ahí es una fábrica? ¿Creéis que los trabajadores tienen un salario digno?».

«¿Y qué fabrican? ¿Fabricarán misiles ahí?»

«¿Os habéis fijado en las luces del peaje? ¡Son alucinantes!».

Y así las casi dos que transcurrieron hasta que llegaron al pueblecito de Tarifa. Corría el viento cuando se bajaron del coche y se dirigieron hacia el bloque de apartamentos. Diana tuvo que luchar para apartarse el pelo de la cara y recoger su mochila del maletero. Gruñó con enfado al intentar coger a pulso la maleta de su amiga.

—¿Qué has metido dentro? ¿Un burro? —rezongó tras dejar caer la maleta.

Victoria puso los brazos en jarra.

—Si vamos a estar aquí casi una semana, tengo que estar preparada.

—¿Preparada para qué? ¿Una alarma nuclear?

Victoria no se molestó en contestar. Se dirigió a Ada. Le dijo: «Es por aquí» para indicarle el camino, pues le dio la sensación de que estaba algo desorientada. Ada contemplaba el horizonte como si nunca hubiera visto nada parecido. Los colores se difuminaban. Anaranjados y rosas indicaban que el sol empezaba a morir en brazos del mar. Pronto se retiraría para volver a nacer justo en el otro extremo del planeta.

—¿Ada? —le preguntó Victoria acercándose a ella con lentitud.

Se colocó a su lado en silencio y las dos mujeres permanecieron unos segundos admirando un mar embravecido por el viento. Hacía remolinos en la arena y encrespaba las olas provocando que rompieran con furia contra la orilla.

—Nunca me cansaré de mirarlo.

—¿El mar?

—Sí, es tan impresionante... En Lux 2 no tenemos nada parecido. Podría quedarme mil vidas lux contemplándolo.

Victoria esbozó una sonrisa. No podía calcular cuántas vidas serían mil vidas lux, pero tampoco le interesaba demasiado entrar a debatir estas rarezas de su nueva amiga. Aunque Ada estaba en lo cierto, el mar se encontraba rabiosamente precioso ese día. De un azul añil y grisáceo que luchaba por confundirse con el horizonte. Rodeó con su brazo a su amiga y la estrujó un poco contra ella:

—Si te quedas a vivir aquí, podrás contemplarlo tantas veces como quieras —le dijo—. Venga, movámonos o despertaremos a la fiera —añadió señalando a Diana, que luchaba para arrastrar el pesado equipaje hasta la entrada del edificio.

El apartamento de playa de la madre de Diana era perfecto para ellas. Tenía tres habitaciones, por lo que no hizo falta plantear el sempiterno debate de quién dormiría con quién. Cada una ocupó una alcoba y Diana se instaló en la principal. Dejó su mochila y su ordenador sobre la cómoda y se tumbó en la cama, estirando todo el cuerpo.

Se encontraba agotada. El día había sido muy largo y sintió que podría pasar sin cenar y dormir sin interrupciones hasta el día siguiente. Pero Victoria estaba hiperactiva. A pesar de su humor taciturno, a los pocos minutos de haber llegado a la casa golpeó con los nudillos la puerta demandando su atención.

—¿Nos vamos a cenar o qué? ¡Estoy muerta de hambre!

Diana se llevó las manos a la cara. Tenía que trabajar, debía hacerlo, pero no encontraba las fuerzas necesarias para frenar el huracán Victoria. «¡Ya va!», replicó con enfado. Se incorporó de mala gana y salió a la zona común del apartamento.

Su amiga ya tenía el bolso en la mano, la estaba esperando. Ada no estaba por ninguna parte.

—¿Dónde está Ada?

—En su habitación, contemplando el mar. La tiene hipnotizada.

—Será mejor que vaya a avisarla.

Diana fue hasta la alcoba que ocupaba la supuesta extraterrestre y se encontró la puerta entreabierta. Ada había dejado su bolsa de equipaje sobre la cama, se fijó en que ni siquiera la había vaciado. La vio de pie frente a la ventana, estaba abierta y una suave brisa hinchaba las cortinas de hilo y revolvió su bonita melena retirándola hacia su espalda. Era una escena preciosa, casi como contemplar a la mujer que Van Gogh había inmortalizado en un lienzo, pero Diana se sintió como el polizón que se cuela en un sitio al que no ha sido invitado.

Ada se encontraba tan absorta en su contemplación del mar que carraspeó para hacerle notar su presencia. Esto provocó que se girara y le dedicara una radiante sonrisa.

—Es precioso, ¿verdad? —afirmó sumiéndose de nuevo en las vistas.

Aquella era la alcoba mejor ubicada de la casa. Tenía una panorámica del mar que cortaba la respiración. Ahora que la noche había caído solo podían verse las estrellas recortadas contra un horizonte oscuro y la Luna estaba llena, presidiéndolas a todas ellas.

Diana se acercó lo suficiente a Ada para quedarse hombro con hombro a su lado. La contempló de reojo, preguntándose en qué estaría pensando o si alguna de aquellas estrellas que salpicaban el firmamento le recordarían a su casa, donde quiera que fuera eso.

—¿Puedes ver tu planeta desde aquí? —se interesó.

—No. —La voz de Ada se tiñó de melancolía—. Pero puedo decirte donde está. Allí, ¿ves?

Ada tomó con suavidad el brazo de Diana y lo dirigió hacia un lugar del cielo. Este simple contacto hizo que su corazón se acelerara sin motivo. Podía oler la fragancia que emanaba del pelo de Ada, de su piel, de su cuello; olía a flores salpicadas por una suave lluvia y Diana sintió deseos de retener esa fragancia para siempre en su memoria.

—¿Lo echas de menos? —le preguntó un poco temerosa de obtener una respuesta afirmativa. En el fondo de su corazón deseaba que no extrañara el lugar de donde procedía.

—No —replicó Ada negando con la cabeza y bajando la vista como si su sinceridad la abrumara—. A veces me siento extraña entre humanos, pero eso es porque sois una civilización muy joven. La galaxia tiene millones de años y aquí me siento como un torpe elefante. Pero, extrañamente, no lo echo de menos.

—Me alegro.

—¿Te alegras? —se sorprendió Ada.

Diana se ruborizó.

—Sí, quiero decir que me alegro de que no estés incómoda aquí. Que te sientas a gusto a pesar de... todo.

—Aunque mis hermanos vendrán a recogerme muy pronto. Puedo sentirlo —le informó Ada con cierta tristeza.

Su abatimiento resultó contagioso para Diana, que no pudo evitar una zozobra extraña en su interior. La miró y quiso transmitirle lo que estaba pensando: «Te echaré de menos», pero no fue capaz de articular ni una sola palabra. Le parecía que sonaría ridículo si lo intentaba. En su lugar, la apremió para que se pusieran en marcha. Victoria ya estaba protestando desde el salón por lo mucho que tardaban.

—Venga, vámonos a cenar —le dijo, tomando su brazo para apartarla de la ventana.

Ada la siguió en silencio.

Optaron por cenar en uno de los múltiples restaurantes del centro de Tarifa, en una tasquita de paredes blancas y motivos marineros en la que los camareros eran especialmente amables. Pidieron tortillas de camarones, atún encebollado y salmorejo de remolacha. Estaba todo realmente exquisito y, sin embargo, Diana no fue capaz de probar bocado. La conversación que había mantenido con Ada en la ventana le despertaba una inquietud desconocida. Se sentía triste y vacía, como si alguien hubiera tallado un hueco en el centro de su pecho o la hubiera desposeído del sentimiento de felicidad. Sus miradas se encontraron en ese momento y Diana supo que no era la única que sentía dolor ante una inminente despedida.

—¿Y a ti qué *coño* te pasa hoy? Tienes una cara de pasa que no puedes con ella —le espetó de pronto Victoria destrozando toda la magia.

La deslenguada de Victoria, como siempre, tenía el don de la oportunidad.

—¿Y tú me lo preguntas? La que no ha hablado en todo el viaje...

—Eso es porque estaba enfadada y tenía hambre —explicó Victoria—. Pero ya se me ha pasado. Venga, estamos de vacaciones, cambia esa cara. ¿No te alegras de tener unos días libres?

—Es que *no* tengo unos días libres —replicó Diana con enfado—. Ya te lo he dicho: tengo que trabajar.

—Sí, sí, lo que tú digas. ¿Y tú qué, Ada? Si esta no se apunta, ¿te vienes mañana conmigo a la playa?

—Mañana va a llover —puntualizó Diana antes de llevarse un trozo de comida a la boca.

Victoria prefirió ignorarla. Ada las miraba como si estuviera disfrutando de aquella batalla dialéctica entre las dos amigas.

—Claro que sí, podemos hacer lo que quieras —replicó Ada, siempre dispuesta.

Diana sintió que la rabia se apoderaba de ella. Una rabia absurda, adolescente incluso, muy impropia de su carácter. Pero de veras no podía soportar sentirse al margen de los planes. Maldijo a su jefe una vez más, tener que trabajar, que le hubiera arruinado las vacaciones, y se sintió hundida al imaginar cómo serían sus próximos días: Ada y Victoria planearían todo tipo de visitas, con o sin lluvia, mientras ella estaría encerrada en el apartamento picando código en su ordenador. Fascinante. Tendría que haberse quedado en Sevilla. Al menos así no sentiría tentaciones de dar por perdida la aplicación de los Duarte. ¿Qué ocurriría si lo hiciera? Si se presentara en su trabajo sin haberla terminado... ¿Qué cara pondría su jefe? ¿La despediría? ¿Le montaría una escena? Diana no quería ni imaginarlo. Prefirió centrarse en acabar su cena, que ya lucía desangelada y fría en su plato. Pidieron unos chupitos, helado y la cuenta, todas estaban un poco cansadas, y reemprendieron el camino hacia el apartamento con la esperanza de que el día siguiente les deparara un mejor humor a todas ellas.

Diana fue la que primero amaneció. Estaba todavía oscuro cuando abrió los ojos y quiso aporrear la alarma para poder dormir un par de horas más. Se levantó un poco mareada, fue a la

cocina y buscó la lata de café. No había leche ni nada comestible en la casa, así que se lo sirvió solo con dos cucharadas de azúcar para contrarrestar su sabor amargo. Permaneció atenta por si Ada ya estaba despierta, pero no pudo escuchar ningún ruido procedente de su habitación o del baño. A lo mejor por fin había conseguido dormir más de una hora diaria, pensó, encogiéndose de hombros.

Encendió su ordenador y resignada empezó a realizar los cambios que su jefe le había remitido la noche anterior a su correo electrónico. Eran tantos que sintió que se mareaba solo de revisarlos someramente. ¿Cómo iba a conseguir hacerlos en menos de una semana? Sería algo épico, como una epopeya griega, lograr algo así en tan poco tiempo.

Fundamental, Vérez. Fundamental.

A pesar de todo, se puso manos a la obra e intentó concentrarse durante las tres horas que transcurrieron hasta que se escucharon los primeros sonidos de vida en el apartamento. Procedían de la puerta y Diana frunció el ceño sin comprender. ¿Alguien había salido? ¿Quién? Ella no había escuchado nada.

Dejó el ordenador a un lado, sobre la cama, y se encaminó hacia la puerta para ver de quién se trataba. Tenía que ser Ada haciendo uno de sus trucos de magia para entrar y salir de los sitios sin disponer de llaves. No podía ser nadie más, imposible, ¿verdad?

Entonces sus ojos se abrieron de puro terror.

—¿Mamá?

—¿Diana?

Las dos mujeres se miraron anonadadas. Su madre dejó caer la maleta al suelo ruidosamente. Tom, su pareja, estaba detrás de ella. Se agachó a recogerla con la serenidad que lo caracterizaba.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo Diana.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—¡Me dijiste que la casa iba a estar libre en Semana Santa! Te dije que vendría a pasar unos días con Victoria.

Rocío, la madre de Diana, intentó hacer memoria en el transcurso de unos segundos. Después se quedó pálida, tras haber recordado aquella conversación con su hija unas semanas atrás.

—Eso te dije, ¿no? —replicó con la cara descompuesta.

—¡Sí! Eso me dijiste —masculló Diana—. Que Tom y tú preferíais pasar estos días en Sevilla para ver las procesiones de Semana Santa.

—Bueno, pues hemos cambiado de idea —afirmó Rocío, muy entera—. Al final decidimos venir y si acaso acercarnos a las de Cádiz.

Diana no podía creerlo. Miró a Tom, que se encogió de hombros, el bueno de Tom, corpulento como era, un hombretón inglés que parecía querer esconderse en una madriguera para evitar que le salpicara aquella tormenta.

Este cambio de planes la desconcertó tanto que no supo qué contestar. Pero no debía sorprenderse, la improvisación formaba parte del ADN de su madre. Rocío era una persona olvidadiza y volátil, que lo mismo tenía antojo de sol por la mañana que de nieve por la tarde. Habían mantenido la conversación sobre las vacaciones unas semanas antes, pero, conociendo a su progenitora, debería haberla llamado para recordárselo.

Diana se cruzó de brazos, molesta con este nuevo inconveniente.

—Pues a ver qué hacemos ahora —dijo.

—¿Pues qué vamos a hacer? Hay tres habitaciones. Podemos repartirlas. Victoria y tú os quedáis en las dos que sobran —sugirió Rocío con desparpajo. Estaba encantada de poder pasar unos días con su única hija.

Tom asintió vigorosamente con la cabeza, contento de atisbar una luz al final del túnel.

—Ya, el problema es que no somos dos, sino tres. Ada está aquí.

Rocío tardó un momento en comprender lo que su hija le estaba diciendo. Cuando lo hizo, su cara se iluminó por completo.

—¿Has traído a tu novia? ¿Por fin voy a conocerla? ¡Ay, hija, qué alegría! —le dijo estrujándola en un abrazo.

—No es mi novia —protestó Diana molesta, aunque no tuviera esperanza alguna de que su madre entrara en razón.

En eso era clavada a su padre: ninguno de los dos escuchaba cuando no les interesaba.

Rocío empezó a hacer planes desde ese mismo momento y Diana la contempló dando órdenes como un coronel del ejército. A Tom le pidió que metiera la maleta en la alcoba de matrimonio y a Diana le sugirió un *fantástico* reparto de habitaciones:

—Ada y tú podéis dormir en la habitación de las dos camas, ya lo resolveremos —dijo guiñándole un ojo—. Si es preciso, las juntamos. No, no me mires así, que no soy una antigua. Los jóvenes necesitáis también vuestro espacio. Y Victoria que se quede con la otra. ¡Va a ser estupendo! ¡Me hace muchísima ilusión que pasemos juntos estas vacaciones!

Era como un tren descarrilado. Diana intentó cortar su verborrea en varias ocasiones pero no fue capaz; su madre ni siquiera le prestaba atención. La vio quitarse la chaqueta, remangarse e ir a la cocina a colocar unas bolsas de comida que habían comprado en el supermercado. Observó a Tom, atareado en ayudarla a colocar todos los productos en la nevera y los armarios de la cocina. Y le pareció estar hablando para un fantasma porque no había manera de que la escuchara. Hasta que estalló por completo.

—Mamá, ¿quieres podrías escucharme un momento, por favor? —le pidió, desesperada.

Su madre y Tom dejaron de colocar víveres. Se quedaron muy quietos, con los ojos muy abiertos. Parecía que por fin la escuchaban.

—Solo... escúchame un instante, ¿vale?

—Claro que sí, hija, ¿qué crees que estaba haciendo?

Desesperante. Pero prefería no llevarle la contraria porque sabía que no iba a entrar en razón. Siguió hablando:

—Ada no es mi novia, así que no vamos a dormir en la habitación de dos camas ni a juntarlas ni nada parecido. Nos iremos a Sevilla y os dejaremos la casa para vosotros, ¿de acuerdo?

Rocío quiso objetar algo, pero en ese momento apareció Victoria en la cocina. Estaba muy despeinada. El flequillo se le disparaba hacia arriba y tenía los ojos medio cerrados. Se los frotó con una mano y los miró como si acabaran de perder el juicio.

—¿Qué está pasando? —dijo en medio de un bostezo—. Hola, señora M. —Así la llamaba siempre Victoria, por la letra de su apellido—. Cuánto tiempo sin vernos.

—Lo mismo digo, cariño. —Rocío se acercó a la joven para saludarla con dos sonoros besos—. Aquí estamos, discutiendo con la botarate de tu amiga.

—Mi madre no recordaba que íbamos a venir a la playa —le informó Diana—, y le estoy diciendo que volvemos a Sevilla para dejarles el apartamento libre.

—Yo ya le he dicho que nosotros estamos encantados de teneros aquí, que no hace falta. Hay sitio para todos —puntualizó Rocío con un brillo de esperanza en sus ojos.

—Sí, Di, hay sitio para todos. ¿Por qué quieres irte? —dijo Victoria.

—Porque... —Diana se detuvo un momento. Realmente no tenía ningún motivo para irse y al mismo tiempo tenía todos los del mundo. Se le hacía cuesta arriba imaginar sus vacaciones con su madre revoloteando a su alrededor e insistiendo en conocer a su “novia”. Porque estaba segura

de que Rocío no cejaría y Diana no quería poner en un aprieto a Ada ni tampoco sentirse molesta a todas horas. Además, tenía que trabajar. ¿Es que nadie podía entenderlo?—. Porque tengo que trabajar. Ya lo sabes.

—Pero eso puedes hacerlo aquí o en Sevilla —repuso Victoria.

—Aquí no voy a poder concentrarme con tanta gente.

—Podéis quedarros unos días y luego irros a Seville —propuso Tom.

Era la primera vez que hablaba, con su afectado acento inglés y sus manifiestos problemas para que las erres rodaran en su paladar.

Las tres mujeres lo miraron como si acabaran de reparar en su presencia.

—Tom tiene razón. Podéis quedaros un par de días y luego os volvéis.

Justo cuando se estaba preguntando dónde estaría Ada, la puerta de la entrada se abrió y ella apareció en la cocina con su cara risueña, aunque un poco desconcertada por las nuevas incorporaciones de humanos en el apartamento.

—Hola —saludó con timidez y las mejillas un poco arrojadas.

—Mamá, Tom, esta es Ada. Ada, esta es mi madre y su pareja. Tom es inglés.

—Oh, encantada. Mi computadora me señalaba que Tom era... —Diana negó vigorosamente con la cabeza. No quería por nada del mundo que Ada hiciera alusiones a su cajita metálica, su procedencia ni nada que tuviera que ver con su ficticia vida en Lux 2. Por fortuna, Ada pareció comprender sus gestos desesperados porque dejó la frase a medias y a continuación dijo—: *Nice to meet you Tom!*

—¡Oh! ¡Una políglota! —afirmó Rocío con entusiasmo, abrazando a Ada—. ¡Qué maravilla! Encantada de conocerte, cariño, y bienvenida a la familia.

Victoria reprimió una carcajada y se ganó un codazo de Diana.

—Estaba deseando conocerte, Ada —siguió diciendo Rocío—. Y qué nombre tan bonito. ¿Es francés?

—No, de Lux.

—¡Luxemburgués! ¡Qué adorable! Bueno, pues es un placer conocerte por fin. Me han hablado maravillas sobre ti. Te dedicas al montaje de antenas, ¿no?

Parecía claro que sus padres habían hablado tras la cena en casa del señor Vérez.

—Sí, eso creo.

—Fabuloso. Una antenista políglota. ¿Qué te parece, Tom?

Tom les dedicó su mejor sonrisa y Diana admiró la infinita paciencia del inglés para sobrellevar las extravagancias de su madre. Ya iba siendo hora de que cortara aquella demencia de raíz.

—Bueno, nosotras nos vamos a desayunar algo —dijo—. *Fuera* —puntualizó al ver la perversa mirada de Victoria—. Acomodaos y luego nos vemos, ¿vale? Sacaré mis cosas de vuestra habitación y ya veremos cómo nos distribuimos después.

—Vale, cariño. Pasadlo bien. En la cafetería de abajo sirven unos cruasanes riquísimos —sugirió Rocío.

Sí, riquísimos...

Tendría suerte si conseguía probar bocado, pensó Diana con amargura. ¿En qué momento se había metido en aquel lío? ¿Por qué? ¿Por qué no se había quedado en Sevilla?

¡Una políglota!

Fundamental, Vérez. Fundamental.

16 | PERO... ¿Y TODO LO DEMÁS?

Diana trató de controlar la situación con todo su ahínco. Pero era muy difícil hacerlo sin contar con la colaboración de Victoria o incluso de Ada. Las dos parecían dispuestas a pasar las próximas horas en compañía de su madre y el novio de esta, por lo que acabó cediendo a los chantajes emocionales y a sus miradas de cordero degollado. Era un motín en toda regla.

«¿Qué te importa? Si nunca estás con tu madre. No te va a matar pasar unas horas con ella», opinó Victoria mientras escupía una cáscara de pipa.

Acababan de aparcar el coche y estaban dirigiéndose hacia el centro de Cádiz para ver una de las procesiones que salían ese día. Diana la miró de reojo con fastidio. No la iba a matar pasar unas horas con su madre, eso era cierto, pero acabaría sufriendo un ataque de ansiedad por culpa de la indeseada compañía. Miró por encima de su hombro y las vio hablando con entusiasmo. ¿Qué se estarían diciendo? Y peor aún: ¿Qué le estaría contando Ada?

Rocío la había monopolizado por completo. Tenía a Ada enganchada del brazo. «Vosotras adelantaos, quiero pasar un poco de tiempo con Ada, para conocernos», dijo su madre tan pronto se bajaron del coche. Diana intentó oponerse, pero Victoria tiró de ella y le sugirió que se relajara. ¿Pero cómo? La situación distaba mucho de ser relajante. Las calles estaban atestadas de gente, mareas enteras de personas formando una fila, como un batallón de hormigas que se dirigieran hacia los puntos por donde transcurrían las procesiones de ese día; su madre estaba charlando con una mujer que decía ser una extraterrestre y a la cual consideraba su novia; no había podido sentarse a trabajar desde la hora del desayuno; Victoria se empeñaba en considerarlo todo hilarante y, por si esto fuera poco, ahora Ada y Rocío parecían estar intimando. ¿Qué tenía de relajante? La única buena noticia era que habían conseguido aparcar el coche casi a la primera y, eso, en días de procesión de Semana Santa, sí que era un milagro.

—Relájateee...

—No estoy haciendo nada, ¿estoy haciendo algo? —protestó Diana.

Victoria mordió la punta de una pipa y escupió otra cáscara.

—Estás mirándolas todo el rato. Déjalas. Ada sabe cómo comportarse. Ha cambiado mucho.

Era cierto que Ada ya no parecía la misma. Cada vez hacía menos alusiones a su supuesto origen extraterrestre y la notaba más adaptada, con menos rarezas, como si de veras se estuviera acostumbrando a la vida humana (supuso que esta era la palabra). Pero nada de esto le aseguraba que la tarde fuera a transcurrir sin sorpresas de última hora. Cualquier detalle, por nimio que fuera, podía echar por la borda el impecable comportamiento de Ada. Bastaba un pequeño detonante para que todo saltara por los aires. ¿Qué haría su madre entonces? A lo mejor se reiría y pensaría que se trataba una broma. Rocío podía ser así, despreocupada, muy al contrario de su padre, si bien ninguno de los dos tenía un pelo de tonto. Si Ada insistía en decirle que procedía de otro planeta, tarde o temprano acabaría preocupándose, ¿no? ¿Y luego qué?

Diana casi pudo imaginar la conversación entre sus progenitores:

—Arturo, ¿no has notado nada raro en la nueva novia de Ada?

—No, querida, ¿por qué? —Su padre siempre se dirigía a su madre como “querida”. Diana a veces se preguntaba qué opinaba Rosa acerca de esto. O incluso Tom, el bueno de Tom, aunque a ninguno de los dos parecía importarles.

—Bueno, es que la muchacha asegura que es de otro planeta.

—¿De otro planeta? ¿Qué planeta?

Su madre pondría los ojos en blanco en este momento.

—¿Qué importancia tiene eso, Arturo?

—No sé, eres tú quien ha dicho que es de otro planeta. Simplemente me preguntaba cuál era.

—No, es ella quien se lo cree. Parece bastante convencida de ello.

En este punto haría acto de presencia el doctor Vérez, que por fin comprendería lo que su exmujer estaba intentando decirle. Se imaginó sus cejas, más espesas que nunca, gordas como la cola de un gato cuando se asusta.

—¿Dónde estáis? Quiero echarle un vistazo.

Maletín, llaves, coche. A su padre le faltaría tiempo para presentarse en donde estuvieran. Conociéndolo, sería capaz de interrumpir una procesión solo para psicoanalizar a Ada cuanto antes.

Dios santo... era el fin. El Apocalipsis. El final de todo.

—*Joder*, te oigo pensar desde aquí. ¿Quieres hacer el favor de calmarte? —la regañó Victoria dedicándole una severa mirada que le hizo detener su incendiada imaginación—. No va a pasar nada. Tu madre está en la parra, ya lo sabes, ni siquiera se va a enterar.

—Eso espero. Lo peor que puede pasar es que se lo cuente a mi padre.

—No va a ocurrir. Relájateee.

—Pero...

—¡Relájate, *coño*! Me tienes estresadísima con lo de Ada —estalló Victoria—. Venga, vamos a acercarnos un poco más. Quiero verla de cerca.

Se escurrieron a codazos entre el tumulto de gente apostada en primera fila para ver la procesión. Diana pensó que les gritarían o llegarían a las manos porque Victoria prácticamente los estaba empujando para que las dejaran pasar. Pero la técnica de su amiga parecía estar funcionando. «¡Discapacitada! ¡Dejen paso, dejen paso! Oiga, no se ponga así, mi amiga es una discapacitada mental y no puede ver las procesiones desde allí. ¿Es que no tiene corazón? ¿Quiere que llame a la policía?». La gente reaccionaba de inmediato. Se apartaban por compasión, civismo o tal vez por miedo a una represalia de las fuerzas del orden. Diana seguía a Victoria por pura inercia, exhausta, no le quedaban fuerzas para protestar por el *show* que estaba montando. Se giró para comprobar que los demás las seguían de cerca y suspiró con alivio cuando vio que estaban justo detrás. A los pocos minutos ya se encontraban en primera fila, preparados para ver la procesión.

—Ya sabes que no soy muy creyente, pero me encanta, no puedo evitarlo —afirmó Victoria con emoción.

Francamente, a Diana le daban igual las procesiones de Semana Santa. Solía huir de ellas como alma que lleva el diablo. Se sentía incómoda entre tanta gente y, aunque apreciaba el valor cultural y artístico de las mismas, le traía sin cuidado ver las figuras de las vírgenes, los cristos, los nazarenos, el olor a cirio o a los devotos peleándose por tocar los pasos. Lo que ella quería era irse a casa. A *su* casa. Y olvidar cuanto antes todo aquello.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad, Ada? —dijo entonces Rocío y las alarmas de Diana se dispararon—. ¿Has visto alguna vez las procesiones de Semana Santa?

—No, pero había oído hablar de ellas en mi clase de Historia Terráquea —replicó Ada.

Diana deseó poder desintegrarse en ese preciso momento.

—¿Historia... terráquea? Nunca había oído hablar de esa asignatura.

—Es que es del plan nuevo —intercedió entonces Diana, al rescate—. De la LOMCEDE. Ya sabes cómo son los planes educativos, que siempre van cambiando.

—Ay, sí que es verdad, son un verdadero desastre, una ya no sabe qué estudian nuestros jóvenes. ¿Y de qué año es ese plan?

—Uf, muy antiguo, además solo se aplicó en ciertas comunidades, ya sabes.

—¿En qué comunidad? ¿De dónde eres, Ada?

—Mamá, no la atosigues con preguntas personales, anda.

Rocío asintió con reservas. Abrió la boca para seguir haciendo preguntas, el tema realmente le interesaba, pues había trabajado en el sector de la Educación muchos años y jamás había oído hablar de asignatura semejante o de un plan educativo que se denominara así, pero en ese momento Victoria pareció apiadarse de ellas e interrumpió la conversación:

—¡Mirad! ¡Ya vienen! —comentó señalando con el dedo el extremo de la calle, una esquina por la que ya asomaba el palio con una bonita Virgen con un imponente manto dorado que caía dramáticamente por la parte frontal.

Ada comenzó a aplaudir con entusiasmo. Se acercó a Diana y le susurró al oído:

—Es una Virginia, ¿no?

—Una Virgen.

—Eso, me he equivocado.

Ay... ¿cómo iban a salir de aquel aprieto sin que nadie sospechara? ¿Cómo le iba a explicar a su madre que Ada estudiaba Historia Terráquea y que a las Vírgenes las llamaba Virginias?

Tom empuñó su cámara de fotos y empezó a disparar el objetivo. El inglés era un verdadero fanático de la Semana Santa andaluza. Si estaban allí en gran medida se debía a él. Diana sabía que en los próximos días arrastraría a su madre para ver varias procesiones, pero cuando eso ocurriera ella quería estar muy lejos. O cerca. A 120,9 kilómetros de distancia, la que la separaba exactamente de su casa. Con eso le bastaba.

—Entonces, ¿estamos aquí para adorar a la Virgen? —preguntó Ada, siempre curiosa por averiguar los detalles—. Porque si es así, puedo arrodillarme. ¿No es eso lo que hacéis?

Diana se cercioró de que nadie más las estaba escuchando. Su madre estaba centrada en la procesión y Tom en tomar sus fotografías. La única que podía oírlas era Victoria.

—No hace falta que te arrodilles. La mayoría solo viene para ver el espectáculo.

—Como nosotras —afirmó Victoria—. Oye, ¿es que no hay ningún dios en tu planeta? ¿Un monstruo verde con cuatro orejas y antenas al que le recéis?

Ada negó con la cabeza y esbozó una sonrisa compasiva, como si estuviera pensando: «Estos humanos... qué cosas tienen».

—Esas deidades actualmente solo están presentes en planetas de categoría B. Nosotros hace mucho tiempo que encontramos el origen del universo.

—¿Ah, sí? ¿Y no podías contárnoslo? —se interesó Victoria, que acababa de pensar en la cantidad de dinero que podría hacer con esa información; de ser cierta, claro.

—¿Arreglaría algo si lo hiciera? —Ada negó de nuevo con la cabeza—. Los humanos todavía no estáis preparados para saberlo. Sería peligroso.

—Sí, bueno, ahí viene el paso. Será mejor que estemos atentas —cambió de tema Diana, cansada de escuchar repetitivas ideas descabelladas.

En ese momento la Virgen pasó con lentitud cerca de ellos. El silencio se volvió sepulcral en ese momento, dejando una congoja sutil a su paso, los asistentes muy callados, en señal de respeto. Pero Ada siguió aplaudiendo con entusiasmo, y algunas personas la miraban, sorprendidas, como si pensarán que ella era la discapacitada mental a la que antes se había referido Victoria.

—No tienes por qué aplaudir —le indicó Diana en voz baja.

—¿No? Pero quiero hacerlo bien, quiero encajar y vivirlo como una humana.

—Pero nadie está aplaudiendo ahora. Solo están mirando.

—¿Crees que debería cantar?

—¡No! Solo... escucha. Con escuchar, basta.

El palio estaba tan cerca que muchas personas estiraban las manos por si así conseguían rozarlo. Otras directamente se acercaban a él con la esperanza de que les traería suerte si tocaban el manto de la Virgen. La procesión se detuvo para que los costaleros que transportaban la imagen pudieran descansar unos instantes.

—¿Por qué se paran? —quiso saber Ada.

—Para que las personas que van debajo cargando puedan descansar.

—¿Hay gente debajo? —se escandalizó.

—¡Qué va! La Virgen vuela, ¿eso no lo sabías? —se burló Victoria con sorna. Diana la reprendió con la mirada. No le gustaba cuando alguien se metía con Ada.

Decidió explicarle cómo se organizaba la Semana Santa, de una manera breve, para que Ada lo entendiera.

—¿Ves a ese señor de ahí? Es el llamador. Ahora va a tocar esa campana para que los costaleros sepan que se tienen que poner de nuevo en marcha. Entonces cargarán sobre sus hombros a la Virgen y seguirán caminando.

Ada asintió, expectante. Diana podía sentir su emoción a flor de piel como si estuviera anonadada por el colorido de la Semana Santa. El silencio, las flores, el calor de la gente, el brillo dorado del paso. En ese momento el llamador hizo sonar la campana y a continuación gritó:

—¡Al cielo con ella! ¡Alea Jacta Est!

—¿Y eso solo lo hace él?

—¡Qué va! Lo puede hacer cualquiera. Es voluntario —bromeó Victoria creyendo que Ada comprendería el sarcasmo.

Pero no fue así.

Y ocurrió lo impredecible. Sucedió tan rápido y de forma tan repentina que Diana no tuvo ocasión de detenerla. Cuando se dio cuenta, Ada ya estaba pegada al paso, hombro con hombro con el llamador. Tomó entre sus manos el llamador con el que hacía sonar la campana. Le dio un golpe entusiasta y gritó con todas sus fuerzas: «¡AL CIELO CON ELLA!».

La gente, simplemente, enmudeció.

La única que se estaba riendo era Victoria pero dio resultado, pues contagió a varias personas que estaban a su alrededor, que también se rieron durante unos segundos, complacidos por la comicidad de la escena. Pero otros empezaron a abuchear, ofendidos, consideraban una falta de respeto lo que había hecho Ada.

—¿Es que nadie tiene ya respeto por una discapacitada mental? —vociferó Victoria—. ¡Un poco de calma!

—¿Qué está haciendo? —dijo Rocío, anonadada.

—Tocado la campana —apuntó Tom con su español rudimentario.

—¿Es una discapacitada mental? ¿De veras? No lo había notado.

—No, señora M., es solo que a Ada le entusiasma la Semana Santa y no ha podido controlarse —comentó Victoria llena de ironía.

Diana casi perfora a su amiga con la mirada:

—Tú no la lées más. ¿Se puede saber por qué le has dicho que era voluntario?

—¿El qué, hija? ¿Qué ha hecho Victoria?

—Nada, señora M. Solo le estaba explicando la Semana Santa a Ada.

Diana prefirió no seguir escuchando ni una sola palabra. Estaba realmente enfadada y salió

corriendo en busca de Ada. La agarró de la mano y la sacó del tumulto que se estaba formando a su alrededor. Los nazarenos le pedían explicaciones y el cofrade no sabía cómo actuar, nunca se había enfrentado a algo así.

—He hecho algo mal, ¿verdad? —le dijo Ada cuando ya habían salido de la columna de personas que se hacinaban para ver el paso. Parecía triste.

—No, tú no has hecho nada malo. Es todo culpa de Victoria. Cuando la vea, la voy a matar.

—Oh, no, por favor, no mates a Victoria. Me cae bien.

—¡Es un decir, Ada! Por supuesto que no la voy a matar. ¡Pero contrataré a alguien para que lo haga! Vamos.

Diana tiró de Ada para obligarla a andar. Estiró la cabeza para ver si veía a su familia, pero había tanta gente que no fue capaz de localizarlos. Intentó llamarles por teléfono, a su madre primero, a la descerebrada de Victoria después, pero tampoco tuvo suerte. El tumulto les impedía oír sus teléfonos.

—No contestan —se lamentó.

—Bueno, no pasa nada. Vayamos a dar un paseo. No conozco esta ciudad y parece muy agradable —sugirió Ada con su positivismo característico.

En ese preciso momento Diana fue consciente de que seguían cogidas de la mano. Sus dedos estaban entrelazados y una sensación extraña se apoderó de su estómago, como luciérnagas encendiéndose y agitando sus juguetonas alas a su paso.

Oh, no...

Sabía lo que significaba eso, pero no debía creerlo. No quería creerlo.

Ada la miró con extrañeza al advertir su súbito cambio de expresión.

—¿Estás bien? Te has puesto muy pálida —le preguntó, preocupada.

—Sí, eso creo. Solo... me ha dado un golpe de calor. Salgamos de aquí, anda. Vayamos a tomar algo fresco.

Se alejaron así del lugar más multitudinario y optaron por recorrer calles menos transitadas. La ciudad seguía estando llena, pero cuanto más se alejaban del centro y en especial de la Carrera Oficial, mejor podía respirar Diana.

Poco a poco fue retomando el control. Se había asustado levemente al sentir aquellas cosquillas por estar en contacto con Ada. Era una verdadera locura. ¿Qué sabía de ella? Apenas nada. Cuanto conocía era, sin lugar a dudas, mentiras, invenciones, quimeras formadas por la mente de Ada. Y sin embargo, con ella se sentía más cómoda de lo que nunca lo había estado. Ada le despertaba ternura, fascinación, incluso admiración. Pero estaba loca. ¡Loca! ¿O no?

—¿Te encuentras un poco mejor?

Diana la miró y agradeció que su voz la hubiera bajado de la noria en la que giraban sus pensamientos.

—Sí, gracias. Nunca me han gustado las multitudes, por eso no voy a la Semana Santa.

—Siento haber hecho algo inconveniente... —se lamentó Ada. Parecía muy afectada.

—Tú no has hecho nada, ya te lo he dicho. Victoria no debería haberte dicho que podías tocar la campana. ¿Te parece si tomamos algo ahí? —sugirió, señalando la terraza de una cafetería. Había un par de mesas libres—. Estoy sedienta.

Ada pidió un zumo de naranja y Diana un agua bien fresca. Estaban perdidas en algún lugar de Cádiz, pero no tenía ganas de revisar su teléfono para ver si los demás se habían puesto en contacto. Por primera vez desde que habían llegado, Diana se sentía en paz, tranquila, sin miedos, y deseaba dilatar ese momento todo lo que pudiera.

—Cuéntame algo más sobre ti —le pidió a Ada.

—Claro. ¿Qué te gustaría saber?

—Recuerdo que un día me hablaste de tu mitad. ¿Seguís juntos? ¿Vino él contigo de misión a la Tierra?

—No. —Ada bajó la mirada—. Nunca hemos estado juntos.

—¿Por qué no? ¿El Consejo Interestelar no os lo permitía? —se burló Diana.

Ada sonrió, a pesar de la burla.

—No. Falleció. En un accidente.

—Vaya, lo siento. Soy una verdadera bocazas. No debería haberme burlado —se disculpó Diana, al tiempo que se preguntaba si esa sería la verdadera historia de Ada. La muerte de su marido o de un amante o de alguien significativo para ella. Un episodio traumático que había desembocado en graves delirios como los que contaba totalmente impasible.

Ada aceptó su disculpa sin ningún rastro de melancolía.

—Es igual —dijo, haciendo un aspaviento con la mano—. Fue hace mucho tiempo y, de todos modos, no llegamos a conocernos. Yo sabía quién era y él quién era yo, pero no tuvimos tiempo de unirnos.

—¿Y no hay nadie más? ¿Otra persona que pueda ser tu mitad?

Ada negó con la cabeza.

—Solo hay una mitad. Para siempre. Por eso se denomina así.

Su respuesta tiñó de melancolía el corazón de Diana, que súbitamente sintió un hondo vacío al pensar en ese futuro solitario que le deparaba a Ada. El concepto tenía su parte romántica. Una mitad. Una, para siempre, nadie más. Contrastaba de lleno con el mundo que Diana conocía, el de las citas por Internet, las personas haciendo y deshaciendo hogares, monógamos en serie jurándose amor eterno para meses después olvidar por completo lo prometido. Le resultó triste e incluso sintió un pellizco de envidia por ese mundo imaginario que habitaba en el interior de Ada. Eso era lo que ella anhelaba. Una mitad. Una, para siempre. Alguien con quien compartir su vida de una manera plena y entregada. Y qué difícil era encontrarlo...

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo a Ada.

—Ya sabes que sí.

—¿Solo hay mitades heterosexuales en tu planeta? Ya sabes, de hombre y mujer. ¿No existe nada más?

Ada sonrió. Y volvió a poner esa mueca que hacía siempre que un pensamiento de Diana le parecía divertido. «Humanos...» estaría pensando.

—¿Acaso la compatibilidad tiene que ver con el género? —preguntó Ada.

—No, supongo que no.

—Plantéatelo de este modo: si una lámpara puede encenderse con diferentes tipos de bombilla, ¿usarías siempre la misma?

Diana negó con la cabeza.

—Pues ya tienes la respuesta.

Ya, *¿pero qué hay de la atracción? ¿Del deseo?*, quiso preguntarle en ese preciso momento. Pero antes de seguir interrogando a Ada, ya conocía la respuesta que le daría: «No son cosas importantes. No en Lux 2. La compatibilidad lo es todo, rechazamos los extremos». Y por eso prefirió omitirlo, aunque la respuesta desbaratará por completo el concepto romántico que previamente tenía del planeta imaginario de Ada. Una vida sin deseo, sin romance, sin sentimientos. Gris. Planificada desde el primer llanto de bebé. La crónica de una existencia previamente programada. Imaginárselo le pareció atroz, le hizo sentir triste y vacía...

Miró a Ada con cierta melancolía, no sabía muy bien por qué, y le pareció ver un brillo nuevo

en sus magnéticos ojos azules, como si por una vez no la estuviera observando desde una atalaya de superioridad, sino como a una igual. Se había operado un cambio en ella pero Diana no supo atribuir a qué se debía y la profunda mirada de Ada conseguía incomodarla de tal modo que acabó removiéndose en su silla.

—Será mejor que llame a los demás. No vaya a ser que se olviden de nosotras —sugirió.

Ada asintió con tal serenidad que Diana sintió ganas de zarandearla para comprobar que estaba viva. La compatibilidad estaba bien, pero ¿y todo lo demás?

17 | INTUICIÓN

—Es un verdadero encanto.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que querías decirme?

—Pues sí. Ya está.

Diana respiró con alivio. Por un momento, cuando su madre la había llevado a un aparte, después de la cena, le dio la sensación de que iba a hablarle del extraño comportamiento de Ada o de la conversación que habían mantenido antes del incidente de la procesión. Pero Rocío solo tenía buenas palabras para Ada, se le llenaba la boca de halagos.

—Y sabe mucho sobre la galaxia. Debería dedicarse a algo relacionado con el tema —añadió Rocío con una sonrisa—. Me gusta mucho para ti, cariño, solo quería decírtelo.

—Pero, mamá, Ada no es mi...

—...tu novia, ya, ya sé —la interrumpió Rocío—. Pero si lo fuera o si algún día quisieras contarme que lo es, quiero que sepas que me gusta mucho. Creo que hacéis una pareja maravillosa.

Diana miró subrepticamente a Ada, sentada al lado de Victoria. Esa noche estaban cansados y habían decidido preparar una cena en el apartamento. Sus ojos se encontraron por un momento, pero Diana los separó de inmediato. Seguía un poco desconcertada por la conversación que habían mantenido previamente en la cafetería y ahora no sabía cómo tratar a Ada. Y las luciérnagas...

—Bien, te lo agradezco, mamá. Será algo que tenga en cuenta si algún día estamos juntas —replicó con cierta melancolía.

Por fortuna, al día siguiente regresarían a Sevilla. Ya lo habían hablado. Victoria por fin había entrado en razón. Diana tenía que trabajar y no podía perder más tiempo con familiares o procesiones; sabía que allí, con tanta gente, nunca conseguiría concentrarse.

Rocío y ella regresaron a la mesa para tomar los postres. Tom había comprado una rica tarta de queso que les supo a gloria después de estar todo el día de pie, paseando. Recogieron la mesa y dejaron el comedor limpio.

Diana temía que Victoria les sugiriera aprovechar el resto de la noche. Ir de copas o salir a tomar algo. No podía apetecerle menos y al día siguiente debían madrugar para regresar a Sevilla. Pero cuando la vio bostezando supo que estaban salvadas. Incluso Victoria parecía afectada por la caminata que se habían dado.

—Es una pena que os vayáis mañana —dijo Rocío apesadumbrada cuando llegó la hora de retirarse a las alcobas—. Te veo tan poco, hija...

Diana recibió una carantoña de su madre con los ojos cerrados.

—No te preocupes, ya me ocupo yo de que te haga alguna visita —afirmó Victoria, antes de darle dos besos a Rocío en sendas mejillas. Se estaban despidiendo por si no había tiempo por la mañana.

La madre de Diana tomó entonces a Ada de las manos, le dio dos besos y se inclinó para susurrarle algo que solo ella pudo escuchar.

—Tenlo en cuenta, ¿vale, guapa? —dijo entonces.

Ada sonrió y asintió con la cabeza, y Diana se preguntó qué sería lo que su madre le había dicho para que reaccionara de esta manera. Cualquier barbaridad. O cualquier tontería. Rocío podía ser así de impredecible.

Cuando por fin se quedaron a solas, las tres tomaron asiento en el sofá del salón. Victoria

encendió la tele y bostezó; durante unos segundos ninguna articuló palabra, vencidas como estaban.

Como era habitual, en la televisión no había nada interesante y Victoria fue la primera en levantarse.

—Bueno, creo que me voy ya a la cama. Estoy hecha polvo.

—Un momento —dijo Diana—. ¿A qué cama?

—A la mía, claro. ¿Dónde quieres que duerma?

Ah, no... eso significaba que ella dormiría con Ada. Había dos habitaciones para tres y Diana se había quedado sin la suya. Pero no deseaba compartir habitación con Ada ahora que las luciérnagas habían aparecido. Y, al mismo tiempo, tampoco deseaba que Victoria durmiera con ella porque nunca podía fiarse de la impulsividad de su amiga.

—Pues no sé, ¿en el salón? —sugirió Diana esperanzada. Esa podía ser una buena solución. Ada y ella ocuparían las habitaciones y Victoria el sofá. Era perfecto.

—Ni lo sueñes.

—¿Cómo que no? ¿Entonces dónde quieres que durmamos nosotras?

—Pues no lo sé. Tú puedes dormir donde quieras, pero yo me voy a mi habitación. Buenas noches —replicó Victoria sin darle opción a respuesta. Les dijo adiós con la mano y se esfumó por el pasillo.

Diana y Ada se quedaron entonces a solas, en silencio, con el *run run* de la tele de fondo. Resultaba incómodo, pero Diana no sabía qué decir. Tendría que ser ella quien durmiera en el sofá y, sin embargo, la idea le resultaba horrible. No pegaría ojo en toda la noche.

—Puedes dormir conmigo, si quieres. En mi habitación hay dos camas —sugirió entonces Ada.

—¿No te importa?

—No. ¿Por qué iba a importarme?

Claro que no le importaba. Ella no podía sentir luciérnagas u hormigas o bichitos recorriendo su estómago. Ada no sentía nada y punto. Pero Diana sí, y la idea de estar en una habitación a oscuras con ella no le resultaba demasiado llamativa. Aunque en el sofá tampoco podría descansar. En realidad, ¿qué más daba? Ada no dormía demasiado. Con un poco de suerte, a lo mejor prefería quedarse un rato viendo la televisión.

Se incorporó, resignada.

—Si no te importa, creo que prefiero dormir en una cama.

—De acuerdo. ¿Vamos? —dijo Ada para su sorpresa.

Después de todo, sí que iban a irse a dormir al mismo tiempo.

Diana cogió su pijama de la mochila y se encerró en el baño para cambiarse. Hizo ejercicios de respiración frente al espejo. Necesitaba calmarse un poco, ser lógica, darse cuenta de su atracción hacia Ada no tenía ningún sentido. Se echó un poco de agua en la cara, se cepilló el pelo y los dientes y salió del cuarto de baño sintiéndose mejor, lista para dormir, aunque fuera a escasos metros de ella.

Ada ya estaba metida en la cama cuando abrió la puerta. «Con permiso...», dijo Diana, entrando. Ada le dedicó una sonrisa.

—¿Tienes sueño? —le preguntó mientras se metía en la cama.

—Un poco.

—Yo también. Si te parece, apago la luz.

—Claro.

La habitación se quedó a oscuras un instante después. Diana podía escuchar perfectamente la

respiración de Ada. Las camas estaban tan cerca que le pareció poder sentir el calor emanando de su cuerpo y el alcance de sus movimientos cuando colocaba bien la almohada o estiraba las piernas bajo las sábanas. Suggerentes imágenes empezaron a copar la mente de Diana, y por más que cerraba los ojos era incapaz de conciliar el sueño.

La cercanía de Ada le resultaba tan rotunda que no sabía cómo relajarse. Le pareció que podía sentirla en cada escondrijo de su cuerpo. En su piel, sus párpados, su pecho. En la roja sangre que corría por sus venas, el aire que hinchaba sus pulmones, el desenfrenado latir de su corazón.

Ada estaba demasiado cerca y al mismo tiempo dolorosamente lejos.

—¿Diana?

Se sobresaltó un poco al escuchar su voz en la oscuridad reinante. Contuvo la respiración involuntariamente.

—¿Qué? —replicó.

—No quiero irme...

—Ya, yo tampoco quiero que te vayas, Ada.

Un silencio denso como una niebla invisible se interpuso entonces entre ellas. Diana quiso decirle «quédate, no te vayas, creo que te necesito. Miento. No solo lo creo, es que lo sé: te necesito», pero las palabras tropezaron con su miedo, con su cobardía, y se sintió incapaz de abrirle su corazón.

—Buenas noches, Diana.

—Buenas noches, Ada. Que descanses.

A los pocos minutos ambas se habían quedado dormidas.

Llamémosle intuición femenina. O intuición a secas. Victoria no era una persona demasiado observadora, pues a menudo estaba tan centrada en sí misma que no reparaba en los demás. Pero si conocía bien a alguien, esa era a su amiga Diana. A veces pensaba que la conocía más que a algunas de sus parejas, aunque esto podía sorprenderle. A fin de cuentas, las conquistas de Victoria entraban y salían de su cama con la rapidez del amanecer y el crepúsculo. Con Diana, en cambio, tenía una larga historia. Se conocían desde que le alcanzaba la memoria, cuando ninguna de ellas sobrepasaba el metro de altura y sus madres se empeñaban en peinarlas con dos coletas.

Eso tenía, necesariamente, que aportarle cierto conocimiento de su persona. Y Victoria estaba convencida de que allí estaba ocurriendo algo. Lo notaba, en todo y en nada, en los pequeños detalles que a un espectador ajeno le hubiesen pasado inadvertidos. Eran sus movimientos, su manera de hablar, el nerviosismo, el modo en el que cambiaba de tema constantemente, su mirada errática y sus gestos eléctricos, demasiado rápidos para alguien comedido y centrado como Diana.

Allí estaba ocurriendo algo, lo tenía claro. Desconocía, no obstante, el motivo y no estaba dispuesta a cejar hasta descubrirlo.

—A ti te pasa algo —le dijo a las bravas. No se andaba nunca por las ramas Victoria.

Diana la miró de reojo. Estaba conduciendo. Ya quedaba poco para que llegaran a Sevilla. Ada iba detrás, distraída, más pendiente del paisaje que de su conversación.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Te pasa algo. Vamos, cuéntamelo, no te lo quedes dentro.

—No me pasa nada, ¿qué te hace pensar que me pasa algo?

—¡Todo! Estás la *hostia* de rara y no me digas que es por tu madre porque no me lo creo.

Diana prefirió no responder. Tenía ahora los ojos centrados en la carretera. Tomó el último desvío para salir de la autopista y dirigirse a la entrada de la ciudad. El tráfico estaba denso y necesitaba concentrarse.

—¿Has sabido algo de Rebeca? —le preguntó entonces.

—No me cambies de tema. Te he hecho una pregunta —replicó Victoria, consciente de que su amiga solía emplear esta técnica cuando deseaba zafarse de dar una respuesta—. Y no, no me ha llamado. Ni yo a ella. Después de lo que ocurrió en su cumpleaños, paso.

—Lo entiendo —dijo Diana mientras ponía el intermitente—. Yo habría hecho lo mismo.

—Entonces, ¿no vas a contarme qué te pasa?

—Es que no hay nada que contar. ¿Quieres que me lo invente para que te quedes tranquila?

Victoria estuvo a punto de creérselo, pues Diana sonaba muy convincente en su respuesta. Y casi lo hizo, pero entonces vio que la mirada de su amiga se desviaba levemente, solo unos milímetros, hacia el espejo retrovisor y percibió un cambio en ella. Fue nada, un gesto insignificante, una tela de melancolía que veló casi imperceptiblemente su mirada cuando sus ojos repararon en Ada.

Pero no podía ser... Un momento, ¿podía ser?

—Para el coche.

—¿Qué?

—Que pares el coche. Quiero hablar un momento contigo —le ordenó Victoria.

—¿Te has vuelto loca? Estamos saliendo de la autopista.

—Bueno, ¿y qué? ¡Mira! Ahí hay una gasolinera. Venga, échalo a un lado —le dijo, intentando agarrar el volante.

Diana se llevó tal susto que acabó claudicando a su orden y detuvo abruptamente el coche a la entrada de la gasolinera. El corazón se le disparó cuando frenó del todo. Se habían cruzado delante de un camión y habían estado a punto de provocar un accidente.

—¿Estás loca o qué? ¿Tú ves normal lo que has hecho? ¡Ese camión casi nos lleva por delante!

—Sí, vale, pero no ha sido así, ¿no? Pues eso es lo que importa. Venga, baja, que tengo que hablar contigo.

—¿Va todo bien? —preguntó Ada. Parecía un poco pálida por el susto previo con el camión.

Victoria decidió guiñarle un ojo para tranquilizarla.

—Sí, guapa, va todo bien. Ahora venimos, ¿vale? —le aseguró mientras abría la puerta y se bajaba.

El frenazo había levantado una polvareda y se escuchaba el zumbido de los coches pasando a toda velocidad por la carretera. Diana se acercó a ella con cara de pocos amigos. Había bajado de mala gana, tenía cara de profundo fastidio. A Victoria no le sorprendería si en ese momento sentía ganas de estrangularla. Era consciente de que no había colaborado demasiado para hacer el fin de semana más llevadero, pero esperaba que su amiga no se lo tuviera en cuenta. Desde su punto de vista, debía comprender que solo estaba intentando ayudar.

—¿Podemos hablar? —le dijo en tono conciliador.

—Sí, dime. ¿Qué te propones?

—Hablar contigo, pero primero necesito que estés calmada.

—Estoy calmada.

—Pues no lo parece. No te estás viendo la cara.

Diana dio una patada a una piedrita del asfalto como si deseara descargar en ella la frustración que sentía. La piedra salió despedida hacia el lado contrario. En ese momento pasó un camión y su melena se movió a su alrededor, mecida por el viento.

—Te gusta Ada, ¿verdad? —le espetó a bocajarro—. Sé que me vas a decir que no, pero no quiero que me mientas. Estoy preocupada.

—¿Preocupada? —Diana rio—. Eso sí que tiene gracia. ¿Tú? ¿Después de los días que me has dado?

—Escucha, Di, aunque no te lo creas, te quiero más que a nadie en este mundo y, sí, estoy preocupada por este tema. Le tengo mucho aprecio a Ada, pero, no sé, *tía*, tarde o temprano acabará yéndose. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé. Eso y que está loca.

—¿Entonces?

—Entonces nada. No sé qué me pasa.

—¿Pero tan fuerte te ha dado, *joder*? —preguntó Victoria.

—No es eso. Solo estoy un poco confundida, ya está. Pero no me hagas hablar más de ello, no me apetece. Lo tengo controlado, ¿vale?

—Bien. Me fío de ti. Y si necesitas hablarlo...

—Sí, lo sé.

—Vale.

—Pues vale. Dejémoslo estar. ¿Quieres?

A veces se entendían perfectamente así, casi con monosílabos. Victoria ya había dicho lo que tenía que decir y escuchado lo que necesitaba escuchar. Se metieron de nuevo en el coche, se excusaron con Ada y Diana arrancó el motor.

En los quince minutos que transcurrieron hasta que llegaron al centro de Sevilla, Victoria no dejó de darle vueltas al asunto. Se esperaba la respuesta de su amiga, porque de pronto le pareció evidente lo que le pasaba. Diana en ocasiones era como un libro abierto, no podía esconder lo que sentía. Pero al mismo tiempo su confesión le había tomado por sorpresa, porque hacía mucho que su amiga no se interesaba por otra persona. Siempre había un “pero”. Demasiado baja, demasiado cuerda, demasiado loca, demasiado intensa, demasiado aburrida, demasiado perfecta.

Después de su ruptura con Irene, ninguna le servía. No tanto por carencias de estas mujeres, sino porque Diana inventaba excusas; de veras había llegado a creer que no se merecía ser feliz con nadie. Ahora, en cambio, entre todas las mujeres del mundo su corazón había elegido a la más incomprensible de cuantas pudieran existir. Una posible demente. O una posible extraterrestre. A veces la propia Victoria dudaba de cuál de las dos opciones era en realidad Ada. ¿Pero qué más daba? Si hacía siglos que no veía a Diana así de feliz e ilusionada...

Al pensar en todo ello, sintió un poco de vértigo, temió por su mejor amiga, por nada del mundo quería volver a verla partida en dos a causa del dolor. Pero al poco tiempo su cuerpo y su mente acabaron relajándose. Se impuso entonces su natural desparpajo y Victoria llegó a la conclusión de que su amiga se merecía ser feliz. No había nada que perder por intentarlo. Absolutamente nada. Todo lo contrario.

18 | CLARO QUE SÍ, ENCANTO

Diana empleó los siguientes días en darle un empujón a la maldita aplicación de los Duarte. Había intentado contactar con su jefe por correo electrónico para preguntarle un par de dudas al respecto, pero enseguida recibió una respuesta automática:

Me encuentro de vacaciones hasta el próximo lunes. Responderé todos los e-mails a mi vuelta. Gracias por tu comprensión. ¡Feliz Semana Santa!

Se quedó de piedra durante unos segundos, observando el correo electrónico atontada, no podía creerlo. Ella tenía que sacrificar sus preciadas vacaciones mientras él no dudaba ni un segundo en tomarse unos días libres.

Furiosa, tomó su móvil y estuvo a punto de marcar el número de Javier. Tenía un par de cosas que decirle. Pero ninguna de ellas resultaba aceptable o aconsejable para dirigirse a un jefe, así que respiró hondo, dejó el móvil a un lado y desvió la mirada hacia el otro extremo del salón.

Ada estaba concentrada en atornillar un trozo de metal a su monstruosa creación. A Diana todos los elementos que la extraterrestre empleaba para construir su antena le parecían un amasijo de hierros ensortijados, chatarra, material de vertedero; estaba convencida de que se trataba de un trasto inservible y sin embargo Ada dio en ese momento un gritito de emoción.

—¡Funciona!

—¿Funciona? —se sorprendió, incorporándose de golpe.

—¡Sí!

Se acercó a ella con cierto recelo. Sentía pánico de rozar siquiera aquel amasijo de hierros por temor a electrocutarse. Ada se puso unos cascos de color rojo y empezó a transmitir señales con una especie de consola que le recordó a la de un telégrafo.

—¿Has contactado con ellos?

—Es solo una prueba para asegurarme de que mis hermanos reciben la señal.

Diana asintió con la cabeza. Era una verdadera locura, pero como tantas otras cosas en Ada, y prefirió desentenderse por completo.

Fue hasta la cocina y bebió un vaso de agua pensando en la evolución de la aplicación de los Duarte. Aunque trabajara de manera incansable los próximos días, sería imposible realizar todos los cambios a tiempo. Diana calculó mentalmente sus horas de sueño. Si las reducía a dos diarias... Como mucho a tres... *Morirás en el intento y ni siquiera así serías capaz de conseguirlo.* Estaba tan malhumorada que cuando sonó el telefonillo de la casa contestó de malas maneras.

—¿Qué?

—Telepizza.

—No hemos pedido ninguna pizza —repuso.

—Soy yo, idiota. Ábreme.

Diana puso los ojos en blanco y le dio al botón para dejar entrar a Victoria. Su visita era lo último que necesitaba en aquel momento. Rozaban las once de la noche, tenía hambre, sueño, estaba cansada, no sabía qué pensar sobre el invento de Ada pero le molestaba todo resultado que arrojara: si funcionaba, mal: ella se iría; si no funcionaba, mal: tendría que llamar a alguien para que viniera a retirar toda la chatarra. Con suerte, a lo mejor podría venderla a un amante del arte moderno, pero dudaba mucho de que alguien estuviera interesado.

En resumidas cuentas, Victoria no podía haber elegido peor momento para presentarse. Dejó la puerta abierta y se derrumbó sobre el sofá poniéndose el portátil de nuevo sobre sus muslos.

—¿Llego tarde a la fiesta? —dijo Victoria cuando asomó la cabeza y se encontró con una escena desoladora: Diana mirándola con cara de pocos amigos y unas preocupantes ojeras bajo los ojos; Ada subida a una escalera y haciendo sonidos extraños, *clic clic clic*, en su todavía más extraño aparato. En comparación un manicomio le pareció un hotel de cinco estrellas—. Vaya, veo que os lo estáis pasando en grande. Qué pena no haber llegado antes —ironizó.

—¡Hola, Victoria! —la saludó Ada con simpatía.

—Hola, encanto, ¿qué tal va tu cacharro?

—Bien, he conseguido que funcione.

—¿Necesitas algo, Vic? —interrumpió la conversación Diana—. Estamos un poco ocupadas.

—Nada, solo he venido a recoger a Ada.

Diana la miró desconcertada. ¿A Ada?

—Como tú estás tan ocupada, la voy a sacar un rato de fiesta.

—Enseguida estoy contigo, Victoria. Me doy una ducha y nos vamos —comentó entonces Ada, apagando el aparato que renqueó cuando la potencia de sus tripas fue disminuyendo.

Ada fue hasta la ducha y conectó el grifo, mientras Victoria tomaba asiento en el otro extremo del sofá. Diana, que seguía sin comprender, clavó la mirada en su amiga:

—¿Qué es eso de que te llevas a Ada de marcha?

—¿Te molesta?

—No —se apresuró a replicar. Aunque la verdad era lo contrario—. ¿Por qué iba a molestarte?

—No sé, como has puesto esa cara... Solo pensé que estaría aburridilla aquí encerrada mientras tú estás currando. Le propuse que saliéramos un rato y le pareció buena idea. ¿Has cenado? Tienes una cara horrible.

—¿Salir adónde? —inquirió Diana evitando dar una respuesta a la última pregunta—. ¿Adónde quieres llevarla?

—Pues no sé, había pensado el Jewel, para que conozca la noche sevillana.

La información entró por su conducto auditivo, rozó el tímpano con inusitado dolor, se coló como un cohete en su organismo, bajó por la garganta, el esófago y se instaló en el estómago en donde pareció comprimirse formando un apretado nudo que dejó a Diana sin respiración.

—¿El Jewel?

—Sí, ¿qué problema hay?

—Pues... ¿no es un sitio de ambiente?

—¿Y?

Y hay mujeres, mujeres más guapas que yo, o no, pero las hay y algunas de ellas serán interesantes, o no, pero se acercarán a Ada, o no, pero yo creo que sí, y querrán pedirle el teléfono, invitarla a una copa, bailar, acostarse con ella, ¿qué más? Estoy siendo muy infantil y un poco celosa, bueno, mucho, es absurdo porque nunca me he comportado así, vale, lo sé y tú también lo sabes, Victoria, pero hace mucho tiempo que no me fijo en alguien y ahora que te he dicho lo que siento por ella... ¿De veras es necesario explicártelo todo?

—Y nada. Es que no creo que sea el lugar más apropiado para ella.

—Pues se lo he comentado y le entusiasma la idea —le explicó Victoria. Y en sus ojos había un extraño brillo acorde a su nombre.

—¿Estás intentando ponerme celosa? ¿Es eso? —susurró Diana en voz baja. *Porque lo estás consiguiendo*—. Porque no va a funcionar.

—¿Yo? ¿Qué dices, loca? Ni que fuera la primera vez que *vamos*.

—Vas. Ya sabes que yo no voy a esos sitios.

—Como sea. Que tú no vayas no significa que el resto no queramos ir —le explicó Victoria poniéndose un cigarrillo en la boca. Diana se lo quitó de los labios—. ¡Eh!

—No fumes aquí, cerca de esa antena. Me pone los pelos de punta.

Victoria revisó con atención la escultura de hierro que se alzaba al otro extremo del salón.

—Vale, tiene su lógica, nada de fumar en torno a los cacharros de Ada. Oye, pero si quieres puedes venirte, ¿sabes? No tienes por qué quedarte en casa amargada.

—Tengo que trabajar —le recordó Diana con tozudez fijando de nuevo la vista en la pantalla. Le escocían los ojos.

—Vale, como quieras. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos.

Lo sabía. De sobra. Llevaba pensando en ello la última hora y media. Victoria y Ada se habían marchado cuando Ada terminó de arreglarse. Estaba tan bonita que Diana no pudo evitar mirarla embobada. «¿Voy bien? ¿Esto es adecuado? Porque, si no, puedo cambiarme», preguntó insegura Ada malinterpretando la mirada embelesada de Diana. Iba más que bien. Iba preciosa con aquel vestido ligero que dejaba al descubierto la larga línea de sus piernas y sus estilizadas rodillas. Ada se había maquillado, pero no de manera exagerada como acostumbraba los primeros días, sino resaltando ligeramente sus preciosos ojos y la carnosidad de sus labios. Diana sabía que todas las miradas se posarían en ella tan pronto entrara en el Jewel y este pensamiento la estaba carcomiendo lentamente, a poquitos, como una termita que se estuviera dando un banquete con sus entrañas.

Cerró la tapa del ordenador, desesperada por no ser capaz de controlar sus pensamientos. Por más que intentara concentrarse, imágenes de Ada rodeada de mujeres y hombres se deslizaban una y otra vez tras sus párpados. No quería pensar en ello, pero lo hacía. No quería parecer una patética mujer insegura, pero lo estaba. No quería claudicar al evidente chantaje de Victoria, pero resultaba inevitable.

Y no quería perderla... aunque tampoco estaba segura de haberla encontrado.

Suspiró hondo. Dejó el ordenador a un lado y los restos del sándwich que se había preparado unos minutos antes. Seguía teniendo hambre, pero de otro tipo, y esta clase no sabía cómo paliarla. Se incorporó de golpe como movida por incontables hilos invisibles y fue hasta su armario. Pero antes necesitaba una ducha y mejorar la cara de fantasma que arrastraba desde hacía días. Podía hacerlo. Quería ir a su encuentro. Se puso manos a la obra.

Hacía mucho tiempo que Victoria no se divertía tanto. La compañía de Ada le resultaba especialmente agradable porque en ningún momento tenía que fingir ser otra persona. A su lado Victoria podía ser ella misma. Eructar si le apetecía, poner gesto de asco si por delante pasaba alguna mujer que no era de su agrado, gritar, saltar o silbarle a aquella gogó que dejaba poco a la imaginación. Solo había otra persona con la que Victoria se sintiera igual de cómoda y esa era su mejor amiga Diana.

—¡Me lo estoy pasando muy bien! —dijo en ese momento Ada a voz en grito. La música estaba tan alta ahora que tenían que comunicarse así—. ¡Ojalá estuvieran aquí Rocío y Diana!

—¿Rocío? —se extrañó Victoria—. ¿La madre de Diana? ¿Cómo es eso?

Ada asintió. Había bebido dos copas de ron pero parecían más. Procesaba rápidamente el alcohol.

—¡Me cae muy bien! ¡Me dijo que ojalá formara parte de su familia! ¡Cuando se despidió de mí, en Tarifa!

—¿Eso te dijo, eh?

Victoria le sonrió complacida. Si la madre de Diana le había dicho eso, significaba que su plan marchaba sobre ruedas.

Consultó el reloj de pulsera que abrazaba su muñeca. Se estaba haciendo tarde y ni rastro de ella. Pero vendría. Tenía que venir. Conociéndola, no aguantaría mucho tiempo encerrada en casa, a solas con sus fantasmas. Acabaría cayendo en su trampa y calculaba que quedaba poco para que hiciera su aparición por la puerta del Jewel. Miró en dirección a la entrada, pero nada, solo un grupo de chicos que se saludaban. Pero estaba a punto, podía sentirlo, y eso quería decir que iba siendo hora de poner en marcha su plan. Se arrimó disimuladamente al grupo que estaba al lado y se chocó adrede con una morena a quien no le habría importado conocer más.

—¡Perdona! —le dijo a la morena tan pronto se miraron.

Ella hizo un gesto que venía a decir «nada, cuéntame más» y Victoria aprovechó para entablar conversación:

—¿Nos conocemos de algo? —le dijo.

—No sé, no lo creo.

—Ya, yo tampoco, una cara como la tuya no se me habría olvidado.

Cursi. Algunos dirían que patético. Pero efectivo. La morena le sonrió entre tímida y coqueta. Era su oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

—Esta es mi amiga Ada —dijo Victoria tirando del brazo de la supuesta extraterrestre para presentársela a la morena—. ¿Por qué no bailáis un rato juntas? Te prometo que tendrás una experiencia... *galáctica*.

A Ada le pareció bien la idea. Victoria estaba casi segura de que a aquellas alturas de la noche podría haberle pedido que imitara a un loro y caminara dando saltitos sobre una sola pierna y ella lo habría hecho. Se estaba aprovechando de su embriaguez, pero era indispensable tomar el control de la situación y emborracharla parecía la manera más sencilla.

Finalmente la morena accedió a bailar con Ada. En pocos segundos habían tomado la pista y Victoria observaba la escena mientras miraba a intervalos la puerta.

No me falles, Diana. Ni se te ocurra fallarme o renegaré de ti como amiga.

—¿Bailas?

Victoria se giró y vio a una chica pelirroja sonriéndole.

—Me encantaría, guapa, pero ahora no puedo. Estoy en plena misión.

—¿Y qué misión es esa?

—Una espacial —bromeó Victoria—. ¿Ves esa puerta? Dentro de unos minutos mi mejor amiga la atravesará. ¿Y ves a esa rubita bailando con la morena en la pista? —La muchacha asintió—. Pues mi amiga se pondrá hecha una furia cuando las vea. Soy un verdadero genio.

La pelirroja arqueó las cejas con sorpresa. Por su expresión Victoria supo que no solo estaba en desacuerdo con su genialidad, sino que la consideraba la peor amiga de la historia. Cuando se dio la vuelta, la muchacha se había esfumado.

Bah, qué más daba. Ella no estaba allí para ligar. O tal vez sí, pensó observando sin disimulo el trasero de la pelirroja. Pero eso podía esperar. Ahora mismo tenía una misión que cumplir.

Miró de nuevo hacia la puerta y advirtió un mar de cabezas apelotonadas. Victoria se puso de puntillas para ver si podía distinguir los rostros y su excitación creció cuando creyó ver a Diana.

Sí, era ella. Llevaba ojos entornados, su mirada era errática y su cara tenía un mohín angustiado, como si las estuviera buscando. Victoria agitó los brazos para llamar su atención y el

gesto de su amiga se relajó cuando reparó en ella.

—¿Y Ada? —le preguntó nada más acercarse.

—Ten, bebe un poco, anda. —Le tendió su propia copa. Diana le dio un sorbo y se la devolvió.

—¿No está contigo?

—Yo también estoy encantada de verte. Me alegro de que hayas venido.

—Vale, tienes razón, he sido un poco maleducada: hola. Dame otro trago, anda.

Victoria volvió a tenderle la copa y la observó atentamente. Si sus cálculos no fallaban, su amiga solo tenía que girarse unos centímetros más para verlas. Esperó expectante su reacción, pero al cabo de un momento Diana seguía igual de calmada. ¿A lo mejor no había mirado hacia la pista de baile? Entonces cayó en la cuenta de un importante detalle:

—Te has olvidado de ponerte las lentillas, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tanto se me nota?

—No. Pareces el mismo topo de siempre. Pero supongo que tu miopía te ha impedido ver que Ada está allí, bailando con una despampanante morena.

Al principio fue rojo. Después una tonalidad azulada seguida de morados, rosas y grisáceos. Toda una paleta de colores hasta llegar al blanco que palideció por completo la cara descompuesta de Diana.

—Bueno, ¿y qué? —Reaccionó su amiga cuando por fin pudo articular palabra—. No es asunto mío con quién baile.

—Solo pensé que a lo mejor te apetecía saberlo.

—Pues no me apetece. Me da igual —se rebeló Diana, dándose media vuelta.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

—A pedirme una copa. Bien cargada.

—Espera, voy contigo.

Victoria la siguió hasta la barra y se quedó a su lado todo el tiempo que Ada estuvo bailando con la morena. Las canciones y los minutos iban pasando y ya no estaba segura de que aquello hubiera sido una buena idea. Sus cálculos habían fallado. Diana, en lugar de reaccionar, ir a la pista y decirle a Ada lo que sentía por ella, había optado por aferrarse al alcohol y esta era la segunda copa que pedía. Victoria se preocupó al ver que casi no respiraba entre trago y trago.

—¿No crees que estás bebiendo muy deprisa?

—No, ¿por qué lo dices?

Tenía la mirada fija en Ada. Disimulaba que no lo hacía, pero a ella no podía engañarla. Se acabó la segunda copa de un trago y dejó el vaso de tubo sobre la barra.

—Voy a pedir otra más.

—¡No!

—¿Por qué no? —protestó Diana—. ¿Qué eres? ¿Mi madre? Tengo ganas de otra copa y voy a hacerlo.

—Beber no va a solucionar nada, solo hará que te sientas peor.

—¿Eso crees? Porque ahora mismo me siento FATAL. Como me sienta peor, creo que tendrás que llevarme a urgencias.

Diana le hizo un gesto a la camarera para que le repitiera la ronda. Había pedido las consumiciones tan seguidas que la muchacha ni siquiera tuvo que preguntarle qué deseaba consumir.

—¿Por qué no vas allí y le dices lo que sientes, en vez de quedarte aquí bebiendo como una tonta? —sugirió Victoria cuando la camarera llegó con un vaso cargado de hielos, una botella y

un refresco.

—¡Porque es una extraterrestre! O eso dice, vaya. ¡Y como es una maldita extraterrestre no entiende lo que son los sentimientos!

—Cariño, eso me pasaba a mí con mi ex. Mi consejo es que no te metas ahí, es un agujero negro —dijo la camarera tomando parte en su conversación.

—¿Lo ves? No soy la única. ¡Ella ya ha estado con una alien y lo desaconseja!

Victoria puso los ojos en blanco. Estaba a punto de tirar la toalla y empezaba a arrepentirse de haber trazado aquel plan. Ahora tenía a una humana borracha y a una posible extraterrestre también borracha. ¿En qué momento se habían torcido tanto las cosas?

Miró hacia la pista y vio a Ada bailando como si descargas eléctricas recorrieran su cuerpo. Misteriosamente, la morena parecía encontrarlo divertido. Observó entonces a su amiga, enzarzada ahora en una surrealista conversación con la camarera sobre los inconvenientes de salir con personas de otros planetas, y cabeceó con tristeza.

—Porque si fuera de la Luna, no sé, está más cerca, ¿no? Ya la hemos pisado, no veo por qué no podríamos ir una vez más. O Plutón, aunque dicen que ya no es un planeta, pero, vaya, que está aquí al lado, a unos cuantos kilómetros luz, yo qué sé, a eso me refiero, ¿sabes lo que te quiero decir?

—Claro que sí, encanto.

—Lo he estado mirando por Internet. Resulta que hay como unos túneles, ¿sabes? Una especie de conductos que llaman agujeros de gusano y que si los usas puedes llegar a velocidad superlumínica a cualquier otra galaxia. Así que pensé, no sé, si yo podría usar uno de esos. ¿Comprendes?

—Claro que sí, encanto.

—Pero entonces estuve mirando dónde cuernos queda esa constelación, la de Udf, y resulta que está endiabladamente lejos y de todos modos no sabría cómo encontrar un agujero de gusano, no pone nada de eso en Internet —se lamentó Diana, cabeceando con tristeza.

—Claro que no, encanto.

—¡Porque hasta Urano está más cerca! Pero no podía ser de Marte ni de Saturno y yo apuntarme a una de esas misiones espaciales si hiciera falta. ¡No, qué va! ¡De Lux! ¡Tenía que ser de Lux! No, espera... ¡De Lux 2! ¿Tú sabes dónde está eso?

La camarera negó con la cabeza.

—A tomar por saco. ¡Allí es donde está! —dijo Diana con dolorosa resignación—. Y “a tomar por saco” no sale en los mapas, ni siquiera en Google Maps, te lo digo yo.

—Claro que no, encanto. Si yo te entiendo, están todas locas y viven muy lejos.

—Exactamente.

La copa de Diana volvía a estar por la mitad y sus niveles de alcohol en sangre crecían a toda velocidad. Debía intervenir cuanto antes o la noche se arruinaría por completo.

Victoria miró a su alrededor mientras pensaba en una solución y de pronto fue como si la hubiese encontrado: morena, bajita, con pinta inocente, riéndose con su perfecta sonrisa. Se echaba el pelo hacia atrás como si estuviese coqueteando, pero lo más interesante de todo no era lo que hacía sino con quién lo hacía. Victoria supo que la noche estaba salvada, aunque ya no se aventuraba a hacer quinielas después de lo que acababa de presenciar.

Le dio un codazo a Diana para llamar su atención.

Su amiga dejó de hablar con la camarera y la miró por encima del hombro con los ojos entrecerrados.

—¿Mmm?

—Tu ex. Está aquí. —Victoria señaló la pista con un dedo.

—¿Mi ex?

—Ajá.

—¿*Esa Irene*?

—La misma.

Diana trató de abrir los ojos y lo consiguió a medias, lo suficiente para mirar hacia donde su amiga le indicaba. Morena, bajita, con pinta inocente y echándose el pelo hacia atrás como si estuviese coqueteando.

Coqueteando con Ada. La morena acababa de presentarlas.

—¿Qué crees que hace Irene?

Diana tenía ahora los ojos fijos en la pista de baile. Su ex no solo estaba allí, algo que ya de por sí le hacía sentir incómoda, sino que hablaba con Ada, tan cerca de ella que sus intenciones le parecieron claras.

Diana conocía muy bien esa mirada. A ella también la había mirado así una vez, mucho tiempo atrás, cuando eran otras, cuando creían que les aguardaba un espléndido futuro juntas. En su memoria ahora solo quedaban cenizas de aquella mirada, la que Irene ya nunca le dedicaría a ella, pero sí podía regalársela a Ada.

—Pues no lo sé, imagino que lo mismo que tú y que yo —replicó Victoria.

—Me refiero a qué hace hablando con Ada.

—Ah, eso...

—Sí. “Eso” —afirmó poniendo comillas en el aire. Dio el último sorbo a su copa y la dejó sobre la barra. Se sentía mareada, como si su cabeza se hubiera vaciado de pronto. Le costaba pensar con claridad.

—Hombre, a lo mejor me equivoco, pero tiene toda la pinta de que está ligando con ella —razonó Victoria.

—La tiene, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, eso es todo lo que quería saber.

Diana aspiró hondo y dio los primeros pasos, un poco inestables a causa del ligero mareo que le producía el alcohol. Le costó enderezarse, pero una fuerza desconocida la impulsaba hacia la zona donde charlaban Ada e Irene.

Se fue haciendo paso entre la gente, con la mirada fija en el lugar donde charlaban las dos mujeres. En otra época, unas semanas atrás, o incluso unos días antes, le habría dado pánico acercarse a su ex. Las cicatrices que Irene le había dejado eran tan hondas y dolorosas que habría preferido quedarse escondida detrás de cualquier columna o parapetarse tras la figura de su amiga Victoria para evitar un encuentro entre ellas. Como si hubiera hecho algo malo, como si la culpa, qué terrible palabra, del fracaso de su relación hubiera sido suya por entero. Estaba casi segura de que otra vez sentiría el golpe violento que le haría quedarse agazapada y encogida como un animalillo asustado. Y sin embargo, no fue capaz de sentir nada parecido. Cada paso que daba le hacía sentir más fuerte, decidida, se dio cuenta de que apenas recordaba ya lo que precipitó su separación. Los recuerdos dolorosos parecieron esfumarse a medida que acertaba distancias. Los calificativos, también. *Rara. Celosa. Dependiente. Controladora. Asocial. Friki. Aburrida. Pesada. Insistente. Insegura. Cobarde. Inmadura.*

Rodaban las palabras por su mente, las mezclaba, las revolvió, las intercambiaba, pero todas significaban lo mismo: nada. Carecían de significado porque Diana no podía identificarse con ninguno de aquellos adjetivos. Ella no era eso. Irene la había convencido de ello, pero ahora comprendía el grave error que había cometido creyéndoselo. ¿Cómo había tardado tanto tiempo en darse cuenta?

Ada advirtió enseguida su presencia cuando se aproximó lo suficiente. La miró entre la alegría y la sorpresa y abrió ligeramente la boca para saludarla, pero Diana se lo impidió escurriendo una mano en torno a su cintura y atrayéndola hacia ella.

Los ojos de las dos mujeres se encontraron entonces en un punto que ya hicieron suyo. Un lugar en el espacio en el que parecían hablar el mismo idioma, sus pupilas manteniendo una conversación intensa pero silenciosa:

«Quiero besarte. Me muero por besarte. Voy a hacerlo», decían las de Diana.

«Hazlo», contestaron las de Ada.

Ella asintió entonces levemente comprendiendo lo que vendría a continuación y Diana cerró los ojos. La atrajo hacia sí tan despacio que la sintió temblar en sus brazos. Cuando sus labios se rozaron le pareció ser un cometa que estuviera cruzando el cielo velozmente dejando miles de estrellas a su paso. Ada partió los labios como si quisiera invitarla a explorar en su interior y Diana aceptó la invitación acariciando su lengua con tanto corazón que temió haberse dejado el suyo prendido en aquel beso.

Podrían haber continuado besándose el resto de la noche, de no ser por una presencia extraña que no dejaba de mirarlas. Al notarla, Diana abrió los ojos un poco desconcertada, por un momento había olvidado dónde estaba. Para ella solo existía Ada y sus ojos azules que la observaron con la misma intensidad que cuando descubría un objeto nuevo y apasionante. Incluso en la oscuridad de la discoteca pudo apreciar que sus mejillas se habían arrojado. Entrelazó sus dedos con los de Ada con la intención de preguntarle: «¿Estás bien? ¿Me perdonas por lo que acabo de hacer?», pero un carraspeo incómodo se lo impidió.

Diana advirtió entonces la cara de fastidio de Irene.

—Ah, hola, Irene... ¿Tú por aquí?

—Ya ves. ¿Y tú?

—Nada, dando una vuelta. ¿Ya conoces a Ada? —le dijo con desparpajo y un poco de malicia. Desconocía de dónde procedía aquella repentina valentía suya, pero le hacía sentir bien. Mejor que bien. Indestructible.

—Sí, la conozco, ya nos hemos presentado —respondió Irene con sequedad. Intentaba fingir que lo que acababa de presenciar le era indiferente, pero la delataba su gesto desencajado.

—Bien, entonces me ahorro las presentaciones. ¿Qué tal estás? Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. ¿Todo bien? Si quieres, puedes unirme a nosotras. Victoria está por allí.

—No, gracias. He venido con unas amigas. —Irene se giró y señaló el grupo al que se había unido la morena que antes estaba bailando con Ada.

—¿Y Maca? ¿No está contigo? Me encantaría saludarla.

—No.

—¿No? ¿Y eso?

—Ya no estamos juntas —replicó Irene con sequedad. Era evidente que no quería dar más explicaciones acerca de su ruptura con su última novia.

—Vaya, lo siento.

—Sí, vale, gracias. Creo que me están esperando. —Irene se giró hacia el grupo, pero nadie estaba pendiente de ella—. Encantada de haberte conocido, Ada. Que os divirtáis.

Su ex replegó las alas en ese momento y Diana observó la escena con una sonrisa triunfal. Lo había hecho. Se había enfrentado a ella y ya no sentía miedo. Ni miedo ni dolor ni rencor ni absolutamente nada. Indiferencia era la palabra que buscaba.

Estaba tan entusiasmada con su descubrimiento que al principio no advirtió el evidente cambio en el semblante de Ada. Había palidecido, la miraba ahora como si algún pensamiento la paralizara.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así?

—¿Me has besado solo para darle celos a tu ex?

Ada parecía dolida. Lo estaba. Diana pestañeó con fuerza.

—¡No! Es decir, sí, pero no es lo que tú crees, te lo prometo.

—Pues eso es precisamente lo que me indica mi computadora.

—¡Olvida tu computadora! ¡No tiene nada que ver con eso, en serio!

Quiso explicarle lo que sentía pero no le dio tiempo. Cuando consiguió ordenar sus pensamientos para decir algo coherente, Ada ya estaba camino de la salida y por pura vergüenza no fue capaz de salir corriendo tras ella.

Diana la siguió con la mirada hasta que las espaldas de Ada se perdieron en la puerta de salida.

¿Y ahora qué? ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

—¿Quieres que te acompañe? ¿Que hable yo con ella?

Diana negó con la cabeza. Le agradecía la oferta a Victoria, pero aquello era asunto suyo. Tenía la sensación de haber roto algo muy valioso, un jarrón milenario o el corazón de una extraterrestre, que para el caso venía a ser lo mismo.

Pensó en lo tonta que había sido al creer que Ada no tenía sentimientos. Por supuesto que los tenía. Que no los manifestara o fingiera no haberlos experimentado antes, no significaba absolutamente nada. *Recuerda sus lágrimas*, se dijo. «*Saladas*» y sonrió con profunda melancolía.

—Creo que es mejor que suba sola.

—Vale, entonces me voy a casa —dijo Victoria—. Siento haber liado tanto las cosas. Llámame si necesitas algo.

Las dos amigas se despidieron en el portal de Diana y ella se adentró en el gran patio sin molestarse en encender la luz. Le parecía que la oscuridad reinante hacía juego con sus funestos presentimientos. ¿Y si Ada no estaba en casa? ¿Y si ya nunca más regresaba? Había aparecido de la nada y podía esfumarse de igual modo, pero Diana quería pensar que no sería así, que al menos tendría la decencia de despedirse.

Abrió la puerta muy despacio y se sintió aliviada cuando advirtió que la luz del pasillo estaba encendida.

—¿Ada? —la llamó—. ¿Estás en casa?

Todavía olía al perfume de Ada y se embriagó de su esencia. Dio unos pasos hacia su interior y observó la antena construida por ella. Estaba encendida y emitía extraños ruidos, *bip bip, clac, clac, clic, zum, zum*.

—Estoy aquí.

Diana se giró en redondo pero no fue capaz de encontrarla.

—¿Aquí dónde? No te veo.

—Aquí —repitió Ada—. A tu izquierda.

Diana bajó la vista y se la encontró sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y cara de profunda confusión.

—Por un momento pensé que te habrías ido.

—No. Hasta el próximo miércoles no vienen a buscarme.

—Así que será ese día... —Diana se acercó muy despacio. Se sentó a su lado. Era absurdo que estuvieran sentadas las dos en el suelo, pero por alguna razón sintió paz allí, hombro con hombro, sumidas en la oscuridad, luces nocturnas colándose por la ventana.

—Sí, el miércoles a las cinco cero, cero de la madrugada.

—Ya veo... —Diana se echó el pelo hacia un lado y la miró con tristeza. Le pareció que no era una coincidencia que Ada le anunciara la fecha de su partida justo después de haber herido sus sentimientos—. Escucha, yo... creo que te debo una disculpa. Me he portado como una auténtica imbécil en la discoteca.

—Duele —dijo Ada—. Y no sabía que pudiera doler.

—Lo sé y lo siento. Pero quiero que sepas que no te he usado; no te he besado solo para darle celos a mi ex.

—Entonces, ¿por qué me has besado?

Porque creo que te quiero.

—Porque me apetecía. Lo he sentido así —enunció, titubeando un poco. El corazón le latía muy rápido—. Pero no te preocupes, no volverá a ocurrir.

—¿Por qué no?

A Diana le sorprendió esta respuesta. Era la última que se esperaba. La miró en busca de una explicación pero no la encontró en forma de palabras sino de acciones. Ada le acarició la mejilla con ternura y escurrió sus dedos por su piel como si deseara dejar una huella indeleble en ella.

A veces era como tratar con dos personas diferentes. Dos Adas. Una inocente, cauta, torpe, algo distante y definitivamente aniñada. A veces fría, a veces adorable. Otra más directa, decidida, fuerte. Esa era la Ada que sabía lo que quería, dispuesta a explorar, a la que se sentía incapaz de negarle nada. A Diana le enamoraban las dos, ella en toda su esencia, pero no estaba demasiado segura de con cuál estaba tratando en ese preciso momento.

Pensó entonces en los besos que había dado, fragmentos de recuerdos que pasaron a gran velocidad por su mente. Pero sabía que en ninguno de ellos encontraría el beso que deseaba darle a Ada. Porque el suyo sería un beso que erizara la piel y rompiera el corazón, que rozara la suave piel de sus labios, que se acercara tímido a su aliento, dejándose caer poco a poco como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Un beso al que seguiría otro y después otro, cada cual más provocativo, hambriento y salvaje, hasta apropiarse de los labios de Ada como si quisiera traspasarla, hacerla suya, fundirse con ella.

Sería un beso huella, de los que no se olvidan fácil, de los que queman. Olería al suave perfume de la piel de Ada y lo sentiría vibrante en su lengua como un buen mordisco a una manzana.

Escuchó un gemido y se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Algo suave y caliente acariciaba sus labios, se enredaba en su lengua, la mimaba provocando estallidos de pura felicidad en el interior de su boca. Sintió unos dedos enredados en su pelo, buscando la suave piel del revés de su cuello y se dio cuenta entonces de que no le hacía falta imaginar un beso que ya estaba dando.

Se alejó un poco y la observó con su frente apoyada en la de Ada, estaba preciosa incluso así, borrosa por la cercanía, los contornos de su cara desdibujados, mientras saboreaban el poso del beso que acababan de regalarse.

—Yo también lo he sentido, Diana —le dijo Ada. Respiraba con dificultad, la mirada titilante como si no supiera si debía asustarse de lo que estaba diciendo—. Despiertas tantas cosas en mí que ya no sé quién soy.

Diana la tomó entre sus brazos hasta que su cabeza quedó apoyada en su hombro.

—No tengas miedo.

—Pero lo tengo. Tengo una amalgama de sentimientos que no soy capaz de comprender. Siento dolor, rabia, miedo... Pero también me siento feliz, ilusionada, incombustible. ¿Es normal? ¿Qué me está pasando?

Diana quiso decirle que a lo mejor eso era el amor. Sentirlo todo al mismo tiempo, de una manera irracional e incluso descontrolada. Quiso decirle que ella se sentía igual de febril, un poco enferma pero más sana que nunca. Y sin embargo, solo preguntó en un susurro:

—¿Tienes que irte?

—Sí.

—¿Volveré a verte?

—No lo sé.

Permanecieron en silencio sentadas sobre el suelo de baldosas del apartamento y un único

pensamiento expandiéndose por la mente de Diana: el adiós le duele a quien se queda. Y era ella quien se quedaba. Porque el hogar no es sinónimo de cuatro paredes, sino de la calidez de quien te acompaña, de besos, ternura, bizcochos que nadie come, noches compartiendo almohada, martillazos a las tantas de la mañana.

Y Ada pretendía abandonarlo.

Sintió un incómodo frío recorriendo su espalda, pero no intentó moverse. Le pareció que podían dormir así, abrazadas, la cabeza de Ada recostada contra su pecho, respirando acompasadamente. Deseó que fuera así cada noche de lo que les restara en este mundo. Una mitad, una. Para siempre.

—Duerme conmigo esta noche —sugirió Diana mientras acariciaba su melena dorada.

Se puso en pie y le tendió una mano para ayudarla a incorporarse y caminaron juntas hasta la habitación, con los dedos entrelazados pero sin mediar palabra.

A veces las palabras sobran.

Los días transcurrieron más rápido de lo deseado. Diana y Ada pasaron el resto de las vacaciones haciendo una vida normal o, al menos, todo lo normal que les permitía el hecho de tener una antena en el salón que no dejaba de emitir ruidos desconcertantes.

De vez en cuando, Diana separaba los ojos de su ordenador y la miraba, preguntándose qué significarían aquellos sonidos. Se los imaginaba como un lenguaje imaginario que solo Ada era capaz de descifrar y se decía a sí misma que por eso asentía a veces complacida, como si de veras se estuviera comunicando con sus hermanos.

En el fondo de su ser albergaba la esperanza de que no sucediera nada. El miércoles llegaría, Ada haría una puesta en escena, algo extravagante y colorido, y después le anunciaría que la gran despedida había fracasado. Sus hermanos no podían venir a buscarla. Todo había acabado. Se quedaba. Diana estaba segura de que así sería, pero al mismo tiempo se preguntaba: «¿Y si de veras se iba? ¿Pero dónde? No podía ser posible que existiera tal nave espacial o unos hermanos que vinieran a recogerla, ¿o sí?».

Se preguntaba de qué manera procesaría la fantasiosa mente de Ada esta situación, cuando ella estuviera esperando y tuviera que enfrentarse a la evidencia de que nada ni nadie iba a ir, finalmente, a recogerla. Pero al mismo tiempo estaba hecha un lío, ya no sabía qué pensar, qué creer. Su parte racional le decía que sufría graves delirios. No podía ser *realmente* una extraterrestre, algo así revolucionaría todos los tratados científicos, nuestra manera de ver el mundo, el universo. Pero su corazón era harina de otro costal. Si Ada le hubiera asegurado que era capaz de convertir el agua en vino, su corazón la habría creído. ¿Por qué no? El amor era así, absurdo, ciego, una guerra sangrienta contra lo racional, ningún manual lo explicaba ni se podía cuantificar.

De camino al trabajo, rememoró sus últimos días juntas. Diana había hecho todo lo posible por dejar lista la aplicación de los Duarte, pero tras muchas horas de sueño robadas, no estaba ni siquiera cerca de haberlo conseguido. En ese momento, mientras pedaleaba hacia el trabajo, ya había tirado la toalla y estaba mentalizada: si Javier quería despedirla, no iba a oponerse. A decir verdad, ya le daba igual, porque una sola idea rondaba su cabeza: Ada a lo mejor se iba. ¡Irse! Para siempre, quizá. Y ella seguía sin saber adónde o con quién. Cada vez que lo pensaba, crecía en su interior una desazón imposible de controlar.

A estas alturas, parecía seguro afirmar que su relación con Ada carecía de sentido o lógica. ¿La podía llamar relación? Diana se sentía incapaz de ponerle nombre o asignarle una etiqueta. Y no es que las necesitara... Bueno, sí, tal vez, un poco. Algo a lo que agarrarse no habría estado mal. Sobre todo tras la noche en el Jewel. Desde ese día habían dormido juntas en la misma cama, simplemente abrazadas, respirando acompasadamente, compartiendo almohada, el aliento de Ada cosquilleando su nuca, los pies enredados en un nudo de pequeños y fríos dedos. Pero Diana no se atrevía a dar un paso en falso o besarla de nuevo. Tenía miedo de que Ada se sintiera abrumada y acabara distanciándose. O peor aún: huyendo. Así que desayunaron, almorzaron y cenaron juntas como haría cualquier pareja. Y sin embargo, seguían sin abordar el tema de la partida de Ada. Sobrevolaba sus cabezas como un pájaro libre e imposible de alcanzar. O a lo mejor era, simplemente, que Diana se negaba a abatirlo.

Le puso el candado a su bicicleta y subió a la oficina envuelta en un aire taciturno. Comprobó en el espejo del vestíbulo que tenía ojeras y estaba más pálida que de costumbre a causa de la

falta de sueño. No sabía cómo decirle a su jefe que la aplicación de los Duarte no estaba lista. Aunque tampoco haría falta: en cuanto probara la aplicación, él se daría cuenta.

Javier no se detuvo en darle los buenos días. «¿Estás lista? Los Duarte llegarán pronto y quiero echarle un vistazo antes», le dijo en cuanto cruzó la puerta de la oficina. Diana asintió con resignación, sintiendo que su condena ya estaba firmada. Mantendrían la reunión y ese sería el final de su andadura en la empresa.

Fue hasta la sala del café, se preparó uno bien cargado y se dirigió hacia la sala de conferencias, en donde su jefe ya la estaba esperando, impaciente.

—Javier, antes de nada quiero decirte que...

—¿Podemos dejar la charla para después? —la interrumpió él de malas maneras. Se mesó una mejilla en donde crecía una descuidada barba de dos días. Salvo por este detalle, Javier lucía radiante. Se le veía descansado de las vacaciones. Diana sintió deseos de estrangularle con sus propias manos—. Los Duarte suelen ser puntuales. Conecta el ordenador.

—Ya está encendido —refunfuñó ella.

—Bien. Veamos los cambios.

Javier se sentó frente a la pantalla y Diana se hizo a un lado, temiéndose lo peor. Había fallado por primera vez en su carrera y sentía que estaba a pocos minutos de ser despedida. Pero esta vez no le daría a Javier la satisfacción de rogarle o pelear. Cualquier programador sabía que lo que él le había pedido era una locura. Si la despedía por ello, se iría de la empresa con la cabeza bien alta.

Diana aguardó el veredicto conteniendo la respiración. Se sentía tensa y hasta un poco sudorosa. Escrutó la cara de su jefe en busca de alguna señal, pero no fue capaz de encontrar un gesto que trasluciera sus pensamientos. Los ojos de Javier permanecieron fijos en la pantalla. Durante varios minutos la escanearon de arriba abajo con interés, hasta que, por fin, su dedo índice señaló algo concreto y levantó los ojos para mirarla:

—Mmmm...Esto es muy bueno, aunque un poco arriesgado. ¿Cómo lo has hecho?

Diana no podía ver la pantalla desde donde estaba, así que se colocó detrás de él. Tan pronto vio lo que Javier estaba señalando, no pudo evitar que la sorpresa se reflejara en su rostro.

Instintivamente tomó el ratón entre sus manos y empezó a navegar por la aplicación, sin comprender qué era lo que había ocurrido. Si sus sentidos no la traicionaban, cada uno de los cambios, absolutamente todos, que los Duarte habían pedido estaban implementados. También aquellos que tenía apuntados en una lista y que no había podido tachar por falta de tiempo para realizar las modificaciones. ¿Pero cómo? Era imposible. Ella no había hecho esos cambios. Ella no...

...pero Ada sí.

¿Ada?

—¿Cómo lo has hecho? Te seré franco, Vérez, no creía posible que lo consiguieras.

Diana lo miró desconcertada, aunque en realidad ni siquiera lo veía. Estaba embobada pensando en algo más importante.

—En serio, ¿cómo lo has hecho? —insistió él—. Es improbable que hayas podido hacer todos estos cambios en tan poco tiempo. Has contratado a alguien para que te ayudara, ¿verdad?

Al ver que ella no le contestaba, Javier añadió:

—Puedes decírmelo. No voy a despedirte por ello. ¿Quién te ha ayudado? ¿Carlos? ¿Raúl?

Diana pestañeó. Una vez. Dos. Tres. Las veces que actuaron de preámbulo a aquella extraña sensación de claridad, nitidez, una ventana que de pronto se hubiera abierto en el centro de su mente permitiendo que el aire y las ideas frescas entraran a raudales. Miró a Javier y entornó los

ojos con intención. Él pareció sentirse incómodo, porque reclinó su cuerpo hacia atrás, como si necesitara poner distancia entre ellos. Entonces Diana supo que ya había tenido suficiente:

—No, claro que no vas a despedirme, en todo caso seré yo quien se vaya.

—¿Qué estás diciendo? ¿A qué te refieres?

—¿Sabes, Javier? Llevo tantos años trabajando aquí y asustada por tus manipulaciones que en algún momento llegué a creer que era inferior a ti. Pero no lo soy —afirmó Diana llena de convicción—. Lo cierto es que soy bastante mejor programadora que tú y no te necesito. Ni a ti ni a tus clientes.

—Diana, no sabes lo que dices. ¿Qué bicho te ha picado?

—Te equivocas. Creo que es la primera vez que sé perfectamente lo que digo —le cortó ella, tomando el *pendrive* en el que estaba almacenada toda la información de la aplicación. Lo levantó en el aire—. De hecho, vamos a hacer una cosa. Esto se viene conmigo. Me vas a subir el sueldo y de ahora en adelante me tratarás como al resto de mis compañeros. Y también me voy a tomar las vacaciones que me corresponden, ya que me he pasado toda la Semana Santa trabajando gratis en este proyecto.

Javier abrió la boca para protestar, pero la cerró de inmediato. Sus ojos seguían fijos en el *pendrive*.

—Cuando me pongas todo eso por escrito, te daré la aplicación de los Duarte y podrás enseñársela. De lo contrario, dejaré la empresa y la aplicación se viene conmigo.

—No puedes hacer eso —farfulló Javier—. ¡Te denunciaré!

—Hazlo. Pero ten en cuenta que puedo demostrar que este es un trabajo no remunerado realizado en mi tiempo libre. Ya veremos qué dice el juez de eso. —Diana sonrió—. Espero noticias tuyas muy pronto. Por escrito, Javier. Gracias.

Diana salió de la oficina bajo la mirada atenta de sus compañeros, desconcertados por los gritos que profería Javier. No necesitó pasar por su escritorio para recoger sus pertenencias. Tenía prisa por llegar a su casa y contarle a Ada lo que había hecho.

Al salir del portal la recibió un espléndido sol sevillano. Diana cerró los ojos para permitir que sus rayos le acariciaran la cara. Montó en su bicicleta, extendió los brazos y un magnífico sentimiento de liberación empezó a correr libre por sus arterias.

Tenía tantas ganas de encontrarse con Ada que no veía el momento de abrir la puerta, abrazarla, besarla, contarle lo ocurrido, dejarle ver la hiedra de amor que atenazaba sus órganos y crecía en su interior. Pedaleó con tanto ímpetu que en pocos minutos ya estaba frente a su edificio. No tenía un plan, se dejaba llevar por el impulso, la idea de ver a Ada como única meta. Entró en su apartamento en un suspiro. «¡Ada! ¡Ada! ¿Estás aquí?»

El salón solo le devolvió silencio. Y lo mismo la habitación, la cocina y el baño. Ada no estaba y un sentimiento de vacío y miedo comenzó a apoderarse de ella. Se suponía que su partida no se produciría hasta el miércoles de madrugada. ¿Pero y si...? Con manos temblorosas tomó su teléfono móvil para marcar su número. Un tono, dos, tres, decenas de tonos sin respuesta hasta que la llamada se cortó por completo. Lo intentó con Victoria.

—¿Está contigo?

—¿Quién? —respondió su amiga, sin comprender.

—Ada. ¿Está contigo? No está en casa.

—Hace días que no sé nada de Ada.

—Pues no está en casa —repitió Diana con inquietud.

—¿Y qué? Habrá salido a dar una vuelta o a comprar algo. ¿Qué tiene de raro?

—Ella... —Lo meditó un momento. No le había contado a Victoria que Ada planeaba irse, y

ahora no estaba segura de querer hacerlo. Su amiga lo interpretaría como una de sus múltiples rarezas. Le restaría importancia, le diría que se calmara y Diana no deseaba escuchar ninguna de sus cándidas advertencias—. Da igual, tienes razón, seguro que está haciendo algún recado.

—¿Qué haces en tu casa a estas horas, de todos modos? ¿No tenías hoy la presentación?

—Sí, pero es una historia muy larga. Te la cuento en otro momento, ¿vale? Ahora tengo prisa.

—Vale. ¿Pero estás bien? Pareces atacada.

—Sí, no te preocupes. Te llamo luego, lo prometo.

Diana colgó el teléfono sin miramientos. La idea de encontrar a Ada era ahora mucho más importante que darle explicaciones a su amiga. Observó la antena del salón, parecía desconectada, no emitía luces centelleantes ni se escuchaban sus rítmicos sonidos. Un mal presentimiento empezó a tomar control de su cuerpo. En el peor de los escenarios, deseaba despedirse de Ada. No era posible que esto acabara así... Sin un motivo razonable, sin una explicación... La nada.

Esto ya lo había vivido.

Irene había hecho lo mismo. Se había ido de la noche a la mañana sin ninguna advertencia previa. Pero Ada no era así, ¿verdad? Ella no desaparecería sin más, después de todo lo compartido. Le costaba creer que estuviera viviendo lo mismo otra vez.

Se dejó caer en el sofá, sin saber qué hacer, los codos apoyados en las rodillas, el corazón latiendo con fuerza, un sentimiento de irrealidad aprisionándola y haciéndole sentir que el suelo ya no estaba allí, bajo sus pies. Estaba a punto de llorar de pura rabia, podía notarlo, cuando escuchó aquel *clack* y el chirriante sonido de una bisagra.

Alzó los ojos con miedo y la vio. Llevaba una gran cesta de frutas en el regazo.

—Oh, pensé que mi computadora se había vuelto loca. Me indicó que estabas aquí.

Diana sonrió. Su computadora no había enloquecido, pero ella sí, de la alegría de ver a Ada, radiante como siempre, sus ojos azules felices al descubrir que estaba en casa. Se incorporó y fue a su encuentro. Tomó la cesta de frutas y la dejó en el suelo para darle un inmenso abrazo que Ada recibió con sorpresa.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, solo me alegro muchísimo de verte. He dejado el trabajo. Bueno, algo así, todavía no lo sé.

Ada le tomó las manos para mirarla.

—¿Has dejado el trabajo? ¿Pero la aplicación no estaba bien?

—La aplicación estaba más que bien, gracias. Era yo quien no estaba bien trabajando allí. Así que me he enfrentado a mi jefe para que me mejore las condiciones.

Ada tardó en reaccionar, como si no supiera cómo interpretar la noticia. Diana trató de tranquilizarla:

—Está todo bien, Ada. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Ya, pero la aplicación...

—¿Fuiste tú? ¿Tú metiste los cambios que faltaban? Creía que no tenías ni idea de ese lenguaje, que era muy arcaico para ti.

Ada se agachó para recoger la cesta de fruta del suelo. Tenía plátanos, cerezas, fresas, trozos de sandía, manzanas y hasta una piña. Desconocía qué se proponía hacer con todo aquello.

—He comprado esto para mis hermanos —le explicó entonces, mientras la recogía y se dirigía a la cocina—. Les encanta la fruta de la Tierra. En Lux 2 no tenemos nada parecido.

El semblante de Diana se oscureció.

—¿Sigue en pie lo del regreso? Creía que... —Ada abrió los ojos, expectante, animándola a

continuar hablando—. Da igual, iba a decir una tontería. Deja que te ayude con eso. Parece muy pesado.

Y las dos se dirigieron a la cocina sin mediar palabra. La supuesta partida de Ada era inminente y al parecer nada de lo que ella pudiera hacer o decir impediría que abriera los ojos. ¿Y entonces qué? ¿Qué haría cuando Ada comprendiera que no existía ningún hermano ni tampoco una nave espacial? ¿Cómo hacerle entender que su mundo ficticio no se correspondía con la realidad?

Diana pensó en los posibles escenarios. Se imaginó una charla en el salón de su casa, las dos sentadas en el sofá. En su invención Ada estaría llorando, con gruesas lágrimas rodando por sus mejillas mientras la escuchaba con atención. Ella le explicaba entonces que la misión de recogida había fracasado, que ya no tenía un lugar al que ir y Diana la miraba dividida entre la egoísta felicidad y la preocupación por su desconsuelo. Ese era el primero de los escenarios.

El segundo sería una desaparición real. Si llegara a suceder tendría que emplearse a fondo para dar con su paradero. Pero la encontraría, vaya si lo haría, aunque tuviera que descender al mismo infierno o dejarse los ahorros en tratar con mafiosos de medio pelo para encontrarla.

Quiso entonces preguntarle qué se proponía, hacer que razonara allí y ahora. La ansiedad estaba mutando en diminutas termitas que circulaban libres por su interior. Pero es que Ada de veras creía que alguien vendría a recogerla y le atemorizaba explotar su burbuja. Podía ser peligroso obligarla a tomar contacto con la realidad.

Fuera como fuese, había algo que Diana tenía claro: ella estaría allí para Ada. Siempre. Cuando llegara el momento, sus brazos serían su refugio, la apretaría con fuerza y le diría en un susurro: «Todo está bien, no te preocupes. Estoy contigo, estás a salvo aquí».

—A ver, explícamelo mejor para que yo lo entienda. —Victoria dio una calada a su cigarrillo y puso aquel gesto tan suyo de sospecha—. Dices que volviste a casa después de estar conmigo en la discoteca, ¿y Ada te dijo que se larga?

—Así es. El miércoles de madrugada. A las cinco cero, cero. Eso dijo.

Diana no deseaba darle más vueltas. Prefería hablar de otro tema. Del buen tiempo o del próximo videojuego que planeaba comprar. Pero Victoria regresaba una y otra vez a él.

Casi se arrepintió de que su refresco estuviera a medias. Quería acabarlo cuanto antes, regresar a casa y pasar tiempo con Ada. ¿Por qué había aceptado tomar algo con Victoria si lo que deseaba era estar en otro lugar?

Pero no debía engañarse a sí misma. Últimamente, cada vez que estaba a solas con Ada, quedaba atrapada en una sensación incómoda, como si un gigantesco tabú pendiera sobre sus cabezas. Parecía que ninguna de ellas quería abordar el tema y, al mismo tiempo, tampoco eran capaces de hablar de otra cosa. A poquitos, Diana se estaba ahogando entre las cuatro paredes de su apartamento. El techo le parecía más bajo. Las estancias, más pequeñas. El aire le resultaba denso, irrespirable. Por eso agradeció que Victoria le propusiera salir a tomar algo. Pero ahora se estaba arrepintiendo de haber aceptado. Las dos amigas habían caído en el mismo agujero negro y Diana cada vez sentía más ansiedad. Quería zanjar el tema, pero no sabía cómo.

—Pues no lo entiendo. Parece que está huyendo.

—Eso he pensado yo. —Diana suspiró, no pudo evitarlo—. Pero, ¿quién sabe? A lo mejor se trata de veras de una extraterrestre.

—¿Tú crees?

—No, pero a estas alturas ya todo me parece posible.

—Tengo mis dudas de que sea una extraterrestre, Di —razonó Victoria.

—Pero, si no lo es, entonces está loca.

—Pues sí. Y tú te habrías enamorado de una loca. Teniendo un padre psiquiatra, ¿no te parece algo poético? —Victoria apagó el cigarrillo en el cenicero que reposaba sobre la mesa de la terraza y empezó a limpiar los cristales de sus gafas de sol en el faldón de la camisa—. ¿Sabes? No creo que debas preocuparte. Yo creo que Ada siente lo mismo por ti. Se quedará.

Se puso las gafas de sol y extendió la mano para atrapar la de su amiga. Era su manera de tranquilizarla.

—Ya, ¿pero y si se va?

—No se irá.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Hazme caso por una vez en tu vida, ¿quieres? Ada no se irá a ninguna parte. Y tal vez, en el futuro, tengas la oportunidad de saber la verdad sobre ella. Relájate, ¿vale?

—Pero...

—¡Que te relajes, *coño!* Te juro que cuando te pones así de histérica me sacas de quicio. —Victoria la miró fijamente—. ¿Tú la quieres?

—Sí.

—¿Aunque no sepas nada de su pasado o quién era antes?

—Su pasado me da igual. Lo que importa es quién es ahora.

—Pues ya está, te tienes que centrar en eso. Adelante, siempre mirar hacia adelante. ¿Qué más

da lo que sea si te hace feliz? Y ahora, vámonos, paso de que me contagies tu nerviosismo. ¿Me llamas el miércoles? Aunque sea de madrugada. Me gustaría saber cómo acaba la cosa.

Diana asintió, aunque no estaba segura de poder cumplir su palabra.

Lo intentó de veras. Seguir los consejos de Victoria y permanecer tranquila. Se dijo a sí misma que, de todos modos, era algo que se escapaba a su control. Ada se iría si así lo deseaba y al igual que no se puede controlar una tormenta o un maremoto, ella no podría hacer nada por evitarlo. Pero aun así le costaba aceptarlo.

Se encontraban sentadas en el sofá y no conseguía relajarse. La televisión estaba encendida, pero no prestaba atención al programa. De todos modos, no le interesaba. Se trataba de un concurso de aspirantes a cantantes, uno de tantos, ya daba igual quién ganara, sería un milagro si alguno de ellos conseguía una carrera musical. En cambio, Ada parecía fascinada por el formato televisivo. La música en su planeta era muy diferente o eso fue lo que dijo. A Diana estas apreciaciones de su compañera ya le traían sin cuidado, se estaba acostumbrando a sus historias sobre naves, planetas, estrellas. Una idea fija ocupaba su mente: eran las once y media de la noche. Se suponía que en pocas horas Ada se marcharía. Sin embargo, la miró y vio que parecía tranquila. Había colocado sus escasas pertenencias junto a la puerta. La antena estaba apagada y la cesta de fruta reposaba, ufana, al lado del par de bolsas que Ada pretendía llevarse consigo. Diana deseó ser una piña, un trozo de sandía o una pequeña y rosada fresa. Cualquier forma de fruta serviría si con ello podía emprender aquel viaje a su lado.

Mientras tanto, Ada no parecía darse cuenta de que, si se marchaba, sería como clavarle una daga en el corazón, y su actitud despreocupada conseguía irritarla.

Al final no pudo aguantarlo más. Se levantó del sofá y fingió tener sueño:

—Me voy a la cama —anunció—, estoy cansada.

Por supuesto, todo era mentira. Sabía que no pegaría ojo en toda la noche y que a las cuatro y media de la madrugada estaría en pie, atenta a cualquier señal, preparada para lo que pudiera ocurrir.

Ada le deseó buenas noches y le aseguró que en breve se sumaría a ella, tan pronto acabara el programa.

Diana se dirigió entonces a su habitación. Cerró la puerta tras ella, con un nudo en la garganta. Sintió ganas de llamar a alguien, escuchar una voz amiga que la mantuviera entretenida durante un rato, pero cambió de idea en el último momento. Decidió que algo de música le ayudaría a relajarse, así que se puso los cascos y conectó su mp3. Casi al final de la segunda canción su móvil empezó a sonar. Era su madre y aunque no tenía ánimo para hablar con ella, acabó contestando igualmente:

—Hola, cariño. ¿Qué tal hoy? ¿Conseguiste acabar la aplicación?

Diana suspiró.

—Sí, pero al final no la he entregado. Le he dicho a Javier que o me sube el sueldo o me voy. —Se hizo un silencio al otro lado de la línea—. Ya sé que me vas a decir que estoy loca, pero tenía que hacerlo.

—En absoluto —terció Rocío—. Si estoy callada es porque estaba pensando que ya era hora de que lo hicieras.

—¿Ah, sí?

—Creo que has hecho bien. Tú vales mucho más que todo eso, hija. Pero empezaba a pensar

que nunca te enfrentarías a él. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Ada. Y un inexplicable cambio interior. Y la reafirmación en ella misma. Una nueva y maravillosa autoestima que tenía que cultivar a partir de ahora para que siguiera creciendo y nunca la abandonara. Pero todos estos cambios eran difíciles de explicar en pocas palabras, así que solamente dijo:

—Estaba cansada de ser una segundona. Creo que mi trabajo se merece un respeto.

—Claro que sí, cariño, ya verás como todo va estupendamente —la animó su madre—. ¿Qué opina Ada de todo esto? ¿Se lo has contado?

—Ada se va mañana, mamá. Bueno, esta noche.

—¿Se va? ¿Adónde?

Ojalá lo supiera...

—A su casa. Su familia viene a recogerla.

Rocío parecía haberse quedado sin habla. Como madre, conocía a su hija lo suficiente para saber que la marcha de Ada era un golpe difícil de encajar. A ella también le entristecía pensarlo.

—Hija, no te preocupes por nada, vas a estar bien.

—Sí, estaré bien —replicó poco convencida de sus propias palabras. Mentir no era complicado. La dificultad estribaba en que el interlocutor se lo creyese—. Duérmete ahora, es tarde. Prometo llamarte y hacerte una visita.

—De acuerdo, cariño. Me tienes aquí. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí. Hasta mañana, mamá. Que descanses.

Fue más o menos en ese momento, entre el aturdimiento de la conversación con su madre y el malestar por haberle mentido, cuando Ada hizo acto de presencia en el dormitorio. Entró de manera sigilosa, sin hacer ruido, cerró la puerta con suavidad a sus espaldas y había una luz diferente en su cara que despertó de inmediato su curiosidad. Observó que Ada llevaba puesto el pijama y tiraba con timidez de la parte superior. Le parecía tan adorable que a veces le resultaba doloroso mirarla.

—¿Ya se ha acabado el programa? —le preguntó, desviando los ojos.

Sabía que si la observaba demasiado no sería capaz de ocultar la amalgama de sentimientos que Ada despertaba en su interior: anhelo, deseo, unas ganas irrefrenables de tenerla en sus brazos, comérsela a besos, hundir la nariz en su cuello, hacerle el amor.

—No, todavía no se ha acabado.

Ada se acercó lentamente y se sentó en el borde de la cama, muy cerca. Le tomó las manos. Qué agradable sensación. Le parecía que podía decírselo todo así, solo con el roce de su piel sobre la suya.

¿Entendería ella aquel lenguaje tan sutil y humano?

—Te ha molestado algo que he hecho, ¿verdad?

—No. ¿Por qué dices eso?

—Porque te has venido aquí de pronto, parecías enfadada.

—Pues no lo estoy.

—Yo... no sé cómo hacer esto.

—¿El qué?

—Quererte. No sé cómo hacerlo. Pero sí sé sentirlo —afirmó Ada, tomando su mano para llevarla hasta su pecho, a la zona del corazón, que latía descontrolado por debajo del pijama—.

¿Lo sientes tú?

—Sí.

—¿Y qué se hace?

—Nada. Se quiere. Es inevitable.

—¿Qué harías tú? —se interesó Ada.

Diana se revolvió un poco, inquieta. El corazón a punto de escapar por la boca. ¿Qué haría ella si pudiera? ¿Si Ada quisiera?

Besarte, abrazarte, acariciarte, olerte, fundirme contigo hasta notar que somos una, incluso si no lo somos, eso no importa, con sentirlo esos segundos mágicos e inexplicables me basta.

Al final solo guardó silencio, un poco abrumada.

—¿Me besarías? —sugirió Ada.

Diana asintió, incrédula y expectante, la incertidumbre era un sabor agrisado. El aire pareció densificarse a su alrededor cuando Ada se inclinó muy lentamente sobre ella, los ojos cerrados, su respiración muy cerca. Depositó un suave aunque brevísimo beso en sus labios que erizó toda su piel.

—¿Me besarías así?

Diana asintió, todavía con los ojos cerrados y el sabor del beso prendido en sus labios.

—¿Me acariciarías así? —Ada deslizó un dedo por su brazo hasta su hombro, que mágicamente se transformó en una fila de hormiguitas descendiendo por su espina dorsal.

—Sí, y te haría el amor —se atrevió a aventurar Diana.

Tenía la boca seca, no estaba segura de haber pronunciado las palabras correctamente. Abrió los ojos para ver cómo recibía Ada esta afirmación. El miedo danzaba en círculos en torno a su ombligo. ¿Se sentiría ofendida? ¿Comprendería el significado de lo que acababa de decir? La espera se le hizo eterna, creyó caer por el abismo de sus inmensos ojos azules. Podía seguir hablando, pero no quiso arruinar el momento y de todos modos prefería que fuera ella quien respondiera.

Ada sonrió de medio lado, su respiración estaba agitada y tenía los labios entreabiertos. La invitaban a seguir besándola o eso creyó cuando le susurró al oído:

—Pues házmelo. Hazme el amor para que yo lo sienta.

Diana creyó temblar en su interior. La miró fijamente, casi pidiendo permiso de una manera silenciosa y velada:

¿Quieres?

Quiero.

Todo comenzó como un baile de piel contra piel. Diana se sintió como si no hubiera ninguna otra certeza. Se pertenecían, pero no en un sentido posesivo, sino en el de un puzzle con solo dos piezas. Latía en la necesidad de hacer algo definitivo, intenso. En lugar de gritar, se instaló en su pecho un jadeo profundo y sincero de placer. Quería todo en ese momento, pero debía ir despacio, y acarició a Ada como se acaricia la tela de un cuadro fascinante. Despacio, muy despacio, la frustración se fue apagando y entonces la habitación se llenó de besos, caricias, pieles, del jadeo rítmico de dos cuerpos danzando en aquella deliciosa oscuridad, de la importancia de saberte especial para alguien, y de un lenguaje común que para los ajenos sonaría a extraños símbolos de programación o incluso al idioma propio de los habitantes de otro planeta.

Algo como:

«sLHLPBaHyXK+umObkxif33UdZ3bSAJHecFV/b93wFpD8uEnpMmVXGbyOaSCIE5PNYzibi

Y también:

«eVJWu02vYAXAgiZnqPwCp+8t7Bhp+I1x1PxV8c86K0zV2htbhlupJOdMA8x8lHXu1uNga

Pero era *su* lenguaje. El de su amor. Es posible que nadie más lo comprendiera, pero daba igual, porque ellas dos se entendían a la perfección.

Soñó que estaba despierta. Era el momento previo a lanzarse de cabeza a una piscina. Se situaba en el borde, los pies juntos, muy derechos, los brazos extendidos y el cuerpo ligeramente inclinado al vacío, dibujando un ángulo perfecto.

Advirtió la familiar sensación de vértigo que nos ahoga antes de saltar, pero tenía una imperiosa necesidad de hacerlo. Antes de impulsarse al vacío, miró a su alrededor buscando una cara conocida, pero se encontró con un paisaje silencioso y desolador. Los alrededores estaban desiertos, no había nadie. Solo ella, las hojas de los árboles rozándose como si lucharan de manera violenta, el agua y un silencio perturbador.

Su respiración se agitó justo en ese momento y se arrojó al vacío de un salto que le pareció ejecutado a cámara lenta. Se sumergió en el agua, estaba fría y sus músculos parecían contraerse con su contacto, pero permaneció un buen rato buceando con los ojos abiertos. La visión borrosa de una mujer se perfiló ante sus ojos cuando su cabeza quebró la superficie del agua. La estaba saludando con la mano. Sus dedos se agitaban en un gesto de despedida mientras en el aire flotaban las notas de una melodía tétrica, fantasmagórica. El miedo aceleró los latidos de Diana.

—¿La escuchas? Es la música de los dosluxianos. Vienen por mí.

—¡No te vayas! —le pidió Diana con desesperación—. ¿Es que no lo ves? ¡Soy tu mitad! Tu mitad.

La mujer sonrió, pero sus ojos la contemplaban con tristeza. Le pareció que le decía:

—Ellos no consentirán que me quede aquí con una humana que ha presenciado tanto.

La mujer se dio la vuelta entonces, el viento ondeó su melena rubia. Comenzó a andar, con pasos firmes y cadenciosos, mientras Diana nadaba desesperada hacia el borde de la piscina. Una brazada, otra y otra, le faltaba el aliento cuando sus manos tocaron el borde de cemento. Se limpió el agua de los ojos con el dorso de la mano, miró a derecha e izquierda, la buscó de manera desesperada, pero la mujer ya no estaba. A su alrededor el silencio solo lo interrumpía el crujir de las hojas.

Ella se había ido, aunque todavía retumbaba el eco de sus palabras:

...con una humana que ha presenciado tanto.

Diana se despertó con el corazón anudado en la garganta, manos temblorosas y un fino rastro de sudor perlado su nuca. Se temió lo peor, pero una brizna de esperanza comenzó a latir en su interior cuando contempló el otro lado de la cama. Ada no estaba y las sábanas se encontraban revueltas, pero pudo constatar con la palma de la mano que seguían calientes.

Consultó la hora en su teléfono móvil y el miedo se rizó en su estómago, convirtiéndolo en un tenso amasijo de vísceras.

Apenas quedaban quince minutos para las cinco de la madrugada.

—¿Ada?

Quizá estaba en la cocina, preparando algo. En el baño o en el salón. La llamó en vano y su voz empezó a tornarse desesperada. Se bajó de la cama de un salto y recorrió la habitación en apresuradas zancadas.

Miró el resto del apartamento, pero Ada no estaba y su teléfono móvil ahora reposaba sobre la mesa del comedor, por lo que de nada serviría llamarla. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir?

Probó el exterior del apartamento, pero se encontró los pasillos de la corrala vacíos y oscuros.

Los vecinos dormían, a la espera de que despuntara un nuevo día.

Diana no sabía dónde buscar. ¿Tal vez fuera? ¿En la calle? No, era demasiado descabellado. Trató de imaginar una nave espacial intentando aterrizar en los alrededores del río Guadalquivir y, a pesar de su angustia, estuvo a punto de sonreír. Casi pudo ver los descabellados titulares y telediarios del día siguiente:

Un objeto volador no identificado aterriza en Sevilla ante el asombro de basureros y taxistas.

«Juro que lo vi con mis propios ojos», asegura un trabajador de la zona que acababa en ese momento su turno de noche. «Era grande y redondo, ¡volaba!, había una chica rubia esperándolo».

Esa chica sería Ada y temía que desapareciera para siempre si no se daba prisa. Diana se detuvo para consultar sus próximos movimientos con sus tripas. Buscaba tener una premonición, un augurio, algo que guiara sus pasos para encontrarla e impedirle que se fuera. ¿Y entonces qué? ¿Qué le diría? *Eres maravillosa, conectamos, por favor no te vayas de mi vida, no ahora que te he encontrado.*

Las palabras rodaban por su mente en espirales concéntricas mientras subía las escaleras que conducían a la azotea, llevada por un súbito impulso. Casi se diría que una mano invisible la estaba conduciendo a lo alto del edificio, *ven, ven, es por aquí*, le decía, mientras Diana subía atropelladamente los escalones.

Abrió la puerta y al principio solo vio las prendas de ropa que sus vecinos se habían dejado olvidadas en la azotea. De las cuerdas pendían pijamas, toallas y mantelería de brillantes colores que resplandecían con la plateada luz de la Luna. Flanqueó las prendas para ver mejor la azotea y entonces advirtió el contorno de su silueta, unos pasos más allá: una mujer que portaba una gigantesca cesta de fruta en la mano. Eran las cinco menos cuatro minutos de la madrugada y su corazón latía como el segundero de un reloj enloquecido.

—¡ADA!

Ella se dio la vuelta, sobresaltada al escuchar su nombre. Sus cejas se fruncieron con dolor al ver aparecer a Diana.

—¿Ya está? ¿Así acaba todo? ¿Así acaba lo nuestro? ¿Te vas y ya está? —inquirió, un poco furiosa, acortando las distancias. El timbre de su voz temblaba ahora de rabia y frustración.

—Sabes que no puedo quedarme...

—¿Por qué no? ¿Qué te lo impide?

Ada iba a contestar, pero justo en ese momento una luz cegadora procedente del cielo le hizo cerrar los ojos con incomodidad. Diana también los cerró, un poco aturdida y desconcertada, consciente de que un manantial de luz así no podía proceder de ningún cuerpo celeste.

Reculó unos pasos, mientras una corriente de aire empezó a revolver las dos piezas de su pijama. Cuando consiguió abrir los ojos, solo fue capaz de distinguir un potente foco de luz que parecía haber abierto el cielo en dos mitades.

Miró a Ada y vio una expresión de preocupación en sus almendrados ojos azules.

—Ya están aquí. Vienen por mí —anunció en un hilillo de voz.

—¡No! ¡No puedes irte!

—¿Por qué no?

Porque te quiero. Porque puede que lo nuestro sea de otro planeta, o de este, no lo sé, pero deseo averiguarlo a tu lado. Porque si te vas ya nada volverá a ser igual.

—¿Tú quieres irte? —le preguntó Diana.

Extendió la mano y Ada se la tomó. Apretó con fuerza para evitar que se marchara de su lado

y justo en ese momento una lúgubre melodía empezó a escucharse desde algún lugar sobre sus cabezas. Diana sintió un escalofrío recorriendo su piel; era la misma música aterradora de su sueño.

—Ya están aquí —dijo Ada, con la tristeza velando su mirada—. No debo hacerles esperar.

Diana sintió cómo la desesperación se adueñaba de ella.

—Tus hermanos pueden vivir sin ti, pero yo no —le dijo, sus palabras empapándose de la misma angustia que la atravesaba en dos—. Yo no podría.

Su confesión alteró la expresión de Ada y a Diana le pareció que las lágrimas pujaban por rodar por sus mejillas, aunque no supo si de alegría, alivio o puro miedo. En ese momento, el tono de la melodía se elevó a un nivel doloroso y Diana se cubrió los oídos. Si hubiese podido, habría resguardado también su corazón de ella, porque sobre él la sentía con mayor dureza. Como si aquella composición fuera la banda sonora del miedo que la atenazaba.

—Son ellos, Diana —dijo Ada, angustiada—. No esperarán mucho tiempo.

—Pues no te vayas —le pidió—. Te quiero, Ada, tenía miedo de decírtelo, pero más miedo me da que te vayas. Quiero ser tu mitad, como tú dices. Me da igual lo que seas o de qué planeta vengas. Me da igual todo. Te quiero a ti, como eres, porque soy tu mitad.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Ada temblaba muerta de miedo—. ¿Y cómo sabes que somos compatibles o que funcionará?

—Nadie puede saberlo con certeza, pero es parte de la magia. Yo estoy dispuesta a saltar —replicó Diana y recordó una vez más el sueño que había tenido. La piscina y sus brazadas furiosas para alcanzarla.

—Si me quedo, estarías en peligro.

—¿Qué peligro?

—Ellos no consentirán que me quede aquí con una humana que ha presenciado tanto. He de irme para convencerlos de que no eres una amenaza.

Con una humana que ha presenciado tanto...

Diana sintió vértigo. La advertencia de Ada, la melodía tétrica, *¡Soy tu mitad!* Todos los elementos parecían repetirse como si formaran parte de una profecía maquiavélica.

En el sueño Diana no conseguía darle alcance, pero se negaba a tener miedo otra vez. Ya no. Estrechó sus manos de nuevo, las dos a la vez, como invitándola a que descubriera en sus ojos lo que las palabras no eran capaces de transmitir.

Le pareció ver que Ada movía los labios, que le estaba hablando, pero Diana no consiguió escuchar ni una sola palabra, porque en ese instante las notas de la melodía alcanzaron un umbral casi insoportable, notaba sus estridentes notas colándose en su interior como si pretendieran quitarle la vida. De la nada, una vaporosa espiral brotó frente a ella, cegándola. Primero fue el gris, después el marengo, hasta evolucionar al negro de una noche privada de estrellas que acabó con su cuerpo en el suelo.

Ada, Ada, Ada...

Una mitad. Una. Para siempre.

Fundamental, Vérez. Fundamental.

23 | ANOCHE FUE INCREÍBLE

Diana se despertó con un agudo dolor de cabeza. Lo sentía allí, en la sien, y también ahí, bajo los párpados, y al comienzo de la raíz del pelo. Le costó abrir los ojos, pero lo consiguió tras un severo pinchazo que le produjo un incómodo dolor. Por un momento no supo dónde se encontraba. Aquella estancia parecía su habitación, su cama, sus sábanas, el edredón, la misma superficie de madera de las puertas del armario, pero se encontraba tan aturdida que no podía estar segura de ello. Miró a su alrededor en busca de una explicación y se encontró con una estancia bien iluminada, la persiana abierta, la ventana entornada y un agradable olor a limpieza.

Estaba, después de todo, en su apartamento, pero no sabía qué hora era, en qué día de la semana se encontraba, si estaba sola o acompañada. Hizo ademán de hablar en voz alta cuando una figura familiar asomó la cabeza:

—No estaba segura de que estuvieras despierta.

Ada le sonreía desde el quicio de la puerta. Llevaba puesta cómoda ropa de estar en casa y en el aire flotaba el rico aroma de café recién hecho.

—¿Qué...

—¿Qué hora es? Casi las doce de la mañana. Has dormido como un bebé toda la noche.

—No, en realidad quería decir: ¿Qué haces aquí? Yo... Tú... Anoche... Aquella luz blanca...

—Diana, cariño, no sé de qué luz blanca me hablas, pero si no te das prisa se te va a enfriar la tostada. ¿O prefieres que te traiga el desayuno a la cama?

Diana abrió ligeramente la boca con sorpresa, todavía confundida por la escena. Estaba casi segura de que la noche anterior habían estado en la azotea discutiendo sobre su marcha. Un chorro de luz blanca las iluminaba, y Diana sabía que no era la Luna, porque la Luna no brillaba así, imposible, ni siquiera en sueños. Y aquella melodía que casi le hizo enloquecer...

Pero entonces recordó también haber estado nadando en una piscina enorme, sus gritos desesperados al ver la figura de Ada perdiéndose entre los árboles, los pulmones, demasiado pequeños, tan escasos, cuando intentaba apresurar sus brazadas. ¿Qué era realidad y qué mentira? Quería preguntárselo a Ada, pero se fijó entonces en que ella se estaba acercando. Se sentó a su lado, al borde de la cama, le acarició la mejilla y le colocó con ternura un mechón de pelo detrás de la oreja:

—Anoche fue increíble —le dijo—. Solo quería que lo supieras. Eso y que te quiero. Creo que no te lo había dicho.

Diana se ruborizó un poco, recordando lo que había sucedido después de la cena. Las caricias de Ada, los besos tiernos pero apresurados, sus cuerpos enredados bajo las sábanas y la sensación de que en cierta manera había nacido para eso. Para estar con Ada, cerca de ella, a su lado, o donde Ada quisiera. Ella era ahora su hogar.

Al menos podía estar segura de que esa parte no se la había imaginado, ¿pero y todo lo demás?

—No. Eso no me lo habías dicho. Y yo también te quiero.

Ada se inclinó lo suficiente para darle un tierno beso en los labios. Después se fue a la cocina, apremiándola para que se diera prisa si quería disfrutar de su tostada caliente.

Diana se quedó unos segundos con la mirada fija en las puertas del armario. Miró su teléfono móvil y comprobó que tenía un mensaje de Victoria de una brevedad escalofriante: «¿Y bien? ¿Se ha ido?».

Dejó el teléfono a un lado con la intención de responder más tarde. Estaba feliz de que los acontecimientos se hubieran precipitado de aquella manera, pero le confundían las imágenes que desfilaban por su mente. Le resultaba complicado distinguir dónde terminaban los sueños y dónde empezaba la realidad. Qué tenían en común la piscina con la melodía siniestra. La luz. El agua. Una mujer que se despedía. Sus razonamientos. Las advertencias de Ada.

Sintió deseos de someterla a un interrogatorio. *¿Qué hicimos anoche? ¿Estuvimos en la azotea? ¿Hubo siquiera una nave sobrevolando el edificio?* Pero al llegar a la cocina y verla canturreando mientras vertía el café en una taza, comprendió que nada de aquello importaba de veras.

Nada, absolutamente nada. Porque el amor era eso: algo loco y cuerdo. Humano y extraterrestre. Diferente en todas sus formas, pero siempre libre, respetuoso, mágico y equilibrado. Aunque en ocasiones parezca de otro planeta. Quien lo sintió alguna vez, lo sabe.

*

Carta de la autora

Como muchos otros niños y adolescentes de los 90, yo crecí viendo películas como *Gattaca*, *K-Pax*, *Contacto*, *Alien*, *2001: Una odisea del espacio*, *Mi Novia es una Extraterrestre*, *Inteligencia Artificial* y muchas otras que casi seguro me dejó en el tintero. Después vinieron los libros, muchos libros: *Sin noticias de Gurb*, *¿Sueñan los Androides con Ovejas Eléctricas?*, *Guía del Autoestopista Galáctico*, *Ubik* y *El Juego de Ender* son algunos de los que recuerdo. Todas ellas obras maravillosas que, por cierto, me concedo la licencia de recomendarte si todavía no has tenido la oportunidad de verlas/leerlas/disfrutarlas.

Si bien es cierto que esta novela no aspira a hacerle sombra a ninguna de estas obras maestras, se trata de mi pequeño homenaje al género de la ciencia ficción, por el que además siento un inmenso respeto.

Se podría decir que *Lo nuestro es de otro planeta* nació del mismo modo que muchos de los niños que llegan al mundo: casi por accidente. Un día paseando por la calle vi que una mujer se cayó. Varias personas acudimos a ayudarla y, al contemplar la escena, una idea germinó en mi interior. Intenté quitármela de la cabeza porque mis planes eran otros, tenía previsto escribir una novela completamente diferente, pero la idea volvía a mí una y otra vez. En la ducha, mientras cocinaba, durmiendo, trabajando... yo era su rehén y no aceptaba ningún pago como rescate. Además, ¡qué ganas sentía de reírme! Cuánta falta me hacía en ese momento. Creo que Diana y Ada llegaron con ese propósito a mi vida, para recordarme lo importante que es reírse, también (y por supuesto) de una misma.

El resultado de este proceso es la novela que tú, lector, has tenido entre tus manos. Si has llegado hasta aquí y me has acompañado durante todas sus páginas, ya puedo considerarme una autora afortunada. Nunca me cansaré de agradeceros todo el cariño que me brindáis a diario.

Por último, aprovecho que sigues leyendo para invitarte a que apoyes la cultura y marca LGBT comprando los libros de otras autoras maravillosas que podrás encontrar en esta misma plataforma. Y, ya que estamos, también te invito a que me des tu opinión sobre esta novela en forma de reseña, e-mail, tuit o comentario en Facebook. Todos ellos serán muy bienvenidos.

Gracias.

Emma

Sobre la autora

Emma Mars es miembro de una nueva generación de escritoras LGBT. Tras participar en la fundación de HULEMS (una de las web de información de entretenimiento lésbico y bisexual más leídas en español) decidió centrar sus inquietudes creativas en escribir novelas de corte *chick-lit* en las que sus protagonistas son siempre mujeres fuertes y decididas. El resultado no habría podido ser más satisfactorio: varias de sus obras han alcanzado el número 1 de ventas en Amazon, permaneciendo en este puesto durante semanas.

Hasta el momento Emma ha publicado *Políticamente Incorrectas 1 y 2*, así como *Será nuestro secreto* (Egales) y *101 razones para odiarla*.

Puedes contactar con la autora a través del email:
unachicademarte@gmail.com